

COLECCION UNIVERSAL

N.º 241 a 243

MIGUEL DE CERVANTES

Los trabajos
de
Persiles y Sigismunda

*2.
L. S. W. A.*

HISTORIA SETENTRIONAL

TOMO II Y ÚLTIMO. — LIBROS III Y IV



*11er libro
XI. cap XX*

Precio: 1,80 pesetas

MADRID, 1936

Miguel de Cervantes

LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA

HISTORIA SETENTRIONAL,

TOMO II Y ÚLTIMO. — LIBROS III Y IV

MCMXXXVI

117:70390
e. 1088551



MIGUEL DE CERVANTES

Los trabajos
de
Persiles y Sigismunda

HISTORIA SETENTRIONAL

TOMO II Y ÚLTIMO.—LIBROS III Y IV



MADRID, 1936

ES PROPIEDAD
Madrid, 1936
Published in Spain



Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA
TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., RÍOS ROSAS, 26.—MADRID

LIBRO TERCERO

de los trabajos de Persiles y Sigismunda

HISTORIA SETENTRIONAL,

CAPÍTULO PRIMERO

DEL LIBRO TERCERO

Como están nuestras almas siempre en continuo movimiento, y no pueden parar ni sosegar sino en su centro, que es Dios, para quien fueron criadas, no es maravilla que nuestros pensamientos se muden: que éste se tome, aquél se deje, una se prosiga y otro se olvide, y el que más cerca anduviere de su sosiego, ése será el mejor, cuando no se mezcle con error de entendimiento. Esto se ha dicho en disculpa de la ligereza que mostró Arnaldo en dejar en un punto el deseo que tanto tiempo había mostrado de servir a Auristela; pero no se puede decir que le dejó, sino que le entretuvo, en tanto que el de la honra, que sobrepuja al de todas las acciones humanas, se apoderó de su alma, el cual deseo se le declaró Arnaldo a Periandro una noche antes de la partida, hablándole aparte en la isla de las Ermitas.

Allí le suplicó —que, quien pide lo que ha menester, no ruega, sino suplica— que mirase por su hermana Auristela, y que la guardase para reina de Dinamarca, y que, aunque la ventura no se le mostrase a él buena en cobrar su reino, y en tan justa demanda perdiese la vida, se estimase Auris-

tela por viuda de un príncipe, y, como tal, supiese escoger esposo, puesto que ya él sabía, y muchas veces lo había dicho, que por sí sola, sin tener dependencia de otra grandeza alguna, merecía ser señora del mayor reino del mundo, no que del de Dinamarca. Periandro le respondió que le agradecía su buen deseo, y que él tendría cuidado de mirar por ella, como por cosa que tanto le tocaba y que también le venía. Ninguna destas razones dijo Periandro a Auristela, porque las alabanzas que se dan a la persona amada halas de decir el amante como propias y no como se dicen de persona ajena. No ha de enamorar el amante con las gracias de otro: suyas han de ser las que mostrare a su dama; si no canta bien, no le traiga quien la cante; si no es demasiado gentilhombre, no se acompañe con Ganimedes; y, finalmente, soy de parecer que las faltas que tuviere no las enmiende con ajenas sobras. Estos consejos no se dan a Periandro, que de los bienes de la naturaleza se llevaba la gala y en los de la fortuna era inferior a pocos.

En esto iban las naves con un mismo viento por diferentes caminos, que éste es uno de los que parecen misterios en el arte de la navegación; iban rompiendo, como digo, no claros cristales, sino azules; mostrábase el mar colchado, porque el viento, tratándole con respeto, no se atrevía a tocarle a más de la superficie, y la nave suavemente le besaba los labios y se dejaba resbalar por él con tanta ligereza, que apenas parecía que le tocaba.

Desta suerte, y con la misma tranquilidad y sosiego, navegaron diez y siete días, sin ser necesario subir, ni bajar, ni llegar a templar las velas, cuya felicidad en los que navegan, si no tuviese por descuentos el temor de borrascas venideras, no había gusto con qué igualalle. Al cabo destes o pocos más días, al amanecer de uno, dijo un grumete que desde la gavia mayor iba descubriendo la tierra:

—¡Albricias, señores; albricias pido, y albricias merezco! ¡Tierra, tierra! Aunque mejor diría: ¡cielo, cielo!, porque, sin duda, estamos en el paraje de la famosa Lisboa.

Cuyas nuevas sacaron de los ojos de todos tier-nas y alegres lágrimas, especialmente de Riela, de los dos Antonios y de su hija Constanza, porque les pareció que ya habían llegado a la tierra de promisión, que tanto deseaban. Echóle los brazos Antonio al cuello, diciéndole:

—Agora sabrás, bárbara mía, del modo que has de servir a Dios, con otra relación más copiosa, aunque no diferente, de la que yo te he hecho; agora verás los ricos templos en que es adorado; verás juntamente las católicas ceremonias con que se sirve, y notarás cómo la caridad cristiana está en su punto. Aquí, en esta ciudad, verás cómo son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida, envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del cielo; aquí el amor y la honestidad se dan las manos y se pasean juntos; la cortesía no deja que

se le llegue la arrogancia, y la braveza no consiente que se le acerque la cobardía. Todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales y son enamorados, porque son discretos. La ciudad es la mayor de Europa, y la de mayores tratos; en ella se descargan las riquezas del Oriente, y desde ella se reparten por el Universo; su puerto es capaz, no sólo de naves que se puedan reducir a número, sino de selvas movibles de árboles que los de las naves forman; la hermosura de las mujeres admira y enamora; la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen; finalmente, ésta es la tierra que da al cielo santo y copiosísimo tributo.

—No digas más —dijo a esta sazón Perianдро—; deja, Antonio, algo para nuestros ojos, que las alabanzas no lo han de decir todo: algo ha de quedar para la vista, para que con ella nos admiremos de nuevo, y así, creciendo el gusto por puntos, vendrá a ser mayor en sus extremos.

Contentísima estaba Auristela de ver que se le acercaba la hora de poner pie en tierra firme sin andar de puerto en puerto y de isla en isla, sujeta a la inconstancia del mar y a la movable voluntad de los vientos, y más cuando supo que desde allí a Roma podía ir a pie enjuto, sin embarcarse otra vez, si no quisiese. Mediodía sería cuando llegaron a Sangian, donde se registró el navío, y donde el castellano del castillo, y los que con él entraron en la nave, se admiraron

de la hermosura de Auristela, de la gallardía de Periandro, del traje bárbaro de los dos Antonios, del buen aspecto de Riela y de la agradable belleza de Constanza. Supieron ser extranjeros y que iban peregrinando a Roma. Satisfizo Periandro a los marineros, que los habían traído magníficamente, con el oro que sacó Riela de la isla bárbara, ya vuelto en moneda corriente en la isla de Policarpo; los marineros quisieron llegar a Lisboa a canjearlo con alguna mercancía. El castellano de Sangian envió al gobernador de Lisboa, que entonces era el arzobispo de Braga, por ausencia del rey, que no estaba en la ciudad, de la nueva venida de los extranjeros y de la sin par belleza de Auristela, añadiendo la de Constanza, que con el traje de bárbara, no solamente no la encubría, pero la realzaba; exageróle asimismo la gallarda disposición de Periandro, y juntamente la discreción de todos, que no bárbaros, sino cortesanos parecían.

Llegó el navío a la ribera de la ciudad, y en la de Belén se desembarcaron, porque quiso Auristela, enamorada y devota de la fama de aquel santo monasterio, visitarle primero, y adorar en él al verdadero Dios libre y desembarazadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra. Había salido a la marina infinita gente a ver a los extranjeros desembarcados en Belén; corrieron allá todos por ver la novedad, que siempre se lleva tras sí los deseos y los ojos. Ya salía

de Belén el nuevo escuadrón de la nueva hermosura: Riela, medianamente hermosa, pero extremadamente a lo bárbaro vestida; Constanza hermosísima y rodeada de pieles; Antonio, el padre, brazos y piernas desnudos, pero con pieles de lobos cubierto lo demás del cuerpo; Antonio, el hijo, iba del mismo modo, pero con el arco en la mano y la aljaba de las saetas a las espaldas; Periandro, con casaca de terciopelo verde y calzones de lo mismo, a lo marinero, un bonete estrecho y puntiagudo en la cabeza, que no le podía cubrir las sortijas de oro que sus cabellos formaban: Auristela traía toda la gala del setentrión en el vestido, la más bizarra gallardía en el cuerpo y la mayor hermosura del mundo en el rostro. En efecto: todos juntos, y cada uno por sí, causaban espanto y maravilla a quien los miraba; pero sobre todos campeaba la sin par Auristela y el gallardo Periandro.

Llegaron por tierra a Lisboa, rodeados de plebeya y de cortesana gente; lleváronlos al gobernador, que, después de admirado de verlos, no se cansaba de preguntarles quiénes eran, de dónde venían y adónde iban; a lo que respondió Periandro, que ya traía estudiada la respuesta que había de dar a semejantes preguntas, viendo que se la habían de hacer muchas veces; cuando quería o le parecía que convenía, relataba su historia a lo largo, encubriendo siempre sus padres, de modo que, satisfaciendo a los que le preguntaban, en breves razones cifraba, si no toda, a lo

menos gran parte de su historia. Mandólos el visorrey alojar en uno de los mejores alojamientos de la ciudad, que acertó a ser la casa de un magnífico caballero portugués, donde era tanta la gente que concurría para ver a Auristela, de quien sola había salido la fama de lo que había que ver en todos, que fué parecer de Periandro mudasen los trajes de bárbaros en los de peregrinos, porque la novedad de los que traían era la causa principal de ser tan seguidos, que ya parecían perseguidos del vulgo; además, que para el viaje que ellos llevaban de Roma, ninguno le venía más a cuento. Hízose así, y de allí a dos días se vieron peregrinamente peregrinos. Acaeció, pues, que, al salir un día de su casa, un hombre portugués se arrojó a los pies de Periandro, llamándole por su nombre, y abrazándole por las piernas, le dijo:

—¿Qué ventura es ésta, señor Periandro, que la des a esta tierra con tu presencia? No te admires en ver que te nombro por tu nombre, que uno soy de aquellos veinte que cobraron libertad en la abrasada isla bárbara, donde tú la tenías perdida; halléme a la muerte de Manuel de Sosa Cuytiño, el caballero portugués; apartéme de ti y de los tuyos en el hospedaje donde llegó Mauricio y Ladislao en busca de Transila, esposa del uno y hija del otro; trújome la buena suerte a mi patria; conté aquí a sus parientes la enamorada muerte; creyéronla, y, aunque yo no se la afirmara de vista, la creyeran, por tener casi en

costumbre el morir de amores los portugueses; un hermano suyo, que heredó su hacienda, ha hecho sus obsequias, y en una capilla de su linaje le puso en una piedra de mármol blanco, como si debajo della estuviera enterrado, un epitafio que quiero que vengáis a ver todos, así como estáis, porque creo que os ha de agradar, por discreto y por gracioso.

Por las palabras bien conoció Periandro que aquel hombre decía verdad; pero, por el rostro, no se acordaba haberle visto en su vida. Con todo eso, se fueron al templo que decía, y vieron la capilla y la losa, sobre la cual estaba escrito en lengua portuguesa este epitafio, que leyó casi en castellano Antonio, el padre, que decía así:

Aquí yace viva la memoria del ya muerto Manuel de Sosa Coytiño, caballero portugués que, a no ser portugués, aun fuera vivo; no murió a las manos de ningún castellano, sino a las de amor, que todo lo puede; procura saber su vida y envidiarás su muerte, pasajero.

Vió Periandro que había tenido razón el portugués de alabarle el epitafio, en el escribir de los cuales tiene gran primor la nación portuguesa. Preguntó Auristela al portugués qué sentimiento había hecho la monja, dama del muerto, de la muerte de su amante, el cual la respondió que, dentro de pocos días que la supo, pasó desta a mejor vida, o ya por la estrechez de la que hacía

siempre, o ya por el sentimiento del no pensado suceso.

Desde allí se fueron en casa de un famoso pintor, donde ordenó Periandro que en un lienzo grande le pintase todos los más principales casos de su historia. A un lado pintó la isla bárbara ardiendo en llamas, y allí, junto la isla de la prisión y un poco más desviado, la balsa o enmaderamiento donde le halló Arnaldo cuando le llevó a su navío; en otra parte estaba la isla nevada, donde el enamorado portugués perdió la vida; luego la nave que los soldados de Arnaldo taladraron; allí junto pintó la división del esquife y de la barca; allí se mostraba el desafío de los amantes de Taurisa y su muerte; acá estaban serrando por la quilla la nave que había servido de sepultura a Auristela y a los que con ella venían; acullá estaba la agradable isla donde vió en sueños Periandro los dos escuadrones de virtudes y vicios; y allí junto la nave donde los peces náufragos pescaron a los dos marineros y les dieron en su vientre sepultura; no se olvidó de que pintase verse empedrados en el mar helado, el asalto y combate del navío, ni el entregarse a Cratilo; pintó asimismo la temeraria carrera del poderoso caballo, cuyo espanto, de león le hizo cordero; que los tales con un asombro se amansan; pintó como en resguño y en estrecho espacio las fiestas de Policarpo, coronándose a sí mismo por vencedor en ellas; resolutamente no quedó paso principal en que no hiciese labor en su historia, que allí no pintase, hasta po-

ner la ciudad de Lisboa y su desembarcación en el mismo traje en que habían venido; también se vió en el mismo lienzo arder la isla de Policarpo, a Clodio traspasado con la saeta de Antonio y a Zenotia colgada de una entena; pintóse también la isla de las Ermitas y a Rutilio con apariencias de santo. Este lienzo se hacía de una recopilación que les excusaba de contar su historia por menudo, porque Antonio el mozo declaraba las pinturas y los sucesos cuando le apretaban a que los dijese; pero en lo que más se aventajó el pintor famoso fué en el retrato de Auristela, en quien decían se había mostrado a saber pintar una hermosa figura, puesto que la dejaba agraviada, pues a la belleza de Auristela, si no era llevado de pensamiento divino, no había pincel humano que alcanzase.

Diez días estuvieron en Lisboa, todos los cuales gastaron en visitar los templos y en encaminar sus almas por la derecha senda de su salvación, al cabo de los cuales, con licencia del visorrey, y con patentes verdaderas y firmes de quiénes eran y adónde iban, se despidieron del caballero portugués, su huésped, y del hermano del enamorado, Alberto, de quien recibieron grandes caricias y beneficios, y se pusieron en camino de Castilla; y esta partida fué menester hacerla de noche, temerosos que, si de día la hicieran, la gente que les seguiría la estorbara, puesto que la mudanza del traje había hecho ya que amainase la admiración.

CAPÍTULO II

DEL TERCER LIBRO

Peregrinos; su viaje por España; sucedenles nuevos y extraños casos

Pedían los tiernos años de Auristela, y los más tiernos de Constanza, con los entreverados de Riela, coches, estruendo y aparato para el largo viaje en que se ponían; pero la devoción de Auristela, que había prometido de ir a pie hasta Roma desde la parte do llegase en tierra firme, llevó tras sí las demás devociones, y todos de un parecer, así varones como hembras, votaron el viaje a pie, añadiendo, si fuese necesario, mendigar de puerta en puerta. Con esto cerró la del dar Riela, y Periandro se excusó de no disponer de la cruz de diamantes que Auristela traía, guardándola, con las inestimables perlas, para mejor ocasión. Solamente compraron un bagaje que sobrellevase las cargas que no pudieran sufrir las espaldas; acomodáronse de bordones, que servían de arrimo y defensa y de vainas de unos agudos estoques. Con este cristiano y humilde aparato salieron de Lisboa, dejándola sola sin su belleza,

y pobre sin la riqueza de su discreción, como lo mostraron los infinitos corrillos de gente que en ella se hicieron, donde la fama no trataba de otra cosa sino del extremo de discreción y belleza de los peregrinos extranjeros. Desta manera, acomodándose a sufrir el trabajo de hasta dos o tres leguas de camino cada día, llegaron a Badajoz, donde ya tenía el corregidor castellano nuevas de Lisboa cómo por allí habían de pasar los nuevos peregrinos, los cuales, entrando en la ciudad, acertaron a alojarse en un mesón do se alojaba una compañía de famosos recitantes, los cuales aquella misma noche habían de dar la muestra para alcanzar la licencia de representar en público, en casa del corregidor. Pero, apenas vieron el rostro de Auristela y el de Constanza, cuando les sobresaltó lo que solía sobresaltar a todos aquellos que primeramente las veían, que era admiración y espanto; pero ninguno puso tan en punto el maravillarse como fué el ingenio de un poeta, que de propósito con los recitantes venía, así para enmendar y remendar comedias viejas, como para hacerlas de nuevo, ejercicio más ingenioso que honrado y más de trabajo que de provecho. Pero la excelencia de la poesía es tan limpia como el agua clara, que a todo lo no limpio aprovecha; es como el sol, que pasa por todas las cosas inmundas sin que se le pegue nada; es habilidad, que tanto vale cuanto se estima; es un rayo que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; es instrumento acor-

dado que dulcemente alegra los sentidos, y, al paso del deleite, lleva consigo la honestidad y el provecho. Digo, en fin, que este poeta, a quien la necesidad había hecho trocar los Parnasos con los mesones, y las Castalias y las Aganipes con los charcos y arroyos de los caminos y ventas, fué el que más se admiró de la belleza de Auristela, y al momento la marcó en su imaginación y la tuvo por más que buena para ser comedianta, sin reparar si sabía o no la lengua castellana. Contentóle el talle, dióle gusto el brío, y, en un instante, la vistió en su imaginación en hábito corto de varón; desnudóla luego, y vistióla de ninfa, y casi al mismo punto la invistió de la majestad de reina, sin dejar traje de risa o de gravedad de que no la vistiese, y en todas se le representó grave, alegre, discreta, aguda y sobremanera honesta, extremos que se acomodan mal en una farsante hermosa. ¡Válame Dios, y con cuánta facilidad discurre el ingenio de un poeta y se arroja a romper por mil imposibles! ¡Sobre cuán flacos cimientos levanta grandes quimeras! Todo se lo halla hecho, todo fácil, todo llano, y esto de manera que las esperanzas le sobran cuando la ventura le falta, como lo mostró este nuestro moderno poeta cuando vió de escoger acaso el lienzo donde venían pintados los trabajos de Periandro. Allí se vió él en el mayor que en su vida se había visto, por venirle a la imaginación un grandísimo deseo de componer de todos ellos una comedia; pero no acertaba en qué nombre le pondría: si

le llamaría comedia, o tragedia, o tragicomedia; porque, si había el principio, ignoraba el medio y el fin, pues aun todavía iban corriendo las vidas de Periandro y de Auristela, cuyos fines habían de poner nombre a lo que dellos se representase. Pero lo que más le fatigaba era pensar cómo podría encajar un lacayo consejero y gracioso en el mar, y entre tantas islas, fuego y nieves; y, con todo esto, no se desesperó de hacer la comedia y de encajar el tal lacayo, a pesar de todas las reglas de la poesía y a despecho del arte cómico. Y, en tanto que en esto iba y venía, tuvo lugar de hablar a Auristela y de proponerle su deseo, y de aconsejarla cuán bien la estaría si se hiciese recitanta. Díjole que, a dos salidas al teatro, le lloverían minas de oro a cuestras, porque los príncipes de aquella edad eran como hechos de alquimia, que, llegada al oro, es oro, y llegada al cobre, es cobre; pero que, por la mayor parte, rendían su voluntad a las ninfas de los teatros, a las diosas enteras y a las semideas, a las reinas de estudio y a las fregonas de apariencia; díjole que si alguna fiesta real acertase a hacerse en su tiempo, que se diese por cubierta de faldellines de oro, porque todas o las más libreas de los caballeros habían de venir a su casa, rendidas, a besarle los pies; representóle el gusto de los viajes y el llevarse tras sí dos o tres disfrazados caballeros, que la servirían tan de criados como de amantes, y sobre todo, encarecía y puso sobre las nubes la excelencia y la honra que le darían en

encargarle las primeras figuras; en fin, le dijo que, si en alguna cosa se verificaba la verdad de un antiguo refrán castellano, era en las hermosas farsantas, donde la honra y provecho cabían en un saco. Auristela le respondió que no había entendido palabra de cuantas le había dicho, porque bien se veía que ignoraba la lengua castellana, y que, puesto que la supiera, sus pensamientos eran otros, que tenían puesta la mira en otros ejercicios, si no tan agradables, a lo menos, más convenientes. Desesperóse el poeta con la resoluta respuesta de Auristela; miróse a los pies de su ignorancia y deshizo la rueda de su vanidad y locura.

Aquella noche fueron a dar la muestra en casa del corregidor, el cual, como hubiese sabido que la hermosa junta peregrina estaba en la ciudad, los envió a buscar y a convidar viniesen a su casa a ver la comedia, y a recibir en ella muestras del deseo que tenía de servirles, por las que de su valor le habían escrito de Lisboa. Acetólo Periandro, con parecer de Auristela y de Antonio el padre, a quien obedecían como a su mayor. Juntas estaban muchas damas de la ciudad con la corregidora cuando entraron Auristela, Riela y Constanza, con Periandro y los dos Antonios, admirando, suspendiendo, alborotando la vista de los presentes, que a sentir tales efectos les forzaba la sin par bizarría de los nuevos peregrinos, los cuales, acrecentando con su humildad y buen parecer la benevolencia de los que los recibieron,

dieron lugar a que les diesen casi el más honrado en la fiesta, que fué la representación de la fábula de Cefalo y de Pocris, cuando ella, celosa más de lo que debía, y él, con menos discurso que fuera necesario, disparó el dardo que a ella le quitó la vida y a él el gusto para siempre. El verso tocó los extremos de bondad posibles, como compuesto, según se dijo, por Juan de Herrera de Gamboa, a quien por mal nombre llamaron el Maganto, cuyo ingenio tocó asimismo las más altas rayas de la poética esfera. Acabada la comedia, desmenuzaron las damas la hermosura de Auristela parte por parte, y hallaron todas un voto a quien dieron por nombre Perfección sin tacha, y los varones dijeron lo mismo de la gallardía de Periandro, y de recudida se alabó también la belleza de Constanza y la bizarría de su hermano Antonio.

Tres días estuvieron en la ciudad, donde en ellos mostró el corregidor ser caballero liberal, y tener la corregidora condición de reina, según fueron las dádivas y presentes que hizo a Auristela y a los demás peregrinos, los cuales, mostrándose agradecidos y obligados, prometieron de tener cuenta de darla de sus sucesos, de dondequiera que estuviesen. Partidos, pues, de Badajoz, se encaminaron a Nuestra Señora de Guadalupe, y, habiendo andado tres días y en ellos cinco leguas, les tomó la noche en un monte, poblado de infinitas encinas y de otros rústicos árboles. Tenía suspenso el cielo el curso y sazón del tiempo en la

balanza igual de los dos equinocios: ni el calor fatigaba, ni el frío ofendía, y, a necesidad, también se podía pasar la noche en el campo como en el aldea; y a esta causa, y por estar lejos un pueblo, quiso Auristela que se quedasen en unas majadas de pastores boyeros que a los ojos se les ofrecieron. Hízose lo que Auristela quiso, y, apenas habían entrado por el bosque doscientos pasos, cuando se cerró la noche con tanta oscuridad, que los detuvo y les hizo mirar atentamente la lumbre de los boyeros, porque su resplandor les sirviese de norte para no errar el camino. Las tinieblas de la noche, y un ruido que sintieron, les detuvo el paso y hizo que Antonio el mozo se aperciese de su arco, perpetuo compañero suyo. Llegó en esto un hombre a caballo, cuyo rostro no vieron, el cual les dijo:

—¿Sois desta tierra, buena gente?

—No, por cierto —respondió Periandro—, sino de bien lejos della; peregrinos extranjeros somos, que vamos a Roma, y primero a Guadalupe.

—¿Si que también —dijo el de a caballo— hay en las extranjeras tierras caridad y cortesía, también hay almas compasivas dondequiera?

—¿Pues no? —respondió Antonio—. Mirad, señor, quienquiera que seáis, si habéis menester algo de nosotros, y veréis cómo sale verdadera vuestra imaginación.

—Tomad —dijo, pues, el caballero—, tomad, señores, esta cadena de oro, que debe de valer doscientos escudos, y tomad asimismo esta prenda

que no debe de tener precio, a lo menos yo no se le hallo, y darles heis en la ciudad de Trujillo a uno de dos caballeros que en ella y en todo el mundo son bien conocidos: llámase el uno Don Francisco Pizarro y el otro Don Juan de Orellana, ambos mozos, ambos libres, ambos ricos y ambos en todo extremo.

Y, en esto, puso en las manos de Ricla, que, como mujer compasiva, se adelantó a tomarlo, una criatura que ya comenzaba a llorar, envuelta ni se supo por entonces si en ricos o en pobres paños.

—Y diréis a cualquiera dellos que la guarden, que presto sabrán quién es, y las desdichas que a ser dichoso le habrán llevado, si llega a su presencia. Y perdonadme, que mis enemigos me siguen, los cuales, si aquí llegaren y preguntaren si me habéis visto, diréis que no, pues os importa poco el decir esto; o, si ya os pareciere mejor, decid que por aquí pasaron tres o cuatro hombres de a caballo que iban diciendo: «¡A Portugal, a Portugal!» Y a Dios quedad, que no puedo detenerme, que, puesto que el miedo pone espuelas, más agudas las pone la honra.

Y, arrimando las que traía al caballo, se apartó como un rayo dellos; pero, casi al mismo punto, volvió el caballero y dijo:

—No está bautizado.

Y tornó a seguir su camino.

Veis aquí a nuestros peregrinos: a Ricla, con la criatura en los brazos; a Periandro, con la cadena

al cuello; a Antonio el mozo sin dejar de tener flechado el arco, y al padre, en postura de desenvainar el estoque, que de bordón le servía, y a Auristela, confusa y atónita del extraño suceso, y a todos juntos admirados del extraño acontecimiento, cuya salida fué por entonces que aconsejó Auristela que, como mejor pudiesen, llegasen a la majada de los boyeros, donde podría ser hallasen remedios para sustentar aquella recién nacida criatura, que, por su pequeñez y la debilidad de su llanto, mostraba ser de pocas horas nacida. Hízose así, y apenas llegaron a la majada de los pastores, a costa de muchos tropiezos y caídas, cuando, antes que los peregrinos les preguntasen si eran servidos de darles alojamiento aquella noche, llegó a la majada una mujer llorando, triste, pero no reciamente, porque mostraba en sus gemidos que se estorzaba a no dejar salir la voz del pecho. Venía medio desnuda, pero las ropas que la cubrían eran de rica y principal persona; la lumbre y luz de las hogueras, a pesar de la diligencia que ella hacía para encubrirse el rostro, la descubrieron, y vieron ser tan hermosa como niña, y tan niña como hermosa, puesto que Riela, que sabía más de edades, la juzgó por de diez y seis a diez y siete años. Preguntáronle los pastores si la seguía alguien, o si tenía otra necesidad, que pidiese presto remedio, a lo que respondió la dolorosa muchacha:

—Lo primero, señores, que habéis de hacer es ponerme debajo de la tierra; quiero decir, que me

encubráis de modo que no me halle quien me buscare. Lo segundo, que me deis algún sustento, porque desmayos me van acabando la vida.

—Nuestra diligencia —dijo un pastor viejo— mostrará que tenemos caridad.

Y, aguijando con presteza a un hueco de un árbol que en una valiente encina se hacía, puso en él algunas pieles blandas de ovejas y cabras que entre el ganado muerto se criaban; hizo un modo de lecho, bastante por entonces a suplir aquella necesidad precisa; tomó luego a la mujer en los brazos, y encerróla en el hueco, adonde le dió lo que pudo, que fueron sopas en leche, y le dieran vino, si ella quisiera beberlo; colgó luego delante del hueco otras pieles; como para enjugarse. Riela, viendo hecho esto, habiendo conjeturado que aquella, sin duda, debía de ser la madre de la criatura que ella tenía, se llegó al pastor caritativo, diciéndole:

—No pongáis, buen señor, término a vuestra caridad, y usadla con esta criatura que tengo en los brazos antes que perezca de hambre.

Y, en breves razones, le contó cómo se le habían dado. Respondióla el pastor a la intención, y no a sus razones, llamando a uno de los demás pastores, a quien mandó que, tomando aquella criatura, la llevase al aprisco de las cabras e hiciese de modo como de alguna dellas tomase el pecho. Apenas hubo hecho esto, y tan apenas que casi se oían los últimos acentos del llanto de la criatura, cuando llegaron a la majada un

tropel de hombres a caballo, preguntando por la mujer desmayada y por el caballero de la criatura; pero como no les dieron nuevas, ni noticias de lo que pedían, pasaron con extraña prisa adelante, de que no poco se alegraron sus remedidores, y aquella noche pasaron con más comodidad que los peregrinos pensaron, y con más alegría de los ganaderos, por verse también acompañados.

CAPÍTULO III

DEL TERCER LIBRO

La doncella encerrada en el árbol da razón de quién era

Preñada estaba la encina —digámoslo así—; preñadas estaban las nubes, cuya escuridad la puso en los ojos de los que por la prisionera del árbol preguntaron; pero al compasivo pastor, que era mayoral del ható, ninguna cosa le pudo turbar para que dejase de acudir a proveer lo que fuese necesario al recibimiento de sus huéspedes: la criatura tomó los pechos de la cabra; la encerrada, el rústico sustento, y los peregrinos, el nuevo y agradable hospedaje. Quisieron todos saber luego qué causas habían traído allí a la lastimada y, al parecer, fugitiva, y a la desamparada criatura; pero fué parecer de Auristela que no le preguntasen nada hasta el venidero día, porque los sobresaltos no suelen dar licencia a la lengua aun a que cuente venturas alegres, cuanto más desdichas tristes; y, puesto que el anciano pastor visitaba a menudo el árbol, no preguntaba nada al depósito que tenía,

sino solamente por su salud; y fuéle respondido que, aunque tenía mucha ocasión para no tenerla, le sobraría como ella se viese libre de los que la buscaban, que eran su padre y hermanos. Cubrióla y encubrióla el pastor, y dejóla, y volvióse a los peregrinos, que aquella noche la pasaron con más claridad de las hogueras y fuegos de los pastores que con aquella que ella les concedía, y, antes que el cansancio les obligase a entregar los sentidos al sueño, quedó concertado que el pastor que había llevado la criatura a procurar que las cabras fuesen sus amas, la llevase y entregase a una hermana del anciano ganadero, que, casi dos leguas de allí, en una pequeña aldea, vivía. Diéronle que llevase la cadena, con orden de darla a criar en la misma aldea, diciendo ser de otra algo apartada. Todo esto se hizo así, con que aseguraron y apercibieron a desmentir las espías, si acaso volviesen, o viniesen otras de nuevo, a buscar los perdidos; a lo menos, los que perdidos parecían. En tratar desto, y en satisfacer la hambre, y en un breve rato que se apoderó de sus ojos el sueño y de sus lenguas el silencio, se pasó el de la noche y se vino a más andar el día, alegre para todos, sino para la temerosa que, encerrada en el árbol, apenas osaba ver del sol la claridad hermosa. Con todo eso, habiendo puesto primero, cerca y lejos del rebaño, de trecho en trecho, centinelas que avisasen si alguna gente venía, la sacaron del árbol para que le diese el aire y para saber

della lo que deseaban; y, con la luz del día, vieron que la de su rostro era admirable, de modo que puso en duda a cuál darían, della y de Constanza, después de Auristela, el segundo lugar de hermosura; porque dondequiera, se llevó el primero Auristela, a quien no quiso dar igual la naturaleza. Muchas preguntas le hicieron y muchos ruegos precedieron antes, todos encaminados a que su suceso les contase, y ella, de puro cortés y agradecida, pidiendo licencia a su flaqueza, con aliento debilitado, así comenzó a decir:

—Puesto, señores, que, en lo que deciros quiero, tengo de descubrir faltas que me han de hacer perder el crédito de honrada, todavía quiero más parecer cortés por obedeceros, que desagradecida por no contentaros. Mi nombre es Feliciano de la Voz; mi patria, una villa no lejos de este lugar; mis padres son nobles mucho más que ricos; y mi hermosura, en tanto que no ha estado tan marchita como ahora, ha sido de algunos estimada y celebrada. Junto a la villa que me dió el cielo por patria, vivía un hidalgo riquísimo, cuyo trato y cuyas muchas virtudes le hacían ser caballero en la opinión de las gentes. Este tiene un hijo que desde ahora muestra ser tan heredero de las virtudes de su padre, que son muchas, como de su hacienda, que es infinita. Vivía ansimismo en la misma aldea un caballero con otro hijo suyo, más nobles que ricos, en una tan honrada medianía, que ni los humillaba ni los ensoberbecía. Con este segundo man-

cebo noble ordenaron mi padre y dos hermanos que tengo que casarme, echando a las espaldas los ruegos con que me pedía por esposa el rico hidalgo; pero yo, a quien los cielos guardaban para esta desventura en que me veo, y para otras en que pienso verme, me dió por esposo al rico, y yo me le entregué por suya a hurto de mi padre y de mis hermanos, que madre no la tengo, por mayor desgracia mía. Vímonos muchas veces solos y juntos, que, para semejantes casos, nunca la ocasión vuelve las espaldas; antes, en la mitad de las imposibilidades, ofrece su guedeja. Destas juntas y destes hurtos amorosos, se acertó mi vestido y creció mi infamia, si es que se puede llamar infamia la conversación de los desposados amantes. En este tiempo, sin hacerme sabidora, concertaron mis padres y hermanos de casarme con el mozo noble, con tanto deseo de efectuarlo, que anoche le trajeron a casa, acompañando de dos cercanos parientes suyos, con propósito de que luego luego nos diésemos las manos. Sobresaltéme cuando vi entrar a Luis Antonio—que éste es el nombre del mancebo noble—, y más me admiré cuando mi padre me dijo que me entrase en mi aposento y me aderezase algo más de lo ordinario, porque en aquel punto había de dar la mano de esposa a Luis Antonio. Dos días hacía que había entrado en los términos que la naturaleza pide en los partos, y, con el sobresalto y no esperada nueva, quedé como muerta, y diciendo entraba a aderezarme a mi

apuesto, me arrojé en los brazos de una mi doncella, depositaria de mis secretos, a quien dije, hechos fuentes mis ojos: «¡Ay, Leonora mía, y cómo creo que es llegado el fin de mis días! Luis Antonio está en esa antesala, esperando que yo salga a darle la mano de esposa. Mira si es éste trance riguroso, y la más apretada ocasión en que pueda verse una mujer desdichada. Pásame, hermana mía, si tienes con qué, este pecho; salga primero mi alma de estas carnes, que no la desvergüenza de mi atrevimiento. ¡Ay, amiga mía, que me muero, que se me acaba la vida!» Y, diciendo esto, y dando un gran suspiro, arrojé una criatura en el suelo, cuyo nunca visto caso suspendió a mi doncella, y a mí me cegó el discurso de manera que, sin saber qué hacer, estuve esperando a que mi padre o mis hermanos entrasen, y, en lugar de sacarme a desposar, me sacasen a la sepultura.

Aquí llegaba Feliciano de su cuento, cuando vieron que las centinelas que habían puesto para asegurarse, hacían señal de que venía gente, y, con diligencia no vista, el pastor anciano quería volver a depositar a Feliciano en el árbol, seguro asilo de su desgracia; pero, habiendo vuelto las centinelas a decir que se asegurasen, porque un tropel de gente que habían visto, cruzaba por otro camino, todos se aseguraron, y Feliciano de la Voz volvió a su cuento, diciendo:

—Considerad, señores, el apretado peligro en que me vi anoche; el desposado, en la sala, es-

perándome, y el adúltero, si así se puede decir, en un jardín de mi casa, atendiéndome para hablarme, ignorante del estrecho en que yo estaba y de la venida de Luis Antonio; yo, sin sentido, por el no esperado suceso; mi doncella, turbada, con la criatura en los brazos; mi padre y hermanos, dándome priesa que saliese a los desdichados desposorios. Aprieto fué éste que pudiera derribar a más gallardos entendimientos que el mío, y oponerse a toda buena razón y buen discurso. No sé qué os diga más, sino que sentí, estando sin sentido, que entró mi padre, diciendo: «Acaba, muchacha; sal como quiera que estuvieres, que tu hermosura suplirá tu desnudez y te servirá de riquísimas galas.» Dióle, a lo que creo, en esto a los oídos el llanto de la criatura, que mi doncella, a lo que imagino, debía de ir a poner en cobro, o a dársela a Rosanio, que éste es el nombre del que yo quise escoger por esposo; alborotóse mi padre, y con una vela en la mano, me miró el rostro, y coligió por mi semblante mi sobresalto y mi desmayo; volvióle a herir en los oídos el eco del llanto de la criatura, y, echando mano a la espada, fué siguiendo adonde la voz le llevaba. El resplandor del cuchillo me dió en la turbada vista, y el miedo en la mitad del alma; y, como sea natural cosa el desear conservar la vida cada uno, del temor de perderla salió en mí el ánimo de remediarla, y, apenas hubo mi padre vuelto las espaldas, cuando yo, así como estaba, bajé por un caracol a

unos aposentos bajos de mi casa, y de ellos con facilidad me puse en la calle, y de la calle en el campo, y del campo en no sé qué camino; y, finalmente, aguijada del miedo y solicitada del temor, como si tuviera alas en los pies, caminé más de lo que prometía mi flaqueza. Mil veces estuve para arrojarme en el camino de algún ribazo, que me acabara con acabarme la vida, y otras tantas estuve por sentarme o tenderme en el suelo, y dejarme hallar de quien me buscase; pero, alentándome la luz de vuestras cabañas, procuré llegar a ellas a buscar descanso a mi cansancio, y, si no remedio, algún alivio a mi desdicha. Y así llegué como me vistes, y así me hallo como me veo, merced a vuestra caridad y cortesía. Esto es, señores míos, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dejo al cielo, y le remito en la tierra a vuestros buenos consejos.

Aquí dió fin a su plática la lastimada Felician de la Voz, con que puso en los oyentes admiración y lástima en un mismo grado. Periandro contó luego el hallazgo de la criatura, la dádiva de la cadena, con todo aquello que le había sucedido con el caballero que se la dió.

—¡Ay!—dijo Felician—. ¿Si es por ventura esa prenda mía? ¿Y si es Rosanio el que la trajo? Y si yo la viese, si no por el rostro, pues nunca le he visto, quizá por los paños en que viene envuelta, sacaría a luz la verdad de las tinieblas de mi confusión, porque mi doncella, no apercebida, ¿en qué la podía envolver sino en paños

que estuviesen en el aposento, que fuesen de mí conocidos? Y cuando esto no sea, quizá la sangre hará su oficio, y, por ocultos sentimientos, les dará a entender lo que me toca.

A lo que respondió el pastor:

—La criatura está ya en mi aldea, en poder de una hermana y de una sobrina mía; yo haré que ellas mismas nos la traigan hoy aquí, donde podrás, hermosa Feliciana, hacer las experiencias que deseas. En tanto, sosiega, señora, el espíritu, que mis pastores y este árbol servirán de nubes que se opongan a los ojos que te buscaren.

CAPÍTULO IV

DEL TERCERO LIBRO

—Paréceme, hermano mío —dijo Auristela a Periandro—, que los trabajos y los peligros no solamente tienen jurisdicción en el mar, sino en toda la tierra, que las desgracias e infortunios, así se encuentran sobre los levantados sobre los montes, como con los escondidos en sus ríncones. Esta que llaman fortuna, de quien yo he oído hablar algunas veces, de la cual se dice que quita y da los bienes cuando, como y a quien quiere, sin duda alguna debe de ser ciega y antojadiza, pues, a nuestro parecer, levanta los que habían de estar por el suelo y derriba los que están sobre los montes de la luna. No sé, hermano, lo que me voy diciendo; pero sé que quiero decir que no es mucho que nos admire ver a esta señora, que dice que se llama Feliciania de la Voz, que apenas la tiene para contar sus desgracias. Contéplola yo pocas horas ha, en su casa, acompañada de su padre, hermanos y criados, esperando poner con sagacidad remedio a sus arrojados deseos, y agora puedo decir que la veo escondida en lo hueco

de un árbol, temiendo los mosquitos del aire, y aun las lombrices de la tierra. Bien es verdad que la suya no es caída de príncipes; pero es un caso que puede servir de ejemplo a las recogidas doncellas que le quisieren dar bueno de sus vidas. Todo esto me mueve a suplicarte, ¡oh hermano!, mires por mi honra, que, desde el punto que salí del poder de mi padre y del de tu madre, la deposité en tus manos; y aunque la experiencia, con certidumbre grandísima, tiene acreditada tu bondad, así en la soledad de los desiertos como en la compañía de las ciudades, todavía temo que la mudanza de las horas no mude los que de suyo son fáciles pensamientos. A ti te va; mi honra es la tuya; un solo deseo nos gobierna y una misma esperanza nos sustenta; el camino en que nos hemos puesto es largo; pero no hay ninguno que no se acabe, como no se le oponga la pereza y la ociosidad; ya los cielos, a quien doy mil gracias por ello, nos ha traído a España sin la compañía peligrosa de Arnaldo; ya podemos tender los pasos, seguros de naufragios, de tormentas y de salteadores, porque, según la fama que, sobre todas las regiones del mundo, de pacífica y de santa tiene ganada España, bien nos podemos prometer seguro viaje.

—¡Oh hermana —respondió Periandro—, y cómo por puntos vas mostrando los extremados de tu discreción! Bien veo que temes como mujer, y que te animas como discreta. Yo quisiera, por aquietar tus bien nacidos recelos, buscar

nuevas esperanzas que me acreditasen contigo: que puesto que las hechas pueden convertir el temor en esperanza, y la esperanza en firme seguridad, y, desde luego, en posesión alegre, quisiera que nuevas ocasiones me acreditaran. En el rancho destes pastores no nos queda que hacer, ni en el caso de Feliciano podemos servir más que de compadecernos de ella; procuremos llevar esta criatura a Trujillo, como nos lo encargó el que con ella nos dió la cadena, al parecer, por paga.

En esto estaban los dos, cuando llegó el pastor anciano con su hermana y con la criatura, que había enviado por ella al aldea, por ver si Feliciano la reconocía, como ella lo había pedido. Lleváronse, miróla y remiróla, quitóle las fajas, pero en ninguna cosa pudo conocer ser la que había parido, ni aun, lo que más es de considerar, el natural cariño no le movía los pensamientos a reconocer el niño, que era varón el recién nacido.

—No —decía Feliciano—, no son éstas las mantillas que mi doncella tenía diputadas para envolver lo que de mí naciese, ni esta cadena —que se la enseñaron— la vi yo jamás en poder de Rosanio. De otra debe ser esta prenda, que no mía; que, a serlo, no fuera yo tan venturosa, teniéndola una vez perdida, tornar a cobrarla. Aunque yo oí decir muchas veces a Rosanio que tenía amigos en Trujillo, pero de ninguno me acuerdo el nombre.

—Con todo eso —dijo el pastor—, que pues el que dió la criatura mandó que la llevasen a Trujillo, sospecho que el que la dió a estos peregrinos fué Rosanio; y así, soy de parecer, si es que en ello os hago algún servicio, que mi hermana, con la criatura y con otros dos destos mis pastores, se ponga en camino de Trujillo, a ver si la reciben alguno de esos dos caballeros a quien va dirigida.

A lo que Feliciana respondió con sollozos y con arrojarle a los pies del pastor, abrazándolos estrechamente; señales que la dieron de que aprobaba su parecer. Todos los peregrinos le aprobaron asimismo, y, con darle la cadena, lo facilitaron todo. Sobre una de las bestias del hato se acomodó la hermana del pastor, que estaba recién parida, como se ha dicho, con orden que se pasase por su aldea y dejase en cobro su criatura, y con la otra se partiese a Trujillo, que los peregrinos, que iban a Guadalupe, con más espacio la seguirían. Todo se hizo como lo pensaron, y luego, porque la necesidad del caso no admitía tardanza alguna. Feliciana callaba, y con silencio se mostraba agradecida a los que tan de veras sus cosas tomaban a su cargo. Añadióse a todo esto que Feliciana, habiendo sabido como los peregrinos iban a Roma, aficionada a la hermosura y discreción de Auristela, a la cortesía de Perianandro, a la amorosa conversación de Constanza y de Riela, su madre, y al agradable trato de los dos Antonios, padre y hijo, que todo lo miró, notó

y ponderó en aquel poco espacio que los había comunicado, y lo principal por volver las espaldas a la tierra donde quedaba enterrada su honra, pidió que consigo la llevasen como peregrina a Roma: que, pues había sido peregrina en culpas, quería procurar serlo en gracias, si el cielo se las concedía en que con ellos la llevasen. Apenas descubrió su pensamiento, cuando Auristela acudió a satisfacer su deseo, compasiva y deseosa de sacar a Feliciano de entre los sobresaltos y miedos que la perseguían. Sólo dificultó el ponerla en camino estando tan recién parida, y así se lo dijo; pero el anciano pastor dijo que no había más diferencia del parto de una mujer que del de una res, y que así como la res, sin otro regalo alguno, después de su parto, se quedaba a las inclemencias del cielo, así la mujer podía, sin otro regalo alguno, acudir a sus ejercicios; sino que el uso había introducido entre las mujeres los regalos y todas aquellas prevenciones que suelen hacer con las recién paridas.

—Yo seguro —dijo más— que cuando Eva parió el primer hijo, que no se echó en el lecho, ni se guardó del aire, ni usó de los melindres que ahora se usan en los partos. Esforzaos, señora Feliciano, y seguid vuestro intento, que desde aquí le apruebo casi por santo, pues es tan cristiano.

A lo que añadió Auristela:

—No quedará por falta de hábito de peregrina, que mi cuidado me hizo hacer dos cuando

hice éste, el cual daré yo a la señora Feliciana de la Voz, con condición que me diga qué misterio tiene el llamarse de la Voz, si ya no es el de su apellido.

—No me le ha dado —respondió Feliciana— mi linaje, sino el ser común opinión de todos cuantos me han oído cantar, que tengo la mejor voz del mundo; tanto, que por excelencia me llaman comúnmente Feliciana de la Voz; y a no estar en tiempo más de gemir que de cantar, con facilidad os mostrara esta verdad; pero si los tiempos se mejoran, y dan lugar a que mis lágrimas se enjuguen, yo cantaré, si no canciones alegres, a lo menos, endechas tristes, que cantándolas encantante, y llorándolas alegren.

Por esto que Feliciana dijo, nació en todos un deseo de oírla cantar luego luego; pero no osaron rogárselo, porque, como ella había dicho, los tiempos no lo permitían. Otro día se despejó Feliciana de los vestidos no necesarios que traía, y se cubrió con los que le dió Auristela de peregrina; quitóse un collar de perlas y dos sortijas; que si los adornos son parte para acreditar calidades, estas piezas pudieran acreditarla de rica y noble; tomólas Riela, como tesorera general de la hacienda de todos, y quedó Feliciana segunda peregrina, como primera Auristela, y tercera Constanza, aunque este parecer se dividió en pareceres, y algunos le dieron el segundo lugar a Constanza, que el primero no hubo hermosura en aquella edad que a la de Auristela se le quitase.

Apenas se vió Feliciana el nuevo hábito, cuando le nacieron alientos nuevos y deseos de ponerse en camino. Conoció esto Auristela, y, con consentimiento de todos, despidiéndose del pastor caritativo y de los demás de la majada, se encaminaron a Cáceres, hurtando el cuerpo con su acostumbrado paso al cansancio; y si alguna vez alguna de las mujeres le tenía, le suplía el bagaje donde iba el repuesto, o ya el margen de algún arroyuelo o fuente do se sentaban, o la verdura de algún prado que a dulce reposo las convidaba; y así andaban a una con ellos el reposo y el cansancio, junto con la pereza y la diligencia: la pereza, en caminar poco; la diligencia, en caminar siempre. Pero como por la mayor parte nunca los buenos deseos llegan a fin dichoso sin estorbos que los impidan, quiso el cielo que el de este hermoso escuadrón, que, aunque dividido en todos era sólo uno en la intención, fuese impedido con el estorbo que agora oiréis. Dábales asiento la verde hierba de un deleitoso pradecillo; refrescábales los rostros el agua clara y dulce de un pequeño arroyuelo que por entre las hierbas corría; servíanles de muralla y de reparo muchas zarzas y cambroneras que casi por todas partes los rodeaba, sitio agradable y necesario para su descanso, cuando, de improviso, rompiendo por las intrincadas matas, vieron salir al verde sitio un mancebo vestido de camino, con una espada hincada por las espaldas, cuya punta le salía al pecho. Cayó de ojos, y, al caer, dijo:

—¡Dios sea conmigo!

Y el fin desta palabra y el arrancársele el alma fué todo a un tiempo; y aunque todos, con el extraño espectáculo, se levantaron alborotados, el que primero llegó a socorrerle fué Periandro, y, por hallarle ya muerto, se atrevió a sacar la espada. Los dos Antonios saltaron las zarzas, por ver si verían quién hubiese sido el cruel y alevoso homicida, que, por ser la herida por las espaldas, se mostraba que traidoras manos la habían hecho. No vieron a nadie; volviéronse a los demás, y la poca edad del muerto y su gallardo talle y parecer les acrecentó la lástima. Miráronle todo y halláronle debajo de una ropilla de terciopelo pardo, sobre el jubón, puesta una cadena de cuatro vueltas de menudos eslabones de oro, de la cual pendía un devoto crucifijo, asimismo de oro; allá entre el jubón y la camisa le hallaron, dentro de una caja de ébano ricamente labrada, un hermosísimo retrato de mujer pintado en la lisa tabla, alrededor del cual, de menudísima y clara letra, vieron que traía escritos estos versos:

Yela, enciende, mira y habla:
¡milagros de hermosura,
que tenga vuestra figura
tanta fuerza en una tabla!

Por estos versos conjeturó Periandro, que los leyó primero, que de causa amorosa debía de haber nacido su muerte. Miráronle las faldriqueras y escudriñáronle todos; pero no hallaron cosa que les diese indicio de quién era; y estando ha-

ciendo este escrutinio parecieron, como si fueran llovidos, cuatro hombres, con ballestas armadas, por cuyas insignias conoció luego Antonio el padre que eran cuadrilleros de la Santa Hermandad, uno de los cuales dijo a voces:

—¡Teneos, ladrones, homicidas y salteadores! No le acabéis de despojar, que a tiempo sois venidos en que os llevaremos adonde paguéis vuestro pecado.

—¡Eso no, bellacos! —respondió Antonio el mozo—. Aquí no hay ladrón ninguno, porque todos somos enemigos de los que lo son.

—Bien se os parece, por cierto —replicó el cuadrillero—. El hombre muerto, sus despojos en vuestro poder, y su sangre en vuestras manos, que sirve de testigos vuestra maldad. Ladrones sois, salteadores sois, homicidas sois; y como tales ladrones, salteadores y homicidas, presto pagaréis vuestros delitos, sin que os valga la capa de virtud cristiana con que procuráis encubrir vuestras maldades, vistiéndoos de peregrinos.

A esto le dió respuesta Antonio el mozo con poner una flecha en su arco, y pasarle con ella un brazo, puesto que quisiera pasarle de parte a parte el pecho. Los demás cuadrilleros, o escarmentados del golpe, o por hacer la prisión más al seguro, volvieron las espaldas, y, entre huyendo y esperando, a grandes voces apellidaron:

—¡Aquí de la Santa Hermandad! ¡Favor a la Santa Hermandad!

Y mostróse ser santa la Hermandad que ape-

llidaban, porque en un instante, como por milagro, se juntaron más de veinte cuadrilleros, los cuales, encarando sus ballestas y sus saetas a los que no se defendían, los prendieron y aprisionaron, sin respetar la belleza de Auristela ni las demás peregrinas, y con el cuerpo del muerto las llevaron a Cáceres, cuyo corregidor era un caballero del hábito de Santiago, el cual, viendo el muerto y el cuadrillero herido, y la información de los demás cuadrilleros, con el indicio de ver ensangrentado a Periandro, con el parecer de su teniente, quisiera luego ponerlos a cuestión de tormento, puesto que Periandro se defendía con la verdad, mostrándole en su favor los papeles que para seguridad de su viaje y licencia de su camino había tomado en Lisboa; mostróle asimismo el lienzo de la pintura de su suceso, que le relató y declaró muy bien Antonio el mozo, cuyas pruebas hicieron poner en opinión la ninguna culpa que los peregrinos tenían. Ricla, la tesorera, que sabía muy poco o nada de la condición de escribanos y procuradores, ofreció a uno, de secreto, que andaba allí en público, dando muestras de ayudarles, no sé qué cantidad de dineros porque tomase a cargo su negocio. Lo echó a perder del todo, porque, en oliendo los sátrapas de la pluma que tenían lana los peregrinos, quisieron trasquilarlos, como es uso y costumbre, hasta los huesos, y sin duda alguna fuera así si las fuerzas de la inocencia no permitiera el cielo que sobrepujaran a las de la malicia. Fué el caso,

pues, que un huésped o mesonero del lugar, habiendo visto el cuerpo muerto que habían traído, y reconociéndole muy bien, se fué al corregidor y le dijo:

—Señor, este hombre que han traído muerto los cuadrilleros, ayer mañana partió de mi casa, en compañía de otro, al parecer, caballero. Poco antes que se partiese se encerró conmigo en mi aposento, y, con recato, me dijo: «Señor huésped, por lo que debéis a ser cristiano, os ruego que si yo no vuelvo por aquí dentro de seis días abráis este papel que os doy delante de la justicia.» Y diciendo esto, me dió éste que entrego a vuestra merced, donde imagino que debe de venir alguna cosa que toque a este tan extraño suceso.

Tomó el papel el corregidor, y, abriéndole, vió que en él estaban escritas estas mismas razones:

«Yo, don Diego de Parráces, salí de la corte de su Majestad tal día —y venía puesto el día—, en compañía de don Sebastián de Soranso, mi pariente, que me pidió que le acompañase en cierto viaje, donde le iba la honra y la vida. Yo, por no querer hacer verdaderas ciertas sospechas falsas que de mí tenía, fiándome en mi inocencia, di lugar a su malicia, y acompañéle. Creo que me lleva a matar; si esto sucediere y mi cuerpo se hallare, sépase que me mataron a traición y que morí sin culpa.»

Y firmaba: «Don Diego de Parraces».

Este papel a toda diligencia, despachó el corregidor a Madrid, donde con la justicia se hicieron las diligencias posibles buscando al matador, el cual llegó a su casa la misma noche que le buscaban, y, entreoyendo el caso, sin apearse de la cabalgadura, volvió las riendas y nunca más pareció. Quedóse el delito sin castigo, el muerto se quedó por muerto; quedaron libres los prisioneros y la cadena que tenía Ricla se deseslabonó para gastos de justicia; el retrato se quedó para gustos de los ojos del corregidor, satisfizo la herida del cuadrillero, volvió Antonio el mozo a relatar el lienzo, y, dejando admirado al pueblo, y habiendo estado en él todo este tiempo de las averiguaciones, Feliciano de la Voz en el lecho, fingiendo estar enferma, por no ser vista, se partieron la vuelta de Guadalupe, cuyo camino entretuvieron tratando del caso extraño, y deseando que sucediese ocasión donde se cumpliese el deseo que tenían de oír cantar a Feliciano, la cual sí cantara, pues no hay dolor que no se mitigue con el tiempo o se acabe con acabar la vida; pero, por guardar ella a su desgracia el decoro que a sí misma debía, sus cantos eran llores y su voz gemidos. Estos se aplacaron un tanto con haber topado en el camino la hermana del campesino pastor, que volvía de Trujillo, donde dijo que dejaba el niño en poder de don Francisco Pizarro y de don Juan de Orellana, los cuales habían conjeturado no poder ser de otro aquella criatura sino de su amigo Rosanio, según el

lugar donde le hallaron, pues por todos aquellos contornos no tenían ellos algún conocido que aventurase a fiarse de ellos.

—«Sea, en fin, lo que fuere —dijo la labradora—, dijeron ellos que no ha de quedar defraudado de sus buenos pensamientos el que se ha fiado de nosotros.» Así que, señores, el niño queda en Trujillo en poder de los que he dicho; si algo me queda que hacer por serviros, aquí estoy con la cadena, que aún no me he deshecho de ella, pues la que me pone a la voluntad el ser yo cristiana, me enlaza y me obliga a más que la de oro.

A lo que respondió Feliciana que la gozase muchos años, sin que se le ofreciese necesidad de deshacella, pues las ricas prendas de los pobres no permanecen largo tiempo en sus casas, porque, o se empeñan, para no quitarse, o se venden, para nunca volverlas a comprar. La labradora se despidió aquí, le dieron mil encomiendas para su hermano y los demás pastores, y nuestros peregrinos llegaron poco a poco a las santísimas tierras de Guadalupe.

CAPÍTULO V

DEL TERCERO LIBRO

Apenas hubieron puesto los pies los devotos peregrinos en una de las dos entradas que guían al valle, que forman y cierran las altísimas sierras de Guadalupe, cuando, con cada paso que daban, nacían en sus corazones nuevas ocasiones de admirarse; pero allí llegó la admiración a su punto cuando vieron el grande y suntuoso monasterio, cuyas murallas encierran la santísima imagen de la emperadora de los cielos; la santísima imagen, otra vez, que es libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus pasiones; la santísima imagen que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huérfanos y reparo de las desgracias. Entraron en su templo, y, donde pensaron hallar por sus paredes, pendientes por adorno, las púrpuras de Tiro, los damascos de Siria, los brocados de Milán, hallaron en lugar suyo muletas que dejaron los cojos, ojos de cera que dejaron los ciegos, brazos que colgaron los mancos, mortajas de que se desnudaron los muertos, todos después de haber caído

en el suelo de las miserias, ya vivos, ya sanos, ya libres y ya contentos, merced a la larga misericordia de la madre de las misericordias, que en aquel pequeño lugar hace campear a su benditísimo hijo con el escuadrón de sus infinitas misericordias.

De tal manera hizo aprehensión estos milagrosos adornos en los corazones de los devotos peregrinos, que volvieron los ojos a todas las partes del templo, y les parecía ver venir por el aire volando los cautivos, envueltos en sus cadenas, a colgarlas de las santas murallas, y a los enfermos arrastrar las muletas, y a los muertos mortajas, buscando lugar donde ponerlas, porque ya en el sacro templo no cabían: tan grande es la suma que las paredes ocupan.

Esta novedad, no vista hasta entonces de Perriandro ni de Auristela, ni menos de Ricla, de Constanza ni de Antonio, los tenía como asombrados, y no se hartaban de mirar lo que veían, ni de admirar lo que imaginaban; y así, con devotas y cristianas muestras, hincados de rodillas, se pusieron a adorar a Dios sacramentado, y a suplicar a su Santísima Madre que, en crédito y honra de aquella imagen, fuese servida de mirar por ellos. Pero lo que más es de ponderar, fué que, puesta de hinojos, y las manos puestas junto al pecho, la hermosa Feliciano de la Voz lloviendo tiernas lágrimas, con sosegado semblante, sin mover los labios ni hacer otra demostración ni movimiento que diese señal de ser viva

criatura, soltó la voz a los vientos y levantó el corazón al cielo, y cantó unos versos que ella sabía de memoria, los cuales dió después por escrito, con que suspendió los sentidos de cuantos la escuchaban, y acreditó las alabanzas que ella misma de su voz había dicho, y satisfizo de todo en todo los deseos que sus peregrinos tenían de escucharla. Cuatro estancias había cantado, cuando entraron por la puerta del templo unos forasteros, a quien la devoción y la costumbre puso luego de rodillas, y la voz de Feliciano, que todavía cantaba, puso también en admiración; y uno de ellos, que de anciana edad parecía, volviéndose a otro que estaba a su lado, díjole:

—O aquella voz es de algún ángel de los confirmados en gracia, o es de mi hija Feliciano de la Voz.

—¿Quién lo duda? —respondió el otro—. Ella es, y la que no será si no yerra el golpe este mi brazo.

Y diciendo esto, echó mano a una daga, y, con descompasados pasos, perdido el color y turbado el sentido, se fué hacia donde Feliciano estaba. El venerable anciano se arrojó tras él y le abrazó por las espaldas, diciéndole:

—No es éste, ¡oh hijo!, teatro de miserias ni lugar de castigos. Da tiempo al tiempo, que, pues no se nos puede huir esta traidora, no te precipites, y, pensando castigar el ajeno delito, te echas sobre ti la pena de la culpa propia.

Estas razones y alboroto selló la boca de Fe-

liciana y alborotó a los peregrinos y a todos cuantos en el templo estaban, los cuales no fueron parte para que su padre y hermano de Feliciana no la sacasen del templo a la calle, donde en un instante se juntó casi toda la gente del pueblo con la justicia, que se la quitó a los que parecían más verdugos que hermano y padre.

Estando en esta confusión, el padre, dando voces por su hija, y su hermano por su hermana, y la justicia defendiéndola hasta saber el caso, por una parte de la plaza entraron hasta seis de a caballo, que los dos de ellos fueron luego conocidos de todos por ser el uno don Francisco Pizarro, y el otro don Juan de Orellana, los cuales, llegándose al tumulto de la gente, y con ellos otro caballero que con un velo de tafetán negro traía cubierto el rostro, preguntaron la causa de aquellas voces. Fuéles respondido que no se sabía otra cosa sino que la justicia quería defender aquella peregrina, a quien querían matar dos hombres, que decían ser su hermano y su padre. Esto estaban oyendo don Francisco Pizarro y don Juan de Orellana, cuando el caballero embozado, arrojándose del caballo abajo, sobre quien venía, poniendo mano a su espada, y descubriéndose el rostro, se puso al lado de Feliciana, y, a grandes voces, dijo:

—En mí, en mí debéis, señores, tomar la enmienda del pecado de Feliciana, vuestra hija, si es tan grande que merezca muerte el casarse una doncella contra la voluntad de sus padres. Fe-

liciana es mi esposa, y yo soy Rosanio, como veis, no de tan poca calidad que no merezca qué me deis por concierto lo que yo supe escoger por industria. Noble soy, de cuya nobleza os podré presentar por testigos; riquezas tengo que la sustentan, y no será bien que lo que he ganado por ventura me lo quite Luis Antonio por vuestro gusto; y si os parece que os he hecho ofensa de haber llegado a este punto, de teneros por señores sin sabiduría vuestra, perdonadme, que las fuerzas poderosas de amor suelen turbar los ingenios más entendidos, y el veros yo tan inclinados a Luis Antonio me hizo no guardar el decoro que os debía, de lo cual otra vez os pido perdón.

Mientras Rosanio esto decía, Feliciano estaba pegada con él, teniéndole asido por la pretina con la mano, toda temblando, toda temerosa, y toda triste y toda hermosa juntamente; pero antes que su padre y hermano respondiesen palabra, don Francisco Pizarro se abrazó con su padre, y don Juan de Orellana con su hermano, que eran sus grandes amigos. Don Francisco dijo al padre:

—¿Dónde está vuestra discreción, señor don Pedro Tenorio? ¿Cómo, y es posible que vos mismo queráis fabricar vuestra ofensa? ¿No veis que estos agravios, antes que la pena, traen las disculpas consigo? ¿Qué tiene Rosanio que no merezca a Feliciano? O ¿qué le quedará a Feliciano de aquí adelante si pierde a Rosanio?

Casi estas mismas o semejantes razones decía

don Juan de Orellana a su hermano, añadiendo más, porque le dijo:

—Señor don Sancho, nunca la cólera prometió buen fin de sus ímpetus: ella es pasión del ánimo, y el ánimo apasionado pocas veces acierta en lo que emprende. Vuestra hermana supo escoger buen marido: tomar venganza de que no se guardaron las debidas ceremonias y respetos, no será bien hecho, porque os pondréis a peligro de derribar y echar por tierra todo el edificio de vuestro sosiego. Mirad, señor don Sancho, que tengo una prenda vuestra en mi casa: un sobrino os tengo, que no le podréis negar si no os negáis a vos mismo: tanto es lo que os parece.

La respuesta que dió el padre a don Francisco fué llegarse a su hijo don Sancho y quitalle la daga de las manos, y luego fué a abrazar a Rosanio, el cual, dejándose derribar a los pies del que ya conoció ser su suegro, se los besó mil veces. Arrodillóse también ante su padre Feliciano, derramó lágrimas, envió suspiros, vinieron desmayos; la alegría discurrió por todos los circunstancias; ganó fama de prudente el padre, de prudente el hijo, y los amigos, de discretos y bien hablados; llevólos el corregidor a su casa, regalólos el prior del santo monasterio abundantísimamente; visitaron las reliquias los peregrinos, que son muchas, santísimas y ricas; confesaron sus culpas, recibieron los sacramentos, y, en este tiempo, que fué el de tres días, envió don Francisco por el niño que le había llevado la labrado-

ra, que era el mismo que Rosanio dió a Perian-dro la noche que le dió la cadena, el cual era tan lindo que el abuelo, puesta en olvido toda injuria, dijo viéndole:

—¡Que mil bienes haya la madre que te parió y el padre que te engendró!

Y, tomándole en sus brazos, tiernamente le bañó el rostro con lágrimas, y se las enjugó con besos, y las limpió con sus canas. Pidió Auristela a Feliciano le diese el traslado de los versos que había cantado delante de la santísima imagen, la cual respondió que solamente había cantado cuatro estancias, y que todas eran doce, dignas de ponerse en la memoria, y así las escribió, que eran éstas:

Antes que de la mente eterna fuera
saliesen espíritus alados,
y antes que la veloz o tarda esfera
tuviese movimientos señalados,
y antes que aquella escuridad primera
los cabellos del sol viese dorados,
fabricó para sí Dios una casa
de santísima, y limpia, y pura masa.

Los altos y fortísimos cimientos,
sobre humildad profunda se fundaron;
y, mientras más a la humildad atentos,
más la fábrica regia levantaron.
Pasó la tierra, pasó el mar: los vientos,
atrás como más bajos, se quedaron;
el fuego pasa, y, con igual fortuna,
debajo de sus pies tiene la luna.

De fee son los pilares, de esperanza,
los muros desta fábrica bendita
ciñe la caridad, por quien se alcanza,
duración, como Dios, siempre infinita;
su recreo se aumenta en su templanza;
su prudencia, los grados facilita
del bien que ha de gozar, por la grandeza
de su mucha justicia y fortaleza.

Adornan este alcázar soberano
 profundos pozos, perenales fuentes,
 huertos cerrados, cuyo fruto sano
 es bendición y gloria de las gentes;
 están a la siniestra y diestra mano
 cipreses altos, palmas eminentes,
 altos cedros, clarísimos espejos
 que dan lumbre de gracia cerca y lejos.

El cinamomo, el plátano y la rosa
 de Hierico se halla en sus jardines,
 con aquella color, y aun más hermosa,
 de los más abrasados cherubines.
 Del pecado la sombra tenebrosa,
 ni llega, ni se acerca a sus confines.
 Todo es luz, todo es gloria, todo es cielo
 este edificio que hoy se muestra al suelo.

De Salomón el templo se nos muestra
 hoy con la perfección a Dios posible,
 donde no se oyó golpe que la diestra
 mano diese a la obra conveniente;
 hoy, haciendo de sí gloriosa muestra,
 salió la luz del sol inaccesible;
 hoy nuevo resplandor ha dado al día
 la clarísima estrella de María.

Antes que el sol, la estrella hoy da su lumbre;
 prodigiosa señal, pero tan buena,
 que, sin guardar de agujeros la costumbre,
 deja el alma de gozo y bienes llena.
 Hoy la humildad se vió puesta en la cumbre;
 hoy comenzó a romperse la cadena
 del hierro antiguo, y sale al mundo aquella
 prudentísima Eted, que el sol más bella.

Niña de Dios, por nuestro bien nacida:
 tierna, pero tan fuerte, que la frente,
 en soberbia maldad endurecida,
 quebrantasteis de la infernal serpiente;
 brinco de Dios, de nuestra muerte vida,
 pues vos fuistes el medio conveniente
 que redujo a pacífica concordia
 de Dios y el hombre la mortal discordia.

La justicia y la paz hoy se han juntado
 en vos, virgen santísima, y con gusto
 el dulce beso de la paz se han dado,
 harra y señal del venidero agosto.
 Del claro amanecer del sol sagrado

sois la primera aurora: sois del justo,
gloria; del pecador, firme esperanza;
de la borrasca antigua, la bonanza.

Sois la paloma que, ab eterno, fuistes
llamada desde el cielo; sois la esposa
que al sacro Verbo limpia carne distes,
por quien de Adán la culpa fué dichosa;
sois el brazo de Dios que detuvistes
de Abrahan la cuchilla rigurosa,
y para el sacrificio verdadero
nos distes el mansísimo cordero.

Creced, hermosa planta, y dad el fruto
presto en sazón, por quien el alma espera
cambiar en ropa rozagante el luto
que la gran culpa le vistió primera.
De aquel inmenso y general tributo
la paga conveniente y verdadera
en vos se ha de fraguar; creed, señora,
que sois universal remediadora.

Ya en las empíreas sacrosantas salas
el paraninfo alígero se apresta,
o casi mueve las doradas alas,
para venir con la embajada honesta:
que el olor de virtud que de ti exhalas,
virgen bendita, sirve de requesta
y apremio a que se vea en ti muy presto
del gran poder de Dios echado el resto.

Estos fueron los versos que comenzó a cantar Feliciano, y los que dió por escrito después, que fueron de Auristela más estimados que entendidos. En resolución, las paces de los desavenidos se hicieron; Feliciano, esposo, padre y hermano, se volvieron a su lugar, dejando orden a don Francisco Pizarro y don Juan de Orellana les enviasen el niño; pero no quiso Feliciano pasar el disgusto que da el esperar, y así, se le llevó consigo, con cuyo suceso quedaron todos alegres.

CAPÍTULO VI

DEL TERCERO LIBRO

Cuatro días se estuvieron los peregrinos en Guadalupe, en los cuales comenzaron a ver las grandezas de aquel santo monasterio; digo comenzaron, porque acabarlas de ver es imposible. Desde allí se fueron a Trujillo, adonde asimismo fueron agasajados de los dos nobles caballeros don Francisco Pizarro y don Juan de Orellana, y allí de nuevo refirieron el suceso de Feliciana, y ponderaron, al par de su voz, su discreción y el buen proceder de su hermano y de su padre, exagerando Auristela los corteses ofrecimientos que Feliciana le había hecho al tiempo de su partida. La ida de Trujillo fué de allí a dos días la vuelta de Talavera, donde hallaron que se preparaba para celebrar la gran fiesta de la Monda, que trae su origen de muchos años antes que Cristo naciese, reducida por los cristianos a tan buen punto y término, que si entonces se celebraba en honra de la diosa Venus por la gentilidad, ahora se celebra en honra y alabanza de la Virgen de las vírgenes. Quisieran esperar a verla; pero, por

no dar más espacio a su espacio, pasaron adelante, y se quedaron sin satisfacer su deseo.

Seis leguas se habrían alongado de Talavera, cuando delante de sí vieron que caminaba una peregrina, tan peregrina, que iba sola, y escusóles el darla voces a que se detuviese, el haberse ella sentado sobre la verde hierba de un pradillo, o ya convidada del ameno sitio, o ya obligada del cansancio. Llegaron a ella, y hallaron ser de tal talle, que nos obliga a describirle: la edad, al parecer, salía de los términos de la mocedad y tocaba en las márgenes de la vejez; el rostro daba en rostro, porque la vista de un lince no alcanzara a verle las narices, porque no las tenía sino tan chatas y llanas, que con unas pinzas no le pudieran asir una brizna de ellas; los ojos les hacían sombra, porque más salían fuera de la cara que ella; el vestido era una esclavina rota que le besaba los calcañares, sobre la cual traía una muçeta, la mitad guarnecida de cuero, que, por roto y despedazado, no se podía distinguir si de cordobán o si de badana fuese; ceñíase con un cordón de esparto, tan abultado y poderoso, que más parecía gumena de galera, que cordón de peregrina; las tocas eran bastas, pero limpias y blancas; cubríale la cabeza un sombrero viejo, sin cordón ni toquilla, y los pies unos alpargates rotos; y ocupábale la mano un bordón hecho a manera de cayado, con una punta de acero al fin; pendíale del lado izquierdo una calabaza de más que mediana estatura, y apesgábale el cuello un

rosario, cuyos padrenuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos al argolla. En efeto: toda ella era rota, y toda penitente, y, como después se echó de ver, toda de mala condición. Saludáronla en llegando, y ella les volvió los saludos con la voz que podía prometer la chatedad de sus narices, que fué más gangosa que suave. Preguntáronla adónde iba y qué peregrinación era la suya, y, diciendo y haciendo, convidados, como ella, del ameno sitio, se le sentaron a la redonda; dejaron pacer el bagaje, que les servía de recámara, de despensa y botillería, y, satisfaciendo a la hambre, alegremente la convidaron, y ella, respondiendo a la pregunta que la habían hecho, dijo:

—Mi peregrinación es la que usan algunos peregrinos, quiero decir, que siempre es la que más cerca les viene a cuento para disculpar su ociosidad; y así me parece que será bien deciros que por ahora voy a la gran ciudad de Toledo a visitar a la devota imagen del Sagrario, y desde allí me iré al Niño de la Guardia, y dando una punta, como alcón noruego, me entretendré con la santa Verónica de Jaén hasta hacer tiempo de que llegue el último domingo de abril, en cuyo día se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra. Tal es, según he oído decir, que ni las pasadas fiestas de la gentilidad, a quien imita la de

la Monda de Talavera, no le han hecho ni le pueden hacer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera posible, sacarla de la imaginación, donde la tengo fija, y pintárosela con palabras y ponérosela delante de la vista, para que, comprendiéndola, viérades la mucha razón que tengo de alabárosla; pero esta es carga para otro ingenio no tan estrecho como el mío. En el rico palacio de Madrid, morada de los reyes, en una galería, está retratada esta fiesta con la puntualidad posible; allí está el monte, o, por mejor decir, peñasco en cuya cima está el monasterio que deposita en sí una santa imagen, llamada de la Cabeza, que tomó el nombre de la peña donde habita, que antiguamente se llamó el Cabezo, por estar en la mitad de un llano libre y desembarazado, solo y señero de otros montes ni peñas que le rodeen, cuya altura será de hasta un cuarto de legua, y cuyo circuito debe de ser de poco más de media. En este espacioso y ameno sitio tiene su asiento, siempre verde y apacible, por el humor que le comunican las aguas del río Xandula, que de paso, como en reverencia, le besa las faldas. El lugar, la peña, la imagen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca y lejos el solemne día que he dicho, le hacen famoso en el mundo y célebre en España sobre cuantos lugares las más extendidas memorias se acuerdan.

Suspensos quedaron los peregrinos de la relación de la nueva, aunque vieja, peregrina, y casi les comenzó a bullir en el alma la gana de irse

con ella a ver tantas maravillas; pero la que llevaban de acabar su camino no dió lugar a que nuevos deseos lo impidiesen.

—Desde allí —prosiguió la peregrina— no sé qué viaje será el mío, aunque sé que no me ha de faltar donde ocupe la ociosidad y entretenga el tiempo, como lo hacen, como ya he dicho, algunos peregrinos que se usan.

A lo que dijo Antonio el padre:

—Páreceme, señora peregrina, que os da en el rostro la peregrinación.

—Eso no —respondió ella—: que bien sé que es justa, santa y loable, y que siempre la ha habido y la ha de haber en el mundo; pero estoy mal con los malos peregrinos, como son los que hacen granjería de la santidad y ganancia infame de la virtud loable; con aquellos, digo, que saltean la limosna de los verdaderos pobres. Y no digo más, aunque pudiera.

En esto, por el camino real, que junto a ellos estaba, vieron venir un hombre a caballo, que, llegando a igualar con ellos, al quitarles el sombrero para saludarles y hacerles cortesía, habiendo puesto la cabalgadura, como después pareció, la mano en un hoyo, dió consigo y con su dueño al través una gran caída. Acudieron todos luego a socorrer al caminante, que pensaron hallar muy mal parado. Arrendó Antonio el mozo la cabalgadura, que era un poderoso macho, y al dueño le abrigaron lo mejor que pudieron y le socorrieron con el remedio más ordinario que en tales

casos se usa, que fué darle a beber un golpe de agua; y hallando que su mal no era tanto como pensaban, le dijeron que bien podía volver a subir y a seguir su camino; el cual hombre les dijo:

—Quizá, señores peregrinos, ha permitido la suerte que yo haya caído en este llano, para poder levantarme de los riscos donde la imaginación me tiene puesta el alma. Yo, señores, aunque no queráis saberlo, quiero que sepáis que soy extranjero, y de nación polaco; muchacho salí de mi tierra, y vine a España, como a centro de los extranjeros y a madre común de las naciones; serví a españoles, aprendí la lengua castellana de la manera que veis que la hablo, y, llevado del general deseo que todos tienen de ver tierras, vine a Portugal a ver la gran ciudad de Lisboa, y la misma noche que entré en ella me sucedió un caso que, si le creyéredes haréis mucho, y si no no importa nada, puesto que la verdad ha de tener siempre su asiento, aunque sea en sí misma.

Admirados quedaron Periandro y Auristela, y los demás compañeros, de la improvisa y concertada narración del caído caminante, y con gusto de escucharle le dijo Periandro que prosiguiese en lo que decir quería, que todos le darían crédito, porque todos eran corteses y en las cosas del mundo experimentados. Alentado con esto, el caminante prosiguió, diciendo:

—Digo que la primera noche que entré en Lisboa, yendo por una de sus principales calles o ruas, como ellos las llaman, por mejorar de posa-

da, que no me había parecido bien una donde me había apeado, al pasar de un lugar estrecho y no muy limpio, un embozado portugués con quien encontré, me desvió de sí con tanta fuerza que tuve necesidad de arrimarme al suelo. Despertó el agravio la cólera, remití mi venganza a mi espada, puse mano, púsola el portugués con gallardo brío y desenvoltura, y la ciega noche, y la fortuna, más ciega a la luz de mi mejor suerte, sin saber yo adónde, encaminó la punta de mi espada a la vista de mi contrario, el cual, dando de espaldas, dió el cuerpo al suelo y el alma adonde Dios se sabe. Luego me representó el temor lo que había hecho; pasméme; pues en el huir mi remedio; quise huir, pero no sabía adónde; mas el rumor de la gente, que me pareció que acudía, me puso alas en los pies, y con pasos desconcertados volví la calle abajo, buscando dónde esconderme o adónde tener lugar de limpiar mi espada, porque si la justicia me cogiese no me hallase con manifiestos indicios de mi delito.

»Yendo, pues, así, ya del temor desmayado, vi una luz en una casa principal, y arrojéme a ella, sin saber con qué disinio. Hallé una sala baja abierta y muy bien aderezada; alargué el paso y entré en otra cuadra, también bien aderezada, y, llevado de la luz que en otra cuadra parecía, hallé en un rico lecho echada una señora que, alborotada, sentándose en él, me preguntó quién era, qué buscaba y adónde iba, y quién me había dado licencia de entrar hasta allí con tan poco

respeto. Yo le respondí: «Señora, a tantas preguntas no os puedo responder, sino sólo con deciros que soy un hombre extranjero, que, a lo que creo, dejé muerto a otro en esa calle, más por su desgracia y su soberbia que por mi culpa. Suplícocos, por Dios y por quien sois, que me escapéis del rigor de la justicia, que pienso que me viene siguiendo.» «¿Sois castellano?», me preguntó en su lengua portuguesa. «No, señora —le respondí yo—, sino forastero, y bien lejos de esta tierra.» «Pues aunque fuéredes mil veces castellano —replicó ella— os librara yo, si pudiera, y os libraré, si puedo. Subid por cima de este lecho y entraos debajo desde tapiz, y entraos en un hueco que aquí hallaréis, y no os mováis, que si la justicia viniere me tendrá respeto y creará lo que yo quisiere decirles.»

»Hice luego lo que me mandó: alcé el tapiz, hallé el hueco, estrechéme en él, recogí el aliento, y comencé a encomendarme a Dios lo mejor que pude; y estando en esta confusa aflicción, entró un criado de casa, diciendo casi a gritos:

«Señora, a mi señor don Duarte han muerto; aquí le traen pasado de una estocada de parte a parte por el ojo derecho, y no se sabe el matador ni la ocasión de la pendencia, en la cual apenas se oyeron los golpes de las espadas; solamente hay un muchacho que dice que vió entrar un hombre huyendo en esta casa.» «Ese debe de ser el matador, sin duda —respondió la señora—, y no podrá escaparse. ¡Cuántas veces temía yo,

¡ay, desdichada!, ver que traían a mi hijo sin vida, porque de su arrogante proceder no se podían esperar sino desgracias.

»En esto, en hombros de otros cuatro entraron al muerto y le tendieron en el suelo, delante de los ojos de la afligida madre, la cual, con voz lamentable, comenzó a decir: «¡Ay, venganza, y cómo estás llamando a las puertas del alma! Pero no consiente que responda a tu gusto el que yo tengo de guardar mi palabra. ¡Ay, con todo esto, dolor, que me aprieta mucho!»

»Considerad, señores, cuál estaría mi corazón oyendo las apretadas razones de la madre, a quien la presencia del muerto hijo me parecía a mí que le ponían en las manos mil géneros de muertes con que de mí se vengase, que bien estaba claro que había de imaginar que yo era el matador de su hijo. Pero ¿qué podía yo hacer entonces sino callar y esperar en la misma desesperación? Y más cuando entró en el aposento la justicia, que, con comedimiento, dijo a la señora: «Guiados por la voz de un muchacho, que dice que se entró en esta casa elho micida desde caballero, nos hemos atrevido a entrar en ella.» Entonces yo abrí los oídos y estuve atento a las respuestas que daría la afligida madre, la cual respondió, llena el alma de generoso ánimo y de piedad cristiana: «Si ese tal hombre ha entrado en esta casa, no, a lo menos, en esta estancia; por allá le pueden buscar, aunque plegue a Dios que no le hallen, porque mal se remedia una muerte con

otra, y más cuando las injurias no proceden de malicia.

»Volvióse la justicia a buscar la casa, y volvieron en mí los espíritus que me habían desamparado. Mandó la señora quitar delante de sí el cuerpo muerto del hijo, y que le amortajasen y desde luego diesen orden en su sepultura; mandó asimismo que la dejaran sola, porque no estaba para recibir consuelos y pésames de infinitos que venían a dárselos, así de parientes como de amigos y conocidos.

»Hecho esto, llamó a una doncella suya, que, a lo que pareció, debió de ser de la que más se fiaba, y habiéndola hablado al oído, la despidió, mandándole cerrase tras sí la puerta; ella lo hizo así, y la señora, sentándose en el lecho, tentó el tapiz, y, a lo que pienso, me puso las manos sobre el corazón, el cual, palpitando a priesa, daba indicios del temor que le cercaba; ella viendo lo cual, me dijo, con baja y lastimada voz: «Hombre, quienquiera que seas, ya ves que me has quitado el aliento de mi pecho, la luz de mis ojos, y, finalmente, la vida que me sustentaba; pero, porque entiendo que ha sido sin culpa tuya, quiero que se oponga mi palabra a mi venganza; y así, en cumplimiento de la promesa que te hice de libertar cuando aquí entraste, has de hacer lo que ahora te diré: ponte las manos en el rostro, porque si yo me descuido en abrir los ojos, no me obligues a que te conozca, y sal de ese encerramiento, y sigue a una mi doncella que ahora ven-

drá aquí, la cual te pondrá en la calle y te dará cien escudos de oro, con que facilites tu remedio. No eres conocido, no tienes ningún indicio que te manifieste; sosiega el pecho, que el alboroto demasiado suele descubrir el delincuente.»

»En esto volvió la doncella; yo salí detrás del paño, cubierto el rostro con la mano, y en señal de agradecimiento, hincado de rodillas, besé el pie de la cama muchas veces, y luego seguí los de la doncella, que asimismo, callando, me asió del brazo, y por la puerta falsa de un jardín, a oscuras, me puso en la calle. En viéndome en ella, lo primero que hice fué limpiar la espada, y con sosegado paso salí a caso a una calle principal, de donde reconocí mi posada, y me entré en ella como si por mí no hubiera pasado ni próspero suceso ni adverso. Contóme el huésped la desgracia del recién muerto caballero, y así exageró la grandeza de su linaje como la arrogancia de su condición, de la cual se creía la habría granjeado algún enemigo secreto que a semejante término le hubiese conducido.

»Pasé aquella noche dando gracias a Dios de las recibidas mercedes y ponderando el valeroso y nunca visto ánimo cristiano y admirable proceder de doña Guiomar de Sosa, que así supe se llamaba mi bienhechora; salí por la mañana al río, y hallé en él un barco lleno de gente que se iba a embarcar en una gran nave que en Sangian estaba de partida para las islas orientales; volvíme a mi posada, vendí a mi huésped la cabalga-

dura, y, cerrando todos mis discursos en el puño, volví al río y al barco, y otro día me hallé en el gran navío fuera del puerto, dadas las velas al viento, siguiendo el camino que se deseaba.

»Quince años he estado en las Indias, en los cuales, sirviendo de soldado con valentísimos portugueses, me han sucedido cosas de que quizá pudieran hacer una gustosa y verdadera historia, especialmente de las hazañas de la en aquellas partes invencible nación portuguesa, dignas de perpetua alabanza en los presentes y venideros siglos. Allí granjeé algún oro y algunas perlas, y cosas más de valor que de bulto, con las cuales, y con la ocasión de volverse mi general a Lisboa, volví a ella, y de allí me puse en camino para volverme a mi patria, determinando ver primero todas las mejores y más principales ciudades de España. Reducí a dineros mis riquezas, y a pólizas los que me pareció ser necesario para mi camino, que fué el que primero intenté venir a Madrid, donde estaba recién venida la corte del gran Felipe III; pero ya mi suerte, cansada de llevar la nave de mi ventura con próspero viento por el mar de la vida humana, quiso que diese en un bajío que la destrozase toda, y así hizo que en llegando una noche a Talavera, un lugar que no está lejos de aquí, me apeé en un mesón que no me sirvió de mesón, sino de sepultura, pues en él hallé la de mi honra. ¡Oh fuerzas poderosas de amor, de amor, digo, inconsiderado, presuroso y lascivo y mal intencionado, y con cuánta faci-

lidad atropellas disinius buenos, intentos castos, proposiciones discretas! Digo, pues, que estando en este mesón entró en él acaso una doncella de hasta diez y seis años, a lo menos a mí no me pareció de más, puesto que después supe que tenía veinte y dos; venía en cuerpo, y en tranzado, vestida de paño, pero limpísima, y al pasar junto a mí me pareció que olía a un prado lleno de flores por el mes de mayo, cuyo olor en mis sentidos dejó atrás las aromas de Arabia; llegóse la cual a un mozo del mesón, y, hablándole al oído, alzó una gran risa, y volviendo las espaldas salió del mesón y se entró en una casa frontera. El mozo mesonero corrió tras ella y no la pudo alcanzar, si no fué con una coz que le dió en las espaldas, que la hizo entrar cayendo de ojos en su casa. Esto vió otra moza del mismo mesón, y llena de cólera dijo al mozo: «¡Por Dios, Alonso, que lo haces mal; que no merece Luisa que la santigües a coces!» «Como ésas le daré yo, si vivo —respondió el Alonso—. Calla, Martina amiga, que a estas mocitas sobresalientes no solamente es menester ponerles la mano, sino los pies y todo.» Y con esto nos dejó solos a mí y a Martina, a la cual le pregunté que qué Luisa era aquélla y si era casada o no. «No es casada —respondió Martina—; pero serálo presto con este mozo Alonso que habéis visto; y en fe de los tratos que andan entre los padres della y los dél, de esposa, se atreve Alonso a molella a coces todas las veces que se le antoja, aunque muy pocas

son sin que ella las merezca; porque, si va a decir la verdad, señor huésped, la tal Luisa es algo atrevidilla y algún tanto libre y descompuesta. Harto se lo he dicho yo, mas no aprovecha: no dejará de seguir su gusto si la sacan los ojos; pues, en verdad, en verdad, que una de las mejores dotes que puede llevar una doncella es la honestidad que buen siglo haya la madre que me parió, que fué persona que no me dejó ver la calle ni aun por un agujero, cuanto más salir al umbral de la puerta; sabía bien, como ella decía, que la mujer y la gallina, etc.» «Dígame, señora Martina —le repliqué yo—: ¿cómo de la estrechez de ese noviciado vino a hacer profesión en la anchura de un mesón?» «Hay mucho que decir en eso —dijo Martina—; y aun yo tuviera más que decir de estas menudencias si el tiempo lo pidiera o el dolor que traigo en el alma lo permitiera.»

CAPÍTULO VII

DEL TERCERO LIBRO

Con atención escuchaban los peregrinos el peregrino, cuando del polaco ya deseaban saber qué dolor traía en el alma, como sabían el que debía de tener en el cuerpo, a quien dijo Periandro:

—Contad, señor, lo que quisiéredes, y con las menudencias que quisiéredes, que muchas veces el contarlas suele acrecentar gravedad al cuento: que no parece mal estar en la mesa de un banquete, junto a un faisán bien aderezado, un plato de una fresca, verde y sabrosa ensalada. La salsa de los cuentos es la propiedad del lenguaje en cualquiera cosa que se diga. Así que, señor, seguid vuestra historia; contad de Alonso y de Martina; acocead a vuestro gusto a Luisa; casadla o no la caséis; séase ella libre y desenvuelta como un cernícalo, que el toque no está en sus desenvolturas, sino en sus sucesos, según lo hallo yo en mi astrología.

—Digo, pues, señores —respondió el polaco—, que, usando de esa buena licencia, no me quedará cosa en el tintero que no la ponga en la plana de

vuestro juicio. Con todo el que entonces tenía, que no debía de ser mucho, fuí y vine una y muchas veces aquella noche a pensar en el donaire, en la gracia y en la desenvoltura de la sin par, a mi parecer, ni sé si la llame vecina moza, o conocida de mi huésped; hice mil disignios, fabriqué mil torres de viento, caséme, tuve hijos, y di dos higas al qué dirán, y, finalmente, me resolví de dejar el primer intento de mi jornada, y quedarme en Talavera, casado con la diosa Venus, que no menos hermosa me pareció la muchacha, aunque acoceada por el mozo del mesonero. Pasóse aquella noche, tomé el pulso a mi gusto, y halléle tal, que, a no casarme con ella, en poco espacio de tiempo había de perder, perdiendo el gusto, la vida, que ya había depositado en los ojos de mi labradora. Y, atropellando por todo género de inconvenientes, determiné de hablar a su padre, pidiéndosela por mujer. Enseñéle mis perlas, manifestéle mis dineros, díjele alabanzas de mi ingenio y de mi industria, no sólo para conservarlos, sino para aumentarlos; y con estas razones, y con el alarde que le había hecho de mis bienes, vino más blando que un guante a condescender con mi deseo, y más cuando vió que yo no reparaba en dote, pues con sola la hermosura de su hija me tenía por pagado, contento y satisfecho deste concierto. Quedó Alonso despechado; Luisa, mi esposa, rostrituerta, como lo dieron a entender los sucesos que de allí a quince días acontecieron, con dolor mío y ver-

güenza suya, que fueron acomodarse mi esposa con algunas joyas y dineros míos, con los cuales, y con ayuda de Alonso, que le puso alas en la voluntad y en los pies, desapareció de Talavera, dejándome burlado y arrepentido, y dando ocasión al pueblo a que de su inconstancia y bellaquería en corrillos hablasen. Hízome el agravio acudir a la venganza; pero no hallé en quien tomarla sino en mí propio, que con un lazo estuve mil veces por ahorcarme; pero la suerte, que quizá para satisfacerme de los agravios que me tiene hechos me guarda, ha ordenado que mis enemigos hayan parecido presos en la cárcel de Madrid, de donde he sido avisado que vaya a ponerles la demanda y a seguir mi justicia, y así, voy con voluntad determinada de sacar con su sangre las manchas de mi honra, y, con quitarles las vidas, quitar de sobre mis hombros la pesada carga de su delito, que me trae aterrado y consumido. ¡Vive Dios, que han de morir! ¡Vive Dios, que me he de vengar! ¡Vive Dios, que ha de saber el mundo que no sé disimular agravios, y más los que son tan dañosos, que se entran hasta las medulas del alma! A Madrid voy; ya estoy mejor de mi caída; no hay sino ponerme a caballo, y guárdense de mí hasta los mosquitos del aire, y no me lleguen a los oídos, ni ruegos de frailes, ni llantos de personas devotas, ni promesas de bien intencionados corazones, ni dádivas de ricos, ni imperios ni mandamientos de grandes, ni toda la caterva que suele proceder

a semejantes acciones: que mi honra ha de andar sobre su delito como el aceite sobre el agua.

Y diciendo esto se iba a levantar muy ligero para volver a subir y seguir su viaje, viendo lo cual, Periandro, asiéndole del brazo, le detuvo y le dijo:

—Vos, señor, ciego de vuestra cólera, no echáis de ver que vais a dilatar y a extender vuestra deshonra. Hasta agora no estáis más deshonorado de entre los que os conocen en Talavera, que deben de ser bien pocos, y agora vais a serlo de los que os conocerán en Madrid; queréis ser como el labrador que crió la víbora serpiente en el seno todo el invierno, y, por merced del cielo, cuando llegó el verano, donde ella pudiera aprovecharse de su ponzoña, no la halló, porque se había ido; el cual, sin agraceder esta merced al cielo, quiso ir a buscar, y volverla a anidar en su casa y en su seno, no mirando ser suma prudencia no buscar el hombre lo que no le está bien hallar, y a lo que comúnmente se dice que al enemigo que huye la puente de plata, y el mayor que el hombre tiene suele decirse que es la mujer propia. Pero esto debe de ser en otras religiones que en la cristiana, entre las cuales los matrimonios son una manera de concierto y conveniencia, como lo es el de alquilar una casa o otra alguna heredad; pero en la religión católica, el casamiento es sacramento que sólo se desata con la muerte o con otras cosas que son más duras que la misma muerte, las cuales pueden excusar la cohabita-

ción de los dos casos, pero no deshacer el nudo con que ligados fueron. ¿Qué pensáis que os sucederá cuando la justicia os entregue a vuestros enemigos, atados y rendidos, encima de un teatro público, a la vista de infinitas gentes, y a vos blandiendo el cuchillo encima del cadahalso, amenazando el segarles las gargantas, como si pudiera su sangre limpiar, como vos decís, vuestra honra? ¿Qué os puede suceder, como digo, sino hacer más público vuestro agravio? Porque las venganzas castigan; pero no quitan las culpas; y las que en estos casos se cometen, como la enmienda no proceda de la voluntad, siempre se están en pie, y siempre están vivas en las memorias de las gentes, a lo menos, en tanto que vive el agraviado. Así que, señor, volved en vos, y dando lugar a la misericordia, no corráis tras la justicia. Y no os aconsejo por esto a que perdonéis a vuestra mujer para volverla a vuestra casa, que a esto no hay ley que os obligue; lo que os aconsejo es que la dejéis, que es el mayor castigo que podréis darle. Vivid lejos de ella y viviréis; lo que no haréis estando juntos, porque moriréis continuo. La ley del repudio fué muy usada entre los romanos, y puesto que sería mayor caridad perdonarla, recogerla, sufrirla y aconsejarla, es menester tomar el pulso a la paciencia y poner en un punto extremado a la discreción, de la cual pocos se pueden fiar en esta vida, y más cuando la contrastan inconvenientes tantos y tan pesados. Y, finalmente, quiero que

consideréis que vais a hacer un pecado mortal en quitarles las vidas, que no se ha de cometer por todas las ganancias que la honra del mundo ofrezca.

Atento estuvo a estas razones de Periandro el colérico polaco, y, mirándole de hito en hito, respondió:

—Tú, señor, has hablado sobre tus años: tu discreción se adelanta a tus días, y la madurez de tu ingenio, a tu verde edad; un ángel te ha movido la lengua, con la cual has ablandado mi voluntad, pues ya no es otra la que tengo si no es la de volverme a mi tierra a dar gracias al cielo por la merced que me has hecho. Ayúdame a levantar, que, si la cólera me volvió las fuerzas, no es bien que me las quite mi bien considerada paciencia.

—Eso haremos todos de muy buena gana —dijo Antonio el padre.

Y, ayudándole a subir en el macho, abrazándolos a todos primero, dijo que quería volver a Talavera, a cosas que a su hacienda tocaban, y que desde Lisboa volvería por la mar a su patria; díjoles su nombre, que se llamaba Ortel Banedre, que respondía en castellano Martín Banedre; y, ofreciéndoselos de nuevo a su servicio, volvió las riendas hacia Talavera, dejando a todos admirados de sus sucesos y del buen donaire con que los había contado. Aquella noche la pasaron los peregrinos en aquel mismo lugar, y de allí a dos días, en compañía de la antigua peregrina, llegaron a la Sagra de Toledo, y a vista del celebrado Tajo, famoso por sus arenas, y claro por sus líquidos cristales.

CAPÍTULO VIII

DEL TERCERO LIBRO

No es la fama del río Tajo tal que la cierren límites, ni la ignoren las más remotas gentes del mundo: que a todos se extiende, y a todos se manifiesta, y en todos hace nacer un deseo de conocerle; y como es uso de los setentrionales ser toda la gente principal versada en la lengua latina y en los antiguos poetas, éralo asimismo Periandro, como uno de los más principales de aquella nación; y así por esto, como por haber mostrádole a la luz del mundo aquellos días las famosas obras del jamás alabado como se debe poeta Garcilaso de la Vega, y haberlas él visto, leído, mirado y admirado, así como vió al claro río, dijo:

—No diremos: «Aquí dió fin a su cantar Salicio», sino: «Aquí dió principio a su cantar Salicio; aquí sobrepujó en sus églogas a sí mismo; aquí resonó su zampoña, a cuyo son se detuvieron las aguas deste río, no se movieron las hojas de los árboles, y, parándose los vientos, dieron lugar a que la admiración de su canto fuese de lengua

en lengua y de gente en gentes por todas las de la tierra.» ¡Oh venturosas, pues, cristalinas aguas, doradas arenas, ¡qué digo yo doradas!, antes de puro oro nacidas! Recoged a este pobre peregrino, que, como desde lejos os adora, os piensa reverenciar desde cerca.

Y poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo, fué esto lo que dijo:

—¡Oh peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos, para volver a resucitar su muerta gloria y ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias! Salve, pues, ¡oh ciudad santa, y da lugar que en ti le tengan estos que venimos a vertel!

Esto dijo Periandro, que lo dijera mejor Antonio el padre, si también como él lo supiera; porque las lecciones de los libros muchas veces hacen más cierta experiencia de las cosas, que no la tienen los mismos que las han visto, a causa que el que vee con atención repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella, no repara en nada, y con esto excede a la lección la vista. Casi en este mismo instante resonó en sus oídos el son de infinitos y alegres instrumentos, que por los valles que la ciudad rodean se extendían, y vieron venir hacia donde ellos estaban escuadrones no armados de infantería, sino montones de doncellas, sobre el mismo sol hermosas, vestidas a lo villano, llenas de sartas y

patenas los pechos, en quien los corales y la plata tenían su lugar y asiento, con más gala que las perlas y el oro, que aquella vez se hurtó de los pechos y se acogió a los cabellos, que todos eran luengos y rubios como el mismo oro; venían, aunque sueltos por las espaldas, recogidos en la cabeza con verdes guirnaldas de olorosas flores. Campeó aquel día, y en ellas, antes la palmilla de Cuenca que el damasco de Milán y el raso de Florencia. Finalmente, la rusticidad de sus galas se aventajaba a las más ricas de la corte, porque, si en ellas se mostraba la honesta medianía, se descubría asimismo la extremada limpieza: todas eran flores, todas rosas, todas donaire, y todas juntas componían un honesto movimiento, aunque de diferentes bailes formado, el cual movimiento era incitado del son de los diferentes instrumentos ya referidos. Alrededor de cada escuadrón andaban por de fuera, de blanquísimo lienzo vestidos, y con paños labrados rodeadas las cabezas, muchos zagales, o ya sus parientes, o ya sus conocidos, o ya vecinos de sus mismos lugares; uno tocaba el tamboril y la flauta; otro, el salterio; éste, las sonajas, y aquél los albogues, y de todos estos sones redundaba uno solo, que alegraba con la concordancia, que es el fin de la música. Y al pasar uno de estos escuadrones o junta de bailadoras doncellas por delante de los peregrinos, uno, que, a lo que después pareció, era el alcalde del pueblo, asió a una de aquellas doncellas del brazo, y, mirándola muy bien de

arriba abajo, con voz alterada y de mal talante, la dijo:

—¡Ah Tozuelo, Tozuelo, y qué de poca vergüenza os acompaña! ¿Bailes son éstos para ser profanados? ¿Fiestas son éstas para no llevarlas sobre las niñas de los ojos? No sé yo cómo consienten los cielos semejantes maldades. Si esto ha sido con sabiduría de mi hija Clementa Cobeña, ¡por Dios que nos han de oír los sordos!

Apenas acabó de decir esta palabra el alcalde, cuando llegó otro alcalde y le dijo:

—Pedro Cobeño, si os oyesen los sordos, sería hacer milagros. Contentaos con que nosotros nos oigamos a nosotros y sepamos en qué os ha ofendido mi hijo Tozuelo; que si él ha delinquido contra vos, justicia soy yo que le podré y sabré castigar.

A lo que respondió Cobeño:

—El delinquiramiento ya se ve, pues, siendo varón, va vestido de hembra; y no de hembra como quiera, sino de doncella de su majestad, en sus fiestas; porque veáis, alcalde Tozuelo, si es mocosa la culpa. Ténome que mi hija Cobeña anda por aquí, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos, y no querría que el diablo hiciese de las suyas y sin nuestra sabiduría los juntase sin las bendiciones de la Iglesia: que ya sabéis que estos casorios hechos a hurtadillas por la mayor parte pararon en mal y dan de comer a los de la audiencia clerical, que es muy carera.

A esto respondió por Tozuelo una doncella la-

bradora, de muchas que se pararon a oír la plática:

—Si va a decir la verdad, señores alcaldes, tan marida es Mari Cobeña de Tozuelo, y él marido della, como lo es mi madre de mi padre, y mi padre de mi madre. Ella está encinta, y no está por danzar ni bailar. Cásenlos, y váyase el diablo para malo, y a quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga.

—¡Par Dios, hija! —respondió Tozuelo—. Vos decís muy bien: entrambos son iguales; no es más cristiano viejo el uno que el otro; las riquezas se pueden medir con una misma vara.

—Agora bien —replicó Cobeño—: llamen aquí a mi hija, que ella lo deslindará todo, que no es nada muda.

Vino Cobeña, que estaba lejos, y lo primero que dijo fué:

—Ni yo he sido la primera, ni seré la postrera que haya tropezado y caído en estos barrancos. Tozuelo es mi esposo, y yo su esposa, y perdónenos Dios a entrambos, cuando nuestros padres no quisieren.

—Eso sí, hija —dijo su padre—. ¡La vergüenza, por los cerros de Ubeda, antes que en la cara! Pero, pues esto está hecho, bien será que el alcalde Tozuelo se sirva de que este caso pase adelante, pues vosotros no le habéis querido dejar atrás.

—¡Pardiez —dijo la doncella primera—, que el señor alcalde Cobeño ha hablado como un viejo! Dense estos niños las manos, si es que no se las

han dado hasta agora, y queden para en uno como lo manda la Santa Iglesia nuestra madre, y vamos con nuestro baile al olmo, que no se ha de estorbar nuestra fiesta por niñerías.

Vino Tozuelo con el parecer de la moza, diéronse las manos los donceles, acabóse el pleito y pasó el baile adelante: que si con esta verdad se acabaran todos los pleitos, secas y peladas estuvieran las solícitas plumas de los escribanos. Quedaron Periandro, Auristela y los demás peregrinos contentísimos de haber visto la pendencia de los dos amantes y admirados de ver la hermosura de las labradoras doncellas, que parecía, todas a una mano, que eran principio, medio y fin de la humana belleza. No quiso Periandro que entrasen en Toledo, porque así se lo pidió Antonio al padre, a quien aguijaba el deseo que tenía de ver a su patria y a sus padres, que no estaban lejos, diciendo que, para ver las grandezas de aquella ciudad, convenía más tiempo que el que su prisa les ofrecía. Por esta misma razón tampoco quisieron pasar por Madrid, donde a la sazón estaba la corte, temiendo algún estorbo que su camino les impidiese. Confirmóles en este parecer la antigua peregrina, diciéndoles que andaban en la corte ciertos pequeños que tenían fama de ser hijos de grandes, que, aunque pájaros noveles, se abatían al señuelo de cualquiera mujer hermosa, de cualquiera calidad que fuese; que el amor antojadizo no busca calidades, sino hermosura.

A lo que añadió Antonio el padre:

—Desa manera será menester que usemos de la industria que usan las grullas cuando, mudando regiones, pasan por el monte Limavo, en el cual las están aguardando unas aves de rapiña para que les sirvan de pasto; pero ellas, previniendo este peligro, pasan de noche y llevan una piedra cada una en la boca, para que les impida el canto y excusen de ser sentidas; cuanto más, que la mejor industria que podemos tener es seguir la ribera deste famoso río, y, dejando la ciudad a mano derecha, guardando para otro tiempo el verla, nos vamos a Ocaña, y desde allí al Quintanar de la Orden, que es mi patria.

Viendo la peregrina el disignio del viaje que había hecho Antonio, dijo que ella quería seguir el suyo, que le venía más a cuento. La hermosa Riela le dió dos monedas de oro en limosna, y la peregrina se despidió de todos, cortés y agradecida. Nuestros peregrinos pasaron por Aranjuez, cuya vista, por ser en tiempo de primavera, en un mismo punto les puso la admiración y la alegría; vieron iguales y extendidas calles, a quien servían de espaldas y arrimos los verdes y infinitos árboles, tan verdes, que las hacían parecer de finísimas esmeraldas; vieron la junta, los besos y abrazos que se daban los dos famosos ríos Henares y Tajo; contemplaron sus sierras de agua; admiraron el concierto de sus jardines y de la diversidad de sus flores; vieron sus estanques, con más peces que arenas, y sus exquisitos fru-

tales, que, por aliviar el peso a los árboles, tendían las ramas por el suelo; finalmente, Perian-dro tuvo por verdadera la fama que deste sitio por todo el mundo se esparcía. Desde allí fueron a la villa de Ocaña, donde supo Antonio que sus padres vivían, y se informó de otras cosas que le alegraron, como luego se dirá.

CAPÍTULO IX

DEL TERCER LIBRO

Con los aires de su patria, se regocijaron los espíritus de Antonio, y con el visitar a Nuestra Señora de Esperanza, a todos se les alegró el alma. Riela y sus dos hijos se alborozaron con el pensamiento de que habían de ver presto, ella a sus suegros, y ellos a sus abuelos, de quien ya se había informado Antonio que vivían, a pesar del sentimiento que la ausencia de su hijo les había causado; supo asimismo cómo su contrario había heredado el estado de su padre, y que había muerto en amistad de su padre de Antonio, a causa que, con infinitas pruebas, nacidas de la intrincada seta del duelo, se había averiguado que no fué afrenta la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia pasaron, fueron con la espada desnuda, y la luz de las armas quita la fuerza a las palabras, y, las que se dicen con las espadas desnudas, no afrentan, puesto que agravian; y así, el que quiere tomar venganza dellas, no se ha de entender que satisface su afrenta, sino que castiga su agravio, como se

mostrará en este ejemplo: prosupongamos que yo digo una verdad manifiesta; respóndeme un desalumbrado que miento y mentiré todas las veces que lo dijere, y, poniendo mano a la espada sustenta aquella desmentida; yo, que soy el desmentido, no tengo necesidad de volver por la verdad que dije, la cual no puede ser desmentida en ninguna manera; pero tengo necesidad de castigar el poco respeto que se me tuvo; de modo que, el desmentido desta suerte, puede entrar en campo con otro, sin que se le ponga por objeción que está afrentado, y que no puede entrar en campo con nadie hasta que se satisfaga, porque, como tengo dicho, es grande la diferencia que hay entre agravio y afrenta. En efeto: digo que supo Antonio la amistad de su padre y de su contrario, y que pues ello habían sido amigos, se habría bien mirado su causa. Con estas buenas nuevas, con más sosiego y más contento, se puso otro día en camino con sus camaradas, a quien contó todo aquello que de su negocio sabía, y que un hermano del que pensó ser su enemigo, le había heredado, y quedado en la misma amistad con su padre que su hermano el muerto. Fué parecer de Antonio que ninguno saliese de su orden, porque pensaba darse a conocer a su padre, no de improviso, sino por algún rodeo que le aumentase el contento de hacerle conocido, advirtiéndole que tal vez mata una súbita alegría, como suele matar un improviso pesar. De allí a tres días llegaron, al crepúsculo de la noche, a

su lugar, y a la casa de su padre, el cual, con su madre, según después pareció, estaba sentado a la puerta de la calle, tomando, como dicen, el fresco, por ser el tiempo de los calurosos del verano; llegaron todos juntos, y el primero que habló fué Antonio a su mismo padre:

—¿Hay, por ventura, señor, en este lugar, hospital de peregrinos?

—Según es cristiana la gente que le habita— respondió su padre—, todas las casas dél son hospital de peregrinos; y cuando otra no hubiera, esta mía, según su capacidad, sirviera por todas; prendas tengo yo por esos mundos adelante, que no sé si andarán agora buscando quien las acoja.

—¿Por ventura, señor —replicó Antonio—, este lugar no se llama el Quintanar de la Orden, y en él no viven un apellido de unos hidalgos que se llaman Villaseñores? Dígolo, porque he conocido yo un tal Villaseñor bien lejos desta tierra, que, si él estuviera en ésta, no nos faltara posada a mí ni a mis camaradas.

—¿Y cómo se llamaba, hijo —dijo su madre—, ese Villaseñor que decís?

—Llamábase Antonio —replicó Antonio—; y su padre, según me acuerdo, me dijo se llamaba Diego de Villaseñor.

—¡Ay señor —dijo la madre, levantándose de donde estaba—, que ese Antonio es mi hijo, que, por cierta desgracia, ha al pie de diez y seis años que falta desta tierra! Comprado le tengo a lágrimas, pesado a suspiros, y granjeado con

oraciones. ¡Plegue a Dios que mis ojos le vean antes que descubra la noche de la eterna sombra! Decidme —dijo—: ¿ha mucho que le vistes? ¿Ha mucho que le dejastes? ¿Tiene salud? ¿Piensa volver a su patria? ¿Acuérdase de sus padres, a quien podrá venir a ver, pues no hay enemigos que se lo impidan, que ya no son sino amigos los que le hicieron desterrar de su tierra?

Todas esta razones escuchaba el anciano padre de Antonio, y llamando a grandes voces a sus criados, les mandó encender luces, y que metiesen dentro de casa a aquellos honrados peregrinos; y llegándose a su no conocido hijo, le abrazó estrechamente, diciéndole:

—Por vos sólo, señor, sin que otras nuevas os hiciesen el aposento, os le diera yo en mi casa, llevado de la costumbre que tengo de agasajar en ella a todos cuantos peregrinos por aquí pasan; pero agora, con las regocijadas nuevas que me habéis dado, ensancharé la voluntad, y sobrepujarán los servicios que os hiciere a mis mismas fuerzas.

En esto, ya los sirvientes habían encendido luces, y, guiando los peregrinos dentro de la casa, y en mitad de un gran patio que tenía, salieron dos hermosas y honestas doncellas, hermanas de Antonio, que habían nacido después de su ausencia, las cuales, viendo la hermosura de Auristela y la gallardía de Constanza, su sobrina, con el buen parecer de Riela, su cuñada, no se hartaban de besarlas y de bendecirlas; y cuando es-

peraban que sus padres entrasen dentro de casa con el nuevo huésped, vieron entrar con ellos un confuso montón de gente que traían en hombros, sobre una silla sentado, un hombre como muerto, que luego supieron ser el conde que había heredado al enemigo que solía ser de su tío. El alboroto de la gente, la confusión de sus padres, el cuidado de recibir los nuevos huéspedes, las turbó de manera que no sabían a quién acudir, ni a quién preguntar la causa de aquel alboroto. Los padres de Antonio acudieron al conde, herido de una bala por las espaldas en una revuelta que dos compañías de soldados, que estaban en el pueblo alojadas, habían tenido con los del lugar, y le habían pasado por las espaldas el pecho; el cual, viéndose herido, mandó a sus criados que le trujesen en casa de Diego de Villaseñor, su amigo, y el traerle fué a tiempo que comenzaba a hospedar a su hijo, a su nuera y a sus dos nietos, y a Periandro y a Auristela, la cual, asiendo de las manos a las hermanas de Antonio, les pidió que la quitasen de aquella confusión y la llevasen a algún aposento donde nadie la viese. Hiciéronlo ellas así, siempre admirándose de nuevo de la sin par belleza de Auristela. Constanza, a quien la sangre del parentesco bullía en el alma, ni quería ni podía apartarse de sus tías, que todas eran de una misma edad y casi de una igual hermosura. Lo mismo le aconteció al mancebo Antonio, el cual, olvidado de los respetos de la buena crianza y de la obli-

gación del hospedaje, se atrevió, honesto y recogido, a abrazar a una de sus tías, viendo lo cual un criado de casa, le dijo:

—¡Por vida del señor peregrino, que tenga quedas las manos, que el señor desta casa no es hombre de burlas; si no, a fee que se las haga tener quedas, a despecho de su desvergonzado atrevimiento!

—¡Por Dios, hermano —respondió Antonio—; que es muy poco lo que he hecho para lo que pienso hacer, si el cielo favorece mis deseos, que no son otros que servir a estas señoras y a todos los de esta casa!

Ya en esto habían acomodado al conde herido en un rico lecho, y llamado a dos cirujanos que le tomasen la sangre y mirasen la herida, los cuales declararon ser mortal, sin que por vía humana tuviese remedio alguno. Estaba todo el pueblo puesto en arma contra los soldados, que en escuadrón formado se habían salido al campo, y esperaban si fuesen acometidos del pueblo, dándoles la batalla. Valía poco para ponerlos en paz la solicitud y la prudencia de los capitanes, ni la diligencia cristiana de los sacerdotes y religiosos del pueblo, el cual, por la mayor parte, se alborota de livianas ocasiones, y crece bien así como van creciendo las olas del mar de blando viento movidas, hasta que, tomando el regañón el blando soplo del céfiro, le mezcla con su huracán y las levanta al cielo, el cual, dándose prisa a entrar el día, la prudencia de los capitanes

hizo marchar a sus soldados a otra parte, y los del pueblo se quedaron en sus límites, a pesar del rigor y mal ánimo que contra los soldados tenían concebido. En fin, por términos y pausas espaciosas, con sobresaltos agudos, poco a poco vino Antonio a descubrirse a sus padres, haciéndole presente de sus nietos y de su nuera, cuya presencia sacó lágrimas de los ojos de los viejos, y la belleza de Auristela y gallardía de Periandro les sacó el pasmo al rostro y la admiración a todos los sentidos.

Este placer, tan grande como imprevisto; esta llegada de sus hijos, tan no esperada, se la aguló, turbó y casi deshizo la desgracia del conde, que por momentos iba empeorando. Con todo eso, le hizo presente de sus hijos, y de nuevo le hizo ofrecimiento de su casa y de cuanto en ella había, que para su salud fuese conveniente, porque, aunque quisiera moverse y llevarle a la de su estado, no fuera posible: tales eran las pocas esperanzas que se tenían de su salud. No se quitaban de la cabecera del conde, obligadas de su natural condición, Auristela y Constanza, que, con la compasión cristiana y solicitud posible, eran sus enfermeras, puesto que iban contra el parecer de los cirujanos, que ordenaban le dejasen solo, o, a lo menos, no acompañado de mujeres. Pero la disposición del cielo, que, con causas a nosotros secretas, ordena y dispone las cosas de la tierra, ordenó y quiso que el conde llegase al último de su vida, y, un día antes que de

ella se despidiese, cierto ya de que no podía vivir, llamó a Diego de Villaseñor, y, quedándose con él solo, le dijo desta manera:

—Yo salí de mi casa con intención de ir a Roma este año, en el cual el Sumo Pontífice ha abierto las arcas del tesoro de la Iglesia, y comunicándonos como en año santo las infinitas gracias que en él suelen ganarse. Iba a la ligera, más como peregrino pobre que como caballero rico; entré en este pueblo; hallé trabada una pendencia, como ya, señor, habéis visto, entre los soldados que en él estaban alojados y entre los vecinos dél; mezcléme en ella, y, por reparar las ajenas vidas, he venido a perder la mía, porque esta herida, que a traición, si así se puede decir, me dieron, me la va quitando por momentos. No sé quién me la dió, porque las pendencias del vulgo traen consigo a la misma confusión. No me pesa de mi muerte, si no es por las que ha de costar, si por justicia o por venganza quisiere castigarse. Con todo esto, por hacer lo que en mí es y todo aquello que de mi parte puedo, como caballero y cristiano, digo que perdono a mi matador y a todos aquellos que con él tuvieron culpa; y es mi voluntad, asimismo, de mostrar que soy agradecido al bien que en vuestra casa me habéis hecho, y la muestra que he de dar deste agradecimiento no será así como quiera, sino con el más alto extremo que pueda imaginarse. En esos dos baúles que ahí están, donde llevaba recogida mi recámara, creo que van hasta veinte mil ducados

en oro y en joyas, que no ocupan mucho lugar; y, si como esta cantidad es poca, fuera la grande que encierra las entrañas de Potosí, hiciera della lo mismo que ésta hacer quiero. Tomadla, señor, en vida, o haced que la tome la señora doña Constantza, vuestra nieta, que yo se lo doy en arras y para su dote; y más que le pienso dar esposo de mi mano, tal que aunque presto quede viuda, quede viuda honradísima, juntamente con quedar doncella honrada. Llamadla aquí, y traed quien me despose con ella; que su valor, su cristiandad, su hermosura, merecían hacerla señora del universo. No os admire, señor, lo que oís; creed lo que os digo, que no será novedad disparatada casarse un título con una doncella hijadalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes que pueden hacer a una mujer famosa. Esto quiere el cielo, a esto me inclina mi voluntad; por lo que debéis al ser discreto, que no lo estorbe la vuestra. Id luego, y, sin replicar palabra, traed quien me despose con vuestra nieta, y quien haga las escrituras tan firmes, así de la entrega destas joyas y dineros, y de la mano que de esposo la he de dar, que no haya calumnia que la des haga.

Pasmóse a estas razones Villaseñor, y creyó, sin duda alguna, que el conde había perdido el juicio, y que la hora de su muerte era llegada, pues en tal punto, por la mayor parte, o se dicen grandes sentencias, o se hacen grandes disparates; y así, lo que le respondió fué:

—Señor, yo espero en Dios que tendréis salud, y entonces, con ojos más claros, y sin que algún dolor os turbe los sentidos, podréis ver las riquezas que dais y la mujer que escogéis; mi nieta no es vuestra igual, o, a lo menos, no está en potencia propincua, sino muy remota, de merecer ser vuestra esposa, y yo no soy tan codicioso que quiera comprar esta honra que queréis hacerme con lo que dirá el vulgo, casi siempre mal intencionado, del cual ya me parece que dice que os tuve en mi casa, que os trastorné el sentido, y que, por vías de la solicitud codiciosa, os hice hacer esto.

—Diga lo que quisiere —dijo el conde—; que si el vulgo siempre se engaña, también quedará engañado en lo que de vos pensare.

—Alto, pues —dijo Villaseñor—; no quiero ser tan ignorante que no quiera abrir a la buena suerte, que está llamando a las puertas de mi casa.

Y con esto se salió del aposento, y comunicó lo que el conde le había dicho con su mujer, con sus nietos, y con Periandro y Auristela, los cuales fueron de parecer que, sin perder punto, asiesen a la ocasión por los cabellos que les ofrecía, y trujesen quien llevase al cabo aquel negocio. Hízose así, y en menos de dos horas ya estaba Constanza desposada con el conde, y los dineros y joyas en su posesión, con todas las circunstancias y revalidaciones que fueron posible hacerse. No hubo músicas en el desposorio, sino llantos y

gemidos, porque la vida del conde se iba acabando por momentos. Finalmente, otro día después del desposorio, recibidos todos los sacramentos, murió el conde en los brazos de su esposa, la condesa Constanza, la cual, cubriéndose la cabeza con un velo negro, hincada de rodillas, y levantando los ojos al cielo, comenzó a decir:

—Yo hago voto...

Pero apenas dijo esta palabra, cuando Auristela le dijo:

—¿Qué voto queréis hacer, señora?

—De ser monja —respondió la condesa.

—Sedlo, y no le hagáis —replicó Auristela—; que las obras de servir a Dios no han de ser precipitadas, ni que parezcan que las mueven accidentes, y éste de la muerte de vuestro esposo, quizá os hará prometer lo que después, o no podréis, o no querréis cumplir. Dejad en las manos de Dios y en las vuestras vuestra voluntad, que así vuestra discreción como la de vuestros padres y hermanos os sabrá aconsejar y encaminar en lo que mejor os estuviere. Y dese agora orden de enterrar vuestro marido, y confiad en Dios, que quien os hizo condesa tan sin pensarlo, os sabrá y querrá dar otro título que os honre y os engrandezca con más duración que el presente.

Rindióse a este parecer la condesa, y, dando trazas al entierro del conde, llegó un su hermano menor, a quien ya habían ido las nuevas a Salamanca, donde estudiaba. Lloró la muerte de su hermano; pero enjugáronle presto las lágrimas.

mas el gusto de la herencia del estado. Supo el hecho; abrazó a su cuñada; no contradijo a ninguna cosa; depositó a su hermano, para llevarle después a su lugar; partióse a la corte, para pedir justicia contra los matadores; anduvo el pleito; degollaron a los capitanes y castigaron muchos de los del pueblo; quedóse Constanza con las arras y el título de condesa; apercibióse Periandro para seguir su viaje, a quien no quisieron acompañar Antonio el padre, ni Ricla, su mujer, cansados de tantas peregrinaciones, que no cansaron a Antonio el hijo ni a la nueva condesa, que no fué posible dejar la compañía de Auristela ni de Periandro.

A todo esto, nunca había mostrado a su abuelo el lienzo donde venía pintada su historia. Enseñósele un día Antonio, y dijo que faltaba allí de pintar los pasos por donde Auristela había venido a la isla bárbara, cuando se vieron ella y Periandro en los trocados trajes, ella en el de varón, y él en el de hembra: metamorfosis bien extraño; a lo que Auristela dijo que en pocas razones lo diría. Que fué que, cuando la robaron los piratas de las riberas de Dinamarca, a ella, Cloelia y a las dos pescadoras, vinieron a una isla despoblada a repartir la presa entre ellos, y, como pudiéndose hacer el repartimiento con igualdad, uno de los más principales se contentó con que por su parte le diesen mi persona, y aun añadió dádivas para igualar la demasía. Entré en su poder sola, sin tener quien en mi desven-

tura me acompañase: que de las miserias suele ser alivio la compañía. Este me vistió en hábitos de varón, temeroso que en los de mujer no me solicitase el viento; muchos días anduve con él peregrinando por diversas partes, y sirviéndole en todo aquello que a mi honestidad no ofendía; finalmente, un día llegamos a la isla bárbara, donde de improviso fuimos presos de los bárbaros, y él quedó muerto en la refriega de mi prisión, y yo fui traída a la cueva de los prisioneros, donde hallé a mi amada Cloelia, que por otros no menos desventurados pasos allí había sido traída, la cual me contó la condición de los bárbaros, la vana superstición que guardaban y el asunto ridículo y falso de su profecía; díjome asimismo que tenía barruntos de que mi hermano Periandro había estado en aquella sima, a quien no había podido hablar por la priesa que los bárbaros se daban a sacarle para ponerle en el sacrificio»; y que había querido acompañarle para certificarse de la verdad, pues se hallaba en hábitos de hombre; y que así, rompiendo por las persuasiones de Cloelia, que se lo estorbaban, salió con su intento, y se entregó de toda su voluntad para ser sacrificada de los bárbaros, persuadiéndose ser bien de una vez acabar la vida, que no de tantas gustar la muerte, con traerla a peligro de perderla por momentos; y que no tenía más que decir, pues sabían lo que desde aquel punto le había sucedido. Bien quisiera el anciano Villaseñor que todo esto se añadiera al lienzo; pero to-

dos fueron de parecer que, no solamente no se añadiese, sino que aun lo pintado se borrarse, porque tan grandes y tan no vistas cosas no eran para andar en lienzos débiles, sino en láminas de bronce escritas, y en las memorias de las gentes grabadas. Con todo eso, quiso Villaseñor quedarse con el lienzo, siquiera por ver los bien sacados retratos de sus nietos y la sin igual hermosura y gallardía de Auristela y Periandro. Algunos días se pasaron poniendo en orden su partida para Roma, deseosos de ver cumplidos los votos de su promesa; quedóse Antonio el padre, y no quiso quedarse Antonio el hijo, ni menos la nueva condesa, que, como queda dicho, la afición que a Auristela tenía la llevara, no solamente a Roma, sino al otro mundo, si para allá se pudiera hacer viaje en compañía. Llegóse el día de la partida, donde hubo tiernas lágrimas, y apretados abrazos, y dolientes suspiros, especialmente de Riela, que, en ver partir a sus hijos, se le partía el alma; echóles su bendición su abuelo a todos, que la bendición de los ancianos parece que tiene prerrogativa de mejorar los sucesos; llevaron consigo a uno de los criados de casa, para que los sirviese en el camino, y, puestos en él, dejaron soledades en su casa y padres, y en compañía, entre alegre y triste, siguieron su viaje.

CAPÍTULO X

DEL TERCERO LIBRO

Las peregrinaciones largas siempre traen consigo diversos acontecimientos; y como la diversidad se compone de cosas diferentes, es forzoso que los casos lo sean. Bien nos lo muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniéndonos en duda dónde será bien anudarle; porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas, y podrían pasar sin serlo y sin quedar menoscabada la historia; acciones hay que, por grandes, deben de callarse, y otras que, por bajas, no deben decirse, puesto que es excelencia de la historia que, cualquiera cosa que en ella se escribía, puede pasar al sabor de la verdad que trae consigo; lo que no tiene la fábula, a quien conviene guisar sus acciones con tanta puntualidad y gusto, y con tanta verisimilitud, que, a despecho y pesar de la mentira que hace disonancia en el entendimiento, forme una verdadera armonía.

Aprovechándome, pues, desta verdad, digo que el hermoso escuadrón de los peregrinos, prosiguiendo su viaje, llegó a un lugar, no muy pe-

queño ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo, y en mitad de la plaza dél, por quien forzosamente habían de pasar, vieron mucha gente junta, todos atentos mirando y escuchando a dos mancebos que, en traje de recién rescatados de cautivos, estaban declarando las figuras de un pintado lienzo que tenían tendido en el suelo; parecía que se habían descargado de dos pesadas cadenas que tenía junto a sí, insignias y relatoras de su pesada desventura; y uno dellos, que debía de ser de hasta veinticuatro años, con voz clara y en todo extremo experta lengua, crujiendo de cuando en cuando un corbacho, o, por mejor decir, azote que en la mano tenía, le sacudía de manera que penetraba los oídos y ponía los estallidos en el cielo, bien así como hace el cochero, que, castigando o amenazando sus caballos, hace resonar su látigo por los aires.

Entre los que la larga plática escuchaban, estaban los dos alcaldes del pueblo, ambos ancianos, pero no tanto el uno como el otro. Por donde comenzó su arenga el libre cautivo, fué diciendo:

—Esta, señores, que aquí veis pintada, es la ciudad de Argel, gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de cosarios, y amparo y refugio de ladrones, que, deste pequeñuelo puerto que aquí va pintado, salen con sus bajeles a inquietar el mundo, pues se atreven a pasar el plus ultra de las columnas de Hércules, y a acometer y robar las apartadas islas, que, por estar rodeadas del inmenso mar

Océano, pensaban estar seguras, a lo menos de los bajeles turquescos. Este bajel que aquí veis reducido a pequeño, porque lo pide así la pintura, es una galeota de veintidós bancos, cuyo dueño y capitán es el turco que en la cruzía va en pie, con un brazo en la mano, que cortó a aquel cristiano que allí veis, para que le sirva de rebenque y azote a los demás cristianos que van amarrados a sus bancos, temeroso no le alcancen estas cuatro galeras que aquí veis, que le van entrando y dando caza. Aquel cautivo primero del primer banco, cuyo rostro le disfigura la sangre que se le ha pegado de los golpes del brazo muerto, soy yo, que servía de espalder en esta galeota; y el otro que está junto a mí es éste mi compañero, no tan sangriento, porque fué menos apaleado. Escuchad, señores, y estad atentos: quizá la aprehensión deste lastimero cuento os llevará a los oídos las amenazadoras y vituperosas voces que ha dado este perro de Dragut, que así se llamaba el arráez de la galeota, cosario tan famoso como cruel, y tan cruel como Falaris o Busiris, tiranos de Sicilia; a lo menos, a mí me suena agora el *rospeni*, el *manhora* y el *denimaniyoc*, que, con coraje endiablado, va diciendo que todas éstas son palabras y razones turquescas, encaminadas a la deshonra y vituperio de los cautivos cristianos: llámanlos de judíos, hombres de poco valor, de fee negra y de pensamientos viles, y, para mayor horror y espanto, con los brazos muertos azotan los cuerpos vivos.

Parece ser que uno de los dos alcaldes había estado cautivo en Argel mucho tiempo, el cual, con baja voz, dijo a su compañero:

—Este cautivo, hasta agora, parece que va diciendo verdad, y que en lo general no es cautivo falso; pero yo le examinaré en lo particular, y veremos cómo da la cuerda; porque quiero que sepáis que yo iba dentro desta galeota, y no me acuerdo de haberle conocido por espalder della, si no fué a un Alonso Moclín, natural de Vélez-Málaga.

Y volviéndose al cautivo, le dijo:

—Decidme, amigo, cuáles eran las galeras que os daban caza, y si conseguistes por ellas la libertad deseada.

—Las galeras —respondió el cautivo— eran de don Sancho de Leyva; la libertad no la conseguimos, porque no nos alcanzaron; tuvimosla después, porque nos alzamos con una galeota que desde Sargel iba a Argel cargada de trigo; venimos a Orán con ella, y desde allí a Málaga, de donde mi compañero y yo nos pusimos en camino de Italia, con intención de seguir a su majestad, que Dios guarde, en el ejercicio de la guerra.

—Decidme, amigos —replicó el alcalde—: ¿cautivastes juntos? ¿Llevaron os a Argel del primer boleo, o a otra parte de Berbería?

—No cautivamos juntos—respondió el otro cautivo—, porque yo cautivé junto a Alicante, en un navío de lanas que pasaba a Génova; mi compañero en los Percheles de Málaga, adonde era

pescador. Conocímonos en Tetuán, dentro de una mazmorra; hemos sido amigos, y corrido una misma fortuna mucho tiempo; y, para diez o doce cuartos que apenas nos han ofrecido de limosna sobre el lienzo, mucho nos aprieta el señor alcalde.

—No mucho, señor galán —replicó el alcalde—, que aun no están dadas todas las vueltas de la mancuerna; escúcheme y dígame: ¿cuántas puertas tiene Argel, y cuántas fuentes, y cuántos pozos de agua dulce?

—¡La pregunta es boba! —respondió el primer cautivo—; tantas puertas tiene como tiene casas, y tantas fuentes, que yo no las sé, y tantos pozos que no los he visto, y los trabajos que yo en él he pasado me han quitado la memoria de mí mismo; y si el señor alcalde quiere ir contra la caridad cristiana, recogeremos los cuartos y alzaremos la tienda, y a Dios aho, que tan buen pan hacen aquí como en Francia.

Entonces el alcalde llamó a un hombre de los que estaban en el corro, que al parecer servía de pregonero en el lugar, y tal vez de verdugo cuando se ofrecía, y díjole:

—Gil Berrueco, id a la plaza, y traedme aquí luego los primeros dos asnos que topáredes; que, por vida del rey nuestro señor, que han de pasear las calles en ellos estos dos señores cautivos, que con tanta libertad quieren usurpar la limosna de los verdaderos pobres, contándonos mentiras y embelecos, estando sanos como una manzana, y

con más fuerzas para tomar una azada en la mano, que no un corbacho para dar estallidos en seco. Yo he estado en Argel cinco años esclavo, y sé que no me dais señas dél en ninguna cosa de cuantas habéis dicho.

—¡Cuerpo del mundo! —respondió el cautivo—. ¡Es posible que ha de querer el señor alcalde que seamos ricos de memoria, siendo tan pobres de dineros, y que, por una niñería que no importa tres ardites, quiera quitar la honra a dos tan insignes estudiantes como nosotros, y juntamente quitar a su majestad dos valientes soldados, que íbamos a esas Italias y a esos Flandes a romper, a destrozar, a herir y a matar los enemigos de la santa fe católica que topáramos? Porque, si va a decir verdad, que en fin es hija de Dios, quiero que sepa el señor alcalde que nosotros no somos cautivos, sino estudiantes de Salamanca, y, en la mitad y en lo mejor de nuestros estudios, nos vino gana de ver mundo y de saber a qué sabía la vida de la guerra, como sabíamos el gusto de la vida de la paz. Para facilitar y poner en obra este deseo, acertaron a pasar por allí unos cautivos, que también lo debían de ser falsos como nosotros agora; les compramos este lienzo, y nos informamos de algunas cosas de las de Argel, que nos pareció ser bastantes y necesarias para acreditar nuestro embeleco; vendimos nuestros libros y nuestras alhajas a menosprecio, y, cargados con esta mercadería, hemos llegado hasta aquí; pensamos pasar

adelante, si es que el señor alcalde no manda otra cosa.

—Lo que pienso hacer es —replicó el alcalde— daros cada cien azotes, y, en lugar de la pica que vais a arrastrar en Flandes, poneros un remo en las manos que le cimbreéis en el agua en las galeras, con quien quizá haréis más servicio a su majestad que con la pica.

—¿Querráse —replicó el mozo hablador— mostrar agora el señor alcalde ser un legislador de Atenas, y que la riguridad de su oficio llegue a los oídos de los señores del Consejo, donde, acreditándole con ellos, le tengan por severo y justiciero, y le cometan negocios de importancia, donde muestre su severidad y su justicia? Pues sepa el señor alcalde que *summum jus summa injuria*.

—Mirad cómo habláis, hermano —replicó el segundo alcalde—, que aquí no hay justicia con lujuria: que todos los alcaldes deste lugar han sido, son y serán limpios y castos como el pelo de la masa; y hablad menos, que os será sano.

Volvió en esto el pregonero, y dijo:

—Señor alcalde, yo no he topado en la plaza asnos ningunos, sino a los dos regidores Berrueco y Crespo, que andan en ella paseándose.

—Por asnos os envié yo, majadero, que no por regidores; pero volved y traeldos acá, por sí o por no, que quiero que se hallen presentes al pronunciar desta sentencia, que ha de ser, sin em-

bargo, y no ha de quedar por falta de asnos; que, gracias sean dadas al cielo, hartos hay en este lugar.

—No le tendrá vuesa merced, señor alcalde, en el cielo —replicó el mozo— si pasa adelante con esa riguridad. Por quien Dios es, que vuesa merced considere que no hemos robado tanto que podemos dar a censo ni fundar ningún mayorazgo; apenas granjeamos el mísero sustento con nuestra industria, que no deja de ser trabajosa, como lo es la de los oficiales y jornaleros. Mis padres nos enseñaron oficio alguno, y así, nos es forzoso que remitamos a la industria lo que habíamos de remitir a las manos si tuviéramos oficio. Castíguense los que cohechan, los escaladores de casas, los salteadores de caminos, los testigos falsos por dineros, los mal entretenidos en la república, los ociosos y baldíos en ella, que no sirven de otra cosa que de acrecentar el número de los perdidos, y dejen a los míseros que van su camino derecho a servir a su majestad con la fuerza de sus brazos y con la agudeza de sus ingenios, porque no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra; ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuese por extremo, porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio, y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece.

Admirado estaba Periandro y todos los más de

los circunstantes, así de las razones del mozo, como de la velocidad con que hablaba, el cual, prosiguiendo, dijo:

—Espúlguenos el señor alcalde, mírenos y remírenos, y haga escrutinio de las costuras de nuestros vestidos, y si en todo nuestro poder hallare seis reales, no sólo nos mande dar ciento, sino seis cuentos de azotes. Veamos, pues, si la adquisición de tan pequeña cantidad de interés merece ser castigada con afrentas y martirizada con galeras; y así, otra vez digo que el señor alcalde se remire en esto, no se arroje y precipite apasionadamente a hacer lo que, después de hecho, quizá le causara pesadumbre. Los jueces discretos castigan, pero no toman venganza de los delitos; los prudentes y los piadosos mezclan la equidad con la justicia, y, entre el rigor de la clemencia, dan luz de su buen entendimiento.

—Por Dios —dijo el segundo alcalde—, que este mancebo ha hablado bien, aunque ha hablado mucho, y que, no solamente no tengo de consentir que los azotes, sino que los tengo de llevar a mi casa y ayudarles para su camino, con condición que le lleven derecho, sin andar surcando la tierra de una en otras partes, porque, si así lo hiciesen, más parecerían viciosos que necesitados.

Ya el primer alcalde, manso y piadoso, blando y compasivo, dijo:

—No quiero que vayan a vuestra casa, sino a la mía, donde les quiero dar una lición de las

cosas de Argel, tal, que de aquí adelante ninguno les coja en mal latín en cuanto a su fingida historia.

Los cautivos se lo agradecieron, los circunstantes alabaron su honrada determinación, y los peregrinos recibieron contento del buen despacho del negocio. Volvióse el primer alcalde a Perian-dro, y dijo:

—¿Vosotros, señores peregrinos, traéis algún lienzo que enseñarnos, traéis otra historia que haremos creer por verdadera, aunque la haya compuesto la misma mentira?

No respondió nada Periandro, porque vió que Antonio sacaba del seno las patentes, licencias y despachos que llevaban para seguir su viaje; el cual los puso en manos del alcalde, diciéndole:

—Por estos papeles podrá ver vuesa merced quién somos y adónde vamos, los cuales no era menester presentallos, porque ni pedimos limosna ni tenemos necesidad de pedilla; y así, como a caminantes libres, nos podían dejar pasar libremente.

Tomó el alcalde los papeles, y, porque no sabía leer, se los dió a su compañero, que tampoco lo sabía, y así pararon en manos del escribano, que, pasando los ojos por ellos brevemente, se los volvió a Antonio, diciendo:

—Aquí, señores alcaldes, tanto valor hay en la bondad destos peregrinos, como hay grandeza en su hermosura. Si aquí quisieren hacer noche, mi

casa les servirá de mesón, y mi voluntad, de alcázar donde se recojan.

Volvióle las gracias Periandro; quedáronse allí aquella noche por ser algo tarde, donde fueron agasajados en casa del escribano con amor, con abundancia y con limpieza.

CAPÍTULO XI

DEL TERCER LIBRO

Llegóse el día, y con él los agradecimientos del hospedaje, y, puestos en camino, al salir del lugar, toparon con los cautivos falsos, que dijeron que iban industriados del alcalde, de modo que de allí adelante no los podían coger en mentira acerca de las cosas de Argel, que «tal vez —dijo el uno, digo, el que hablaba más que el otro—, tal vez —dijo— se hurta con autoridad y aprobación de la justicia; quiero decir que alguna vez los malos ministros della se hacen a una con los delincuentes, para que todos coman». Llegaron todos juntos donde un camino se dividía en dos; los cautivos tomaron el de Cartagena, y los peregrinos el de Valencia; los cuales, otro día, al salir de la aurora, que por los balcones del Oriente se asomaba, barriendo el cielo de las estrellas y aderezando el camino por donde el sol había de hacer su acostumbrada carrera, Bartolomé, que así creo se llamaba el guiador del bagaje, viendo salir el sol tan alegre y regocijado, bordando las nubes de los cielos con diversas colo-

res, de manera que no se podía ofrecer otra cosa más alegre y más hermosa a la vista, con rústica discreción dijo:

—Verdad debió de decir el predicador que predicaba los días pasados en nuestro pueblo cuando dijo que los cielos y la tierra anunciaban y declaraban las grandezas del Señor. Pardiez que, si yo no conociera a Dios por lo que me han enseñado mis padres y los sacerdotes y ancianos de mi lugar, le viniera a rastrear y conocer viendo la inmensa grandeza destes cielos, que me dicen que son muchos, o, a lo menos, que llegan a once, y por la grandeza deste Sol que nos alumbraba, que, con no parecer mayor que una rodela, es muchas veces mayor que toda la tierra, y más que, con ser tan grande, afirman que es tan ligero que camina en veinticuatro horas más de trescientas mil leguas. La verdad que sea, yo no creo nada desto; pero dícenlo tantos hombres de bien, que, aunque hago fuerza al entendimiento, lo creo. Pero de lo que más me admiro es que debajo de nosotros hay otras gentes, a quien llaman antípodas, sobre cuyas cabezas, los que andamos acá arriba, traemos puestos los pies, cosa que me parece imposible; que para tan gran carga como la nuestra fuera menester que tuvieran ellos la cabeza de bronce.

Rióse Periandro de la rústica astrología del mozo, y díjole:

—Buscar querría razones acomodadas, ¡oh Bartolomé!, para darte a entender el error en que

estás y la verdadera postura del mundo, para lo cual era menester tomar muy de atrás sus principios; pero acomodándome con tu ingenio, habré de coartar el mío y decirte sola una cosa; y es que quiero que entiendas por verdad infalible que la tierra es centro del cielo; llamo centro un punto indivisible a quien todas las líneas de su circunferencia van a parar; tampoco me parece que has de entender esto; y así, dejando estos términos, quiero que te contentes con saber que toda la tierra tiene por alto el cielo, y en cualquier parte della donde los hombres estén han de estar cubiertos con el cielo; así que, como a nosotros el cielo que ves nos cubre, asimismo cubre a los antípodas que dicen sin estorbo alguno, y como, naturalmente, lo ordenó la Naturaleza, mayordoma del verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra.

No se descontentó el mozo de oír las razones de Periandro, que también dieron gusto a Auristela, a la condesa y a su hermano. Con éstas y otras cosas iba enseñando y entreteniendo el camino Periandro, cuando a sus espaldas llegó un carro, acompañado de seis arcabuceros a pie, y uno que venía a caballo, con una escopeta pendiente del arzón delantero, llegándose a Periandro, dijo:

—Si por ventura, señores peregrinos, lleváis en este repuesto alguna conserva de regalo, que yo creo que sí debéis de llevar, porque vuestra gallarda presencia más de caballeros ricos que de pobres peregrinos os señala; si la lleváis, dádme-

la para socorrer con ella a un desmayado muchacho que va en aquel carro, condenado a galeras por dos años, con otros doce soldados que, por haberse hallado en la muerte de un conde los días pasados, van condenados al remo, y sus capitanes, por más culpados, creo que están sentenciados a degollar en la corte.

No pudo tener a esta razón las lágrimas la hermosa Constanza, porque en ella se le representó la muerte de su breve esposo; pero, pudiendo más su cristiandad que el deseo de su venganza, acudió al bagaje y sacó una caja de conserva, y, acudiendo al carro, preguntó:

—¿Quién es aquí el desmayado?

A lo que respondió uno de los soldados:

—Allí va echado en aquel rincón, untado el rostro con el sebo del timón del carro, porque no quiere que parezca hermosa la muerte cuando él se muera, que será bien presto, según está pertinaz en no querer comer bocado.

A estas razones, alzó el rostro el untado mozo y, alzándose de la frente un roto sombrero que toda se la cubría, se mostró feo y sucio a los ojos de Constanza, y, alargando la mano para tomar la caja, la tomó, diciendo:

—¡Dios os lo pague, señora!

Volvió a encajar el sombrero, y volvió a su melancolía y a arrinconarse en el rincón donde esperaba la muerte. Otras algunas razones pasaron los peregrinos con las guardas del carro, que se acabaron con apartarse por diferentes caminos. De

allí a algunos días, llegó nuestro hermoso escuadrón a un lugar de moriscos, que estaba puesto como una legua de la marina, en el reino de Valencia. Hallaron en él, no mesón en que albergarse, sino todas las casas del lugar con agradable hospicio los convidaban; viendo lo cual, Antonio dijo:

—Yo no sé quién dice mal desta gente, que todos me parecen unos santos.

—Con palmas —dijo Periandro— recibieron al Señor en Jerusalén los mismos que de allí a pocos días le pusieron en una cruz. Agora bien: a Dios y a la ventura, como decirse suele, acetemos el convite que nos hace este buen viejo, que con su casa nos convida.

Y era así verdad, que un anciano morisco, casi por fuerza, asiéndolos por las esclavinas, los metió en casa, y dió muestras de agasajarlos no morisca, sino cristianamente. Salió a servirlos una hija suya, vestida en traje morisco, y en él tan hermosa, que las más gallardas cristianas tuvieran a ventura el parecerla: que en las gracias que Naturaleza reparte, también suele favorecer a las bárbaras de Citia, como a las ciudadanas de Toledo. Esta, pues, hermosa y mora, en lengua aljamiada, asiendo a Constanza y a Auristela de las manos, se encerró con ellas en una sala baja, y, estando solas, sin soltarles las manos, recatadamente miró a todas partes, temerosa de ser escuchada, y, después que hubo asegurado el miedo que mostraba, les dijo:

—¡Ay, señoras, y como habéis venido como mansas y simples ovejas al matadero! ¿Veis este viejo, que con vergüenza digo que es mi padre, veisle tan agasajador vuestro? Pues sabed que no pretende otra cosa sino ser vuestro verdugo. Esta noche se han de llevar en peso, si así se puede decir, diez y seis bajeles de cosarios berberiscos, a toda la gente de este lugar, con todas sus haciendas, sin dejar en él cosa que los mueva a volver a buscarla. Piensan estos desventurados que en Berbería está el gusto de sus cuerpos y la salvación de sus almas, sin advertir que, de muchos pueblos que allá se han pasado casi enteros, ninguno hay que dé otras nuevas sino de arrepentimiento, el cual les viene juntamente con las quejas de su daño. Los moros de Berbería pregonan glorias de aquella tierra, al sabor de las cuales corren los moriscos de ésta, y dan en los lazos de su desventura. Si queréis estorbar la vuestra y conservar la libertad en que vuestros padres os engendraron, salid luego de esta casa y acoged os a la iglesia, que en ella hallaréis quien os ampare, que es el cura, que sólo él y el escribano son en este lugar cristianos viejos. Hallaréis también allí al jadraque Jarife, que es un tío mío, moro sólo en el nombre, y en las obras cristiano. Contaldes lo que pasa, y decid que os lo dijo Rafala, que con esto seréis creído y amparados; y no lo echéis en burla, si no queréis que las veras os desengañen a vuestra costa: que no hay mayor engaño que venir el desengaño tarde.

El susto, las acciones con que Rafala esto decía, se asentó en las almas de Auristela y de Constanza, de manera que fué creída, y no le respondieron otra cosa que fuese más que agradecimientos. Llamaron luego a Periandro y a Antonio, y, contándoles lo que pasaba, sin tomar ocasión aparente, se salieron de la casa con todo lo que tenían. Bartolomé, que quisiera más descansar que mudar de posada, pesólo de la mudanza; pero, en efeto, obedeció a sus señores. Llegaron a la iglesia, donde fueron bien recebidos del cura y del jadraque, a quien contaron lo que Rafala les había dicho. El cura dijo:

—Muchos días ha, señores, que nos dan sobresalto con la venida de esos bajeles de Berbería; y aunque es costumbre suya hacer estas entradas, la tardanza de ésta me tenía ya algo descuidado. Entrad, hijos, que buena torre tenemos, y buenas y ferradas puertas la iglesia, que, si no es muy de propósito, no pueden ser derribadas ni abrasadas.

—¡Ay —dijo a esta sazón el jadraque—, si han de ver mis ojos, antes que se cierren, libre esta tierra destas espinas y malezas que la oprimen! ¡Ay, cuándo llegará el tiempo que tiene profetizado un abuelo mío, famoso en la astrología, donde se verá España de todas partes entera y maciza en la religión cristiana, que ella sola es el rincón del mundo donde está recogida y venerada la verdadera verdad de Cristo! Morisco soy, señores, y ojalá que negarlo pudiera; pero no por esto dejo de ser cristiano: que las divinas gracias las da Dios

a quien él es servido, el cual tiene por costumbre, como vosotros mejor sabéis, de hacer salir su sol sobre los buenos y los malos, y llover sobre los justos y los injustos. Digo, pues, que este mi abuelo dejó dicho que, cerca de estos tiempos, reinaría en España un rey de la Casa de Austria, en cuyo ánimo cabría la dificultosa resolución de desterrar los moriscos de ella, bien así como el que arroja de su seno la serpiente que le está royendo las entrañas, o bien así como quien aparta la neguilla del trigo, o escarda o arranca la mala hierba de los sembrados. Ven ya, ¡oh venturoso mozo, y rey prudente!, y pon en ejecución el gallardo decreto de este destierro, sin que se te oponga el temor que ha de quedar esta tierra desierta, y sin gente, y el de que no será bien la que en efeto está en ella bautizada; que, aunque éstos sean temores de consideración, el efeto de tan grande obra los hará vanos, mostrando la experiencia, dentro de poco tiempo, que, con los nuevos cristianos viejos que esta tierra se poblare, se volverá a fertilizar y a poner en mucho mejor punto que agora tiene. Tendrán sus señores, si no tantos y tan humildes vasallos, serán los que tuvieren católicos, con cuyo amparo estarán estos caminos seguros, y la paz podrá llevar en las manos las riquezas, sin que los salteadores se las lleven.

Esto dicho, cerraron bien las puertas, fortalecieronlas con los bancos de los asientos, subiéronse a la torre, alzaron una escalera levadiza, llevóse el cura consigo el Santísimo Sacramento

en su relicario, proveyéronse de piedras, armaron dos escopetas, dejó el bagaje mondo y desnudo a la puerta de la iglesia Bartolomé el mozo, y encerróse con sus amos; y todos, con ojo alerta y manos listas, y con ánimos determinados, estuvieron esperando el asalto, de quien avisados estaban por la hija del morisco. Pasó la media noche, que la midió por las estrellas el cura; tenía los ojos por todo el mar que desde allí se parecía, y no había nube que con la luz de la Luna se pareciese, que no pensase sino que fuesen los bajeles turquescos; y, aguijando a las campanas, comenzó a repicallas tan apriesa y tan recio, que todos aquellos valles y todas aquellas riberas retumbaban, a cuyo son los atajadores de aquellas marinas se juntaron y las corrieron todas; pero no aprovechó su diligencia para que los bajeles no llegasen a la ribera y echasen la gente en tierra. La del lugar, que los esperaba, cargados con sus más ricas y mejores alhajas, adonde fueron recibidos de los turcos con grande grande grita y algazara, al son de muchas dulzainas y diversos instrumentos, que, puesto que eran bélicos, eran regocijados, pegaron fuego al lugar, y asimismo a las puertas de la iglesia, no para esperar a entrarla, sino por hacer el mal que pudiesen; dejaron a Bartolomé a pie, porque le dejarretaron el bagaje; derribaron una cruz de piedra que estaba a la salida del pueblo, llamando a grandes voces el nombre de Mahoma; se entregaron a los turcos, ladrones pacíficos y deshonestos públicos. Desde

la lengua del agua, como dicen, comenzaron a sentir la pobreza que les amenazaba su mudanza, y la deshonra en que ponían a sus mujeres y a sus hijos. Muchas veces, y quizá algunas no en vano, dispararon Antonio y Periandro las escopetas; muchas piedras arrojó Bartolomé, y todas a la parte donde había dejado el bagaje, y muchas flechas el jadraque; pero muchas más lágrimas echaron Auristela y Constanza, pidiendo a Dios, que presente tenían, que de tan manifiesto peligro los librase, y ansimismo que no ofendiese el fuego a su templo, el cual no ardió, no por milagro, sino porque las puertas eran de hierro, y porque fué poco el fuego que se les aplicó. Poco faltaba para llegar el día, cuando los bajeles, cargados con la presa, se hicieron al mar, alzando regocijados li-líes, y tocando infinitos atabales y dulzainas, y en esto vieron venir dos personas corriendo hacia la iglesia, la una de la parte de la marina, y la otra de la de la tierra, que, llegando cerca, conoció el jadraque que la una era su sobrina Rafala, que, con una cruz de caña en las manos, venía diciendo a voces:

—¡Cristiana, cristiana y libre, y libre por la gracia y misericordia de Dios!

La otra conocieron ser el escribano, que acaso aquella noche estaba fuera del lugar, y, al son del arma de las campanas, venía a ver el suceso, que lloró, no por la pérdida de sus hijos y de su mujer, que allí no los tenía, sino por la de su casa, que halló robada y abrasada. Dejaron entrar

el día y que los bajeles se alargasen, y que los atajadores tuviesen lugar de asegurar la costa, y entonces bajaron de la torre y abrieron la iglesia, donde entró Rafala, bañado con alegres lágrimas el rostro, y acrecentando con su sobresalto su hermosura, hizo oración a las imágenes y luego se abrazó con su tío, besando primero las manos al cura. El escribano, ni adoró ni besó las manos a nadie, porque le tenía ocupada el alma el sentimiento de la pérdida de su hacienda. Pasó el sobresalto, volvieron los espíritus de los retraídos a su lugar, y el jadraque, cobrando aliento nuevo, volviendo a pensar en la profecía de su abuelo, casi como lleno de celestial espíritu, dijo:

—¡Ea, mancebo generoso; ea, rey invencible; atropella, rompe, desbarata todo género de inconvenientes, y déjanos a España tersa, limpia, y desembarazada de esta mi mala casta, que tanto la asombra y menoscaba! ¡Ea, consejero tan prudente como ilustre, nuevo Atlante del peso de esta monarquía, ayuda y facilita con tus consejos a esta necesaria transmigración; llénense estos mares de tus galeras, cargadas del inútil peso de la generación agarena; vayan arrojadas a las contrarias riberas las zarzas, las malezas y las otras hierbas que estorban el crecimiento de la fertilidad y abundancia cristiana! Que si los pocos hebreos que pasaron a Egipto multiplicaron tanto, que en su salida se contaron más de seiscientas mil familias, ¿qué se podrá temer

de éstos, que son más y viven más holgadamente? No los esquilman las religiones, no los entresacan las Indias, no los quitan las guerras; todos se casan, todos, o los más, engendran, de do se sigue y se infiere que su multiplicación y aumento ha de ser innumerable. ¡Ea, pues, vuelvo a decir; vayan, vayan, señor, y deja la taza de tu reino resplandeciente como el Sol y hermosa como el cielo!

Dos días estuvieron en aquel lugar los peregrinos, volviendo a enterarse en lo que les faltaba, y Bartolomé se acomodó de bagaje, los peregrinos agradecieron al cura su buen acogimiento y alabaron los buenos pensamientos del jadraque, y, abrazando a Rafala, se despidieron de todos y siguieron su camino.

CAPÍTULO XII

DEL TERCERO LIBRO

En el cual se fueron entreteniendo en contar el pasado peligro, el buen ánimo del jadraque, la valentía del cura, el celo de Rafala, de la cual se les olvidó de saber cómo se había escapado de poder de los turcos que asaltaron la tierra; aunque bien consideraron que, con el alboroto, ella se habría escondido en parte que tuviese lugar después de volver a cumplir su deseo, que era de vivir y morir cristiana. Cerca de Valencia llegaron, en la cual no quisieron entrar, por excusar las ocasiones del detenerse; pero no faltó quien les dijo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y, finalmente, todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no sólo de España, sino de toda Europa, y principalmente les alabaron la hermosura de las mujeres y su extremada limpieza y graciosa lengua, con quien sola la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable. Determinaron de alargar sus jornadas, aunque fuese a costa de su cansancio, por

llegar a Barcelona, adonde tenían noticia habían de tocar unas galeras en quien pensaban embarcarse, sin tocar en Francia, hasta Génova. Y al salir de Villa-Real, hermosa y amenísima villa, de través, de entre una espesura de árboles, les salió al encuentro una zagala o pastora valenciana, vestida a lo del campo, limpia como el Sol, y hermosa como él y como la Luna, la cual, en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hacerles ceremonia de comediamento alguno, dijo:

—Señores, ¿pedirlos he, o darlos he?

A lo que respondió Periandro:

—Hermosa zagala, si son celos, ni los pidas ni los des, porque si los pides, menoscabas tu estimación, y si los das, tu crédito, y si es que el que te ama tiene entendimiento, conociendo tu valor, te estimará y querrá bien, y si no le tiene, ¿para qué quieres que te quiera?

—Bien has dicho —respondió la villana.

Y diciendo adiós, volvió las espaldas y se entró en la espesura de los árboles, dejándolos admirados con su pregunta, con su presteza y con su hermosura.

Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona, no de tanta importancia que merezcan escritura, si no fué el ver desde lejos las santísimas montañas de Monserrate, que adoraron con devoción cristiana, sin querer subir a ellas, por no detenerse. Llegaron a Barcelona a tiempo cuando llegaban a su playa cuatro galeras

españolas, que, disparando y haciendo salva a la ciudad con gruesa artillería, arrojaron cuatro esquifes al agua, el uno de ellos adornado con ricas alcatifas de Levante y cojines de carmesí, en el cual venía, como después pareció, una hermosa mujer de poca edad, ricamente vestida, con otra señora anciana y dos doncellas hermosas y honestamente aderezadas. Salió infinita gente de la ciudad, como es costumbre, así a ver las galeras, como a la gente que de ellas desembarcaba, y la curiosidad de nuestros peregrinos llegó tan cerca de los esquifes, que casi pudieran dar la mano a la dama que de ellos desembarcaba, la cual, poniendo los ojos en todos, especialmente en Constanza, después de haber desembarcado, dijo:

—Llegaos acá, hermosa peregrina, que os quiero llevar conmigo a la ciudad, donde pienso pagaros una deuda que os debo, de quien vos creo que tenéis poca noticia; vengan asimismo vuestras camaradas, porque no ha de haber cosa que obligue a dejar tan buena compañía.

—La vuestra, a lo que se ve —respondió Constanza—, es de tanta importancia, que carecería de entendimiento quien no la aceptase. Vamos donde quisiéredes, que mis camaradas me seguirán, que no están acostumbrados a dejarme.

Asió la señora de la mano a Constanza, y, acompañada de muchos caballeros que salieron de la ciudad a recibirla, y de otra gente principal de las galeras, se encaminaron a la ciudad, en cuyo espacio de camino Constanza no quitaba los ojos

de ella, sin poder reducir a la memoria haberla visto en tiempo alguno. Aposentáronla en una casa principal, a ella y a las que con ella desembarcaron, y no fué posible que dejase ir a los peregrinos a otra parte; con los cuales, así como tuvo comodidad para ello, pasó esta plática:

—Sacaros quiero, señores, de la admiración en que, sin duda, os debe tener el ver que con particular cuidado procuro serviros, y así os digo que a mí me llaman Ambrosia Agustina, cuyo nacimiento fué en una ciudad de Aragón, y cuyo hermano es don Bernardo Agustín, cuatralbo de estas galeras que están en la playa. Contarino de Arbolánchez, caballero del hábito de Alcántara, en ausencia de mi hermano, y a hurto del recato de mis parientes, se enamoró de mí; y yo, llevada de mi estrella, o, por mejor decir, de mi fácil condición, viendo que no perdía nada en ello, con título de esposa, le hice señor de mi persona y de mis pensamientos; y el mismo día que le di la mano recibió él de la de Su Majestad una carta, en que le mandaba viniese luego al punto a conducir un tercio que bajaba de Lombardía a Génova, de infantería española, a la isla de Malta, sobre la cual se pensaba bajaba el turco. Obedeció Contarino con tanta puntualidad lo que se le mandaba, que quiso coger los frutos del matrimonio, con sobresalto, y, sin tener cuenta con mis lágrimas, el recibir la carta y el partirse todo fué uno. Parecióme que el cielo se había caído sobre mí, y que entre él y la tierra me habían apretado el corazón

y cogido el alma. Pocos días pasaron cuando, añadiendo yo imaginaciones a imaginaciones y deseos a deseos, vine a poner en efeto uno cuyo cumplimiento, así como me quitó la honra por entonces, pudiera también quitarme la vida. Ausentéme de mi casa sin sabiduría de ninguno de ella, y en hábitos de hombre, que fueron los que tomé de un pajeillo, asenté por criado de un atambor de una compañía que estaba en un lugar, pienso que ocho leguas del mío. En pocos días toqué la caja tan bien como mi amo; aprendí a ser chocarrero, como lo son los que usan tal oficio; juntóse otra compañía con la nuestra, y ambas a dos se encaminaron a Cartagena, a embarcarse en estas cuatro galeras de mi hermano, en las cuales fué mi disinio pasar a Italia a buscar a mi esposo, de cuya noble condición esperé que no afearía mi atrevimiento ni culparía mi deseo, el cual me tenía tan ciega, que no reparé en el peligro a que me ponía de ser conocida, si me embarcaba en las galeras de mi hermano. Mas como los pechos enamorados no hay inconvenientes que no atropellen, ni dificultades por quien no rompan, ni temores que se le opongan, toda escabrosidad hice llana, venciendo miedos y esperando aun en la misma desesperación; pero como los sucesos de las cosas hacen mudar los primeros intentos en ellas, el mío, más mal pensado que fundado, me puso en el término que agora oiréis. Los soldados de las compañías de aquellos capitanes que os he dicho, trabaron una cruel pendencia con la gente de un pueblo de la Mancha,

sobre los alojamientos, de la cual salió herido de muerte un caballero que decían ser conde de no sé qué estado. Vino un pesquisidor de la corte, prendió los capitanes, descarreáronse los soldados, y, con todo eso, prendió a algunos, y entre ellos a mí, desdichada, que ninguna culpa tenía; condenólos a galeras por dos años, al remo; y a mí también, como por añadidura, me tocó la misma suerte. En vano me lamenté de mi desventura, viendo cuán en vano se habían fabricado mis disinios. Quisiera darme la muerte; pero el temor de ir a otra peor vida me embotó el cuchillo en la mano y me quitó la soga del cuello; lo que hice fué enlodarme el rostro, afeándole cuanto pude, y encerréme en un carro, donde nos metieron, con intención de llorar tanto y de comer tan poco, que las lágrimas y la hambre hiciesen lo que la soga y el hierro no habían hecho. Llegamos a Cartagena, donde aun no habían llegado las galeras; pusieronnos en la casa del rey bien guardados, y allí estuvimos, no esperando, sino temiendo nuestra desgracia. No sé, señores, si os acordaréis de un carro que topasteis junto a una venta en la cual esta hermosa peregrina —señalando a Constanza— socorrió con una caja de conserva a un desmayado delincuente.

—Si acuerdo —respondió Constanza.

—Pues sabed que yo era —dijo la señora Ambrosia— el que socorristeis. Por entre las esteras del carro os miré a todos, y me admiré de todos, porque vuestra gallarda disposición no puede de-

jar de admirar, si se mira. En efecto: las galeras llegaron con la presa de un bergantín de moros que las dos habían tomado en el camino; el mismo día aherrojaron en ellas a los soldados, desnudándolos del traje que traían y vistiéndolos el de remeros; transformación triste y dolorosa, pero llevadera: que la pena que no acaba la vida, la costumbre de padecerla la hace fácil. Llegaron a mí para desnudarme; hizo el cómitre que me lavasen el rostro, porque yo no tenía aliento para levantar los brazos; miróme el barbero que limpia la chusma, y dijo: «Pocas navajas gastaré yo con esta barba; no sé yo para qué nos envían acá a este muchacho de alfeñique, como si fuesen nuestras galeras de melcocha y sus remeros de alcorza. Y ¿qué culpas cometiste tú, rapaz, que mereciesen esta pena? Sin duda alguna, creo que el raudal y corriente de otros ajenos delitos te han conducido a este término.» Y, encaminando su plática al cómitre, le dijo: «En verdad, patrón, que me parece que sería bien dejar a que sirviese este muchacho en la popa a nuestro general con una manilla al pie, porque no vale para el remo dos ardites.» Estas pláticas y la consideración de mi suceso, que parece que entonces se extremó en apretarme el alma, me apretó el corazón de manera que me desmayé y quedé como muerta. Dicen que volví en mí al cabo de cuatro horas, en el cual tiempo se me hicieron muchos remedios para que volviese; y lo que más sintiera yo, si tuviera sentido, fué que debieron de enterarse que yo no

era varón, sino hembra. Volví de mi parasismo, y lo primero con quien topó la vista fué con los rostros de mi hermano y de mi esposo, que entre sus brazos me tenían. No sé yo cómo en aquel punto la sombra de la muerte no cubrió mis ojos; no sé yo cómo la lengua no se me pegó al paladar; sólo sé que no supe lo que me dije, aunque sentí que mi hermano dijo: «¿Qué traje es éste, hermana mía?» Y mi esposo dijo: «¿Qué mudanza es ésta, mitad de mi alma, que, si tu bondad no estuviera tan de parte de tu honra, yo hiciera luego que trocaras este traje con el de la mortaja?» «¿Vuestra esposa es ésta? —dijo mi hermano a mi esposo—. Tan nuevo me parece este suceso, como me parece el de verla a ella en este traje; verdad es que, si esto es verdad, bastante recompensa sería a la pena que me causa el ver así a mi hermana.» A este punto, habiendo yo recobrado parte de mis perdidos espíritus, me acuerdo que dije: «Hermano mío, yo soy Ambrosia Agustina, tu hermana, y soy ansimismo la esposa del señor Contarino de Arbolánchez. El amor y tu ausencia, ¡oh hermano!, me le dieron por marido, el cual, sin gozarme, me dejó; yo, atrevida, arrojada y mal considerada, en este traje que me veis le vine a buscar.»

»Y con esto les conté toda la historia que de mí habéis oído, y mi suerte, que por puntos se iba a más andar mejorando, hizo que me diesen crédito y me tuviesen lástima. Contáronme cómo a mi esposo le habían cautivado moros con una

de dos chalupas donde se había embarcado para ir a Génova, y que el cobrar la libertad había sido el día antes, al anochecer, sin que le diese lugar el tiempo de haberse visto con mi hermano, sino al punto que me halló desmayada; suceso cuya novedad le podía quitar el crédito, pero todo es así como lo he dicho. En estas galeras pasaba esta señora que viene conmigo y con estas sus dos nietas a Italia, donde su hijo, en Sicilia, tiene el patrimonio real a su cargo; vistiéronme éstos que traigo, que son sus vestidos, y mi marido y mi hermano, alegres y contentos, nos han sacado hoy a tierra para espaciarnos y para que los muchos amigos que tienen en esta ciudad se alegren con ellos. Si vosotros, señores, vais a Roma, yo haré que mi hermano os ponga en el más cercano puerto de ella. La caja de conserva os la pagaré con llevaros en la mía hasta adonde mejor os esté; y, cuando yo no pasara a Italia, en fee de mi ruego os llevará mi hermano. Esta es, amigos míos, mi historia; si se os hiciere dura de creer, no me maravillaría, puesto que la verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo; y pues que comúnmente se dice que el creer es cortesía, en la vuestra, que debe de ser mucha, deposito mi crédito.»

Aquí dió fin la hermosa Agustina a su razonamiento, y aquí comenzó la admiración de los oyentes a subirse de punto; aquí comenzaron a desmenuzarse las circunstancias del caso, y también los abrazos de Constanza y Auristela que a

la bella Ambrosia dieron, la cual, por ser así la voluntad de su marido, hubo de volverse a su tierra, porque, por hermosa que sea, es embarazosa la compañía de la mujer en la guerra. Aquella noche se alteró el mar de modo que fué forzoso alargarse las galeras de la playa, que en aquella parte es de continuo mal segura. Los cortes catalanes, gente enojada, terrible y pacífica, suave; gente que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas se adelantan a sí mismos, que es como adelantar-se a todas las naciones del mundo, visitaron y regalaron todo lo posible a la señora Ambrosia Agustina, a quien dieron las gracias, después que volvieron, su hermano y su esposo. Auristela, escarmentada con tantas experiencias como había hecho de las borrascas del mar, no quiso embarcarse en las galeras, sino irse por Francia, pues estaba pacífica. Ambrosia se volvió a Aragón, las galeras siguieron su viaje, y los peregrinos el suyo, entrándose por Perpiñán en Francia.

CAPÍTULO XIII

DEL TERCERO LIBRO

Por la parte de Perpiñán quiso tocar la primera de Francia nuestra escuadra, a quien dió que hablar el suceso de Ambrosia muchos días, en la cual fueron disculpa sus pocos años de sus muchos yerros, y juntamente halló en el amor que a su esposo tenía, perdón de su atrevimiento. En fin, ella se volvió, como queda dicho, a su patria; las galeras siguieron su viaje, y el suyo nuestros peregrinos, los cuales, llegando a Perpiñán, pararon en un mesón, a cuya gran puerta estaba puesta una mesa, y alrededor de ella mucha gente, mirando jugar a dos hombres a los dados, sin que otro alguno jugase. Parecióles a los peregrinos ser novedad que mirasen tantos, y jugaran tan pocos. Preguntó Periandro la causa, y fuéle respondido que, de los que jugaban, el perdidoso perdía la libertad, y se hacía prenda del rey para bogar el remo seis meses; y el que ganaba, ganaba veinte ducados que los ministros del rey habían dado al perdidoso para que probase en el juego su ventura. Uno de los dos que jugaba la

probó, y no le supo bien, porque la perdió, y al momento le pusieron en una cadena; y, al que la ganó, le quitaron otra que, para seguridad de que no huiría, si perdía, le tenían puesta; ¡miserable juego y miserable suerte, donde no son iguales la pérdida y la ganancia!

Estando en esto, vieron llegar al mesón gran golpe de gente, entre la cual venía un hombre en cuerpo, de gentil parecer, rodeado de cinco o seis criaturas de edad de cuatro a siete años; venía junto a él una mujer, amargamente llorando, con un lienzo de dineros en la mano, la cual, con lastimada voz, venía diciendo:

—Tomad, señores, vuestros dineros, y volvedme a mi marido, pues no el vicio, sino la necesidad, le hizo tomar este dinero; él no se ha jugado, sino vendido, porque quiere, a costa de su trabajo, sustentarme a mí y a sus hijos: ¡amargo sustento y amarga comida para mí y para ellos!

—Callad, señora —dijo el hombre—, y gastad ese dinero, que yo le desquitaré con la fuerza de mis brazos, que todavía se amañarán antes a domeñar un remo que un azadón; no quise ponerme en aventura de perderlos, jugándolos, por no perder, juntamente con mi libertad, vuestro sustento.

Casi no dejaba oír el llanto de los muchachos esta dolorida plática que entre marido y mujer pasaba. Los ministros que le traían, les dijeron que enjugasen las lágrimas, que, si lloraran cuan-

tas cabían en el mar, no serían bastantes a darle la libertad que había perdido. Prevalcían en su llanto los muchachos, diciendo a su padre:

—Señor, no nos deje, porque nos moriremos todos si se va.

El nuevo y extraño caso enterneció las entrañas de nuestros peregrinos, especialmente las de la tesorera Constanza, y todos se movieron a rogar a los ministros de aquel cargo fuesen contentos de tomar su dinero, haciendo cuenta que aquel hombre no había sido en el mundo, y que les conmoviese a no dejar viuda a una mujer ni huérfanos a tantos niños. En fin: tanto supieron decir y tanto quisieron rogar, que el dinero volvió a poder de sus dueños, y la mujer cobró su marido, y los niños a su padre. La hermosa Constanza, rica después de condesa, más cristiana que bárbara, con parecer de su hermano Antonio, dió a los pobres perdidos, con que se cobraron, cincuenta escudos de oro, y así se volvieron tan contentos como libres, agradeciendo al cielo y a los peregrinos la tan no vista como no esperada limosna.

Otro día pisaron la tierra de Francia, y, pasando por Lenguadoc, entraron en la Provenza, donde en otro mesón hallaron tres damas francesas de tan extremada hermosura, que, a no ser Auristela en el mundo, pudieran aspirar a la palma de la belleza; parecían señoras de grande estado, según el aparato con que se servían, las cuales, viendo los peregrinos, así les admiró la

gallardía de Periandro y de Antonio, como la sin igual belleza de Auristela y de Constanza. Llegáronlas a sí, y habláronles con alegre rostro y cortés comedimiento; preguntáronles quién eran en lengua castellana, porque conocieron ser españolas las peregrinas, y, en Francia, ni varón ni mujer deja de aprender la lengua castellana. En tanto que las señoras esperaban la respuesta de Auristela, a quien se encaminaban sus preguntas, se desvió Periandro a hablar con un criado que le pareció ser de las ilustres francesas; preguntóle quién eran y adónde iban, y él le respondió diciendo:

—El duque de Nemurs, que es uno de los que llaman de la sangre en este reino, es un caballero bizarro y muy discreto, pero muy amigo de su gusto; es recién heredado, y ha prosupuesto de no casarse por ajena voluntad, sino por la suya, aunque se le ofrezca aumento de estado y de hacienda, y aunque vaya contra el mandamiento de su rey; porque dice que los reyes bien pueden dar la mujer a quien quisieren de sus vasallos, pero no el gusto de recebilla. Con esta fantasía, locura o discreción, o como mejor debe llamarse, ha enviado a algunos criados suyos a diversas partes de Francia a buscar alguna mujer que, después de ser principal, sea hermosa, para casarse con ella, sin que reparen en hacienda, porque él se contenta con que la dote sea su calidad y su hermosura. Supo la de estas tres señoras, y envióme a mí, que le sirvo, para que

las viese y las hiciese retratar de un famoso pintor que envió conmigo. Todas tres son libres, y todas de poca edad, como habéis visto; la mayor, que se llama Deleasir, es discreta en extremo, pero pobre; la mediana, que Belarminia se llama, es bizarra y de gran donaire, y rica medianamente; la más pequeña, cuyo nombre es Feliz Flora, hace gran ventaja a las dos en ser rica. Ellas también han sabido el deseo del duque, y querrían, según a mí se ha traslucido, ser cada una la venturosa de alcanzarle por esposo; y, con ocasión de ir a Roma a ganar el jubileo de este año, que es como el centésimo que se usaba, han salido de su tierra, y quieren pasar por París y verse con el duque, fiadas en el quizá que trae consigo la buena esperanza. Pero después, señores peregrinos, que aquí entrastes, he determinado de llevar un presente a mi amo que borre del pensamiento todas y cualesquier esperanza que estas señoras en el suyo hubieren fabricado; porque le pienso llevar el retrato de esta vuestra peregrina, única y general señora de la humana belleza; y si ella fuese tan principal como es hermosa, los criados de mi amo no tendrían más que hacer, ni el duque más que desear. Decidme, por vida vuestra, señor si es casada esta peregrina, cómo se llama y qué padres la engendraron.

A lo que, temblando, respondió Periandro:

—Su nombre es Auristela; su viaje, a Roma; sus padres, nunca ella los ha dicho, y de que sea libre os aseguro, porque lo sé sin duda alguna;

pero hay otra cosa en ello: que es tan libre y tan señora de su voluntad, que no la rendirá a ningún príncipe de la tierra, porque dice que la tiene rendida al que lo es del cielo. Y para enteraros en que sepáis ser verdad todo lo que os he dicho, sabed que yo soy su hermano, y el que sabe lo escondido de sus pensamientos; así que no os servirá de nada el retratalla, sino de alborotar el ánimo de vuestro señor, si acaso quisiese atropellar por el inconveniente de la baja-za de mis padres.

—Con todo eso —respondió el otro—, tengo de llevar su retrato, siquiera por curiosidad y porque se dilate por Francia este nuevo milagro de hermosura.

Con esto se despidieron, y Periandro quiso partirse luego de aquel lugar, por no dársele al pintor para retratar a Auristela. Bartolomé volvió luego a aderezar el bagaje y a no estar bien con Periandro, por la priesa que daba a la partida. El criado del duque, viendo que Periandro quería partirse luego, se llegó a él y le dijo:

—Bien quisiera, señor, rogaros que os detuviéades un poco en este lugar, siquiera hasta la noche, porque mi pintor, con comodidad y des-pacio, pudiera sacar el retrato del rostro de vuestra hermana; pero bien os podéis ir a la paz de Dios, porque el pintor me ha dicho que de una sola vez que la ha visto la tiene tan aprendida en la imaginación, que la pintará a sus solas tan bien como si siempre la estuviera mirando.

Maldijo Periandro entre sí la rara habilidad del pintor; pero no dejó por esto de partirse, despidiéndose luego de las tres gallardas francesas, que abrazaron a Auristela y a Constanza estrechamente y les ofrecieron de llevarlas hasta Roma en su compañía, si dello gustaban. Auristela se lo agradeció con las más corteses palabras que supo, diciéndoles que su voluntad obedecía a la de su hermano Periandro, y que así, no podían detenerse ella ni Constanza, pues Antonio, hermano de Constanza, y el suyo se iban. Y con esto se partieron, y de allí a seis días llegaron a un lugar de la Provenza donde les sucedió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIV

DEL TERCERO LIBRO

La historia, la poesía y la pintura simbolizan entre sí y se parecen tanto, que cuando escribes historia, pintas, y cuando pintas, compones. No siempre va en un mismo peso la historia, ni la pintura pinta cosas grandes y magníficas, ni la poesía conversa siempre por los cielos. Bajezas admite la historia; la pintura, hierbas y retamas en sus cuadros, y la poesía tal vez se realza cantando cosas humildes. Esta verdad nos la muestra bien Bartolomé, bagajero del escuadrón peregrino; el tal, tal vez habla y es escuchado en nuestra historia. Este, revolviendo en su imaginación el cuento del que vendió su libertad por sustentar a sus hijos, una vez dijo, hablando con Periandro:

—Grande debe de ser, señor, la fuerza que obliga a los padres a sustentar a sus hijos; si no, dígalo aquel hombre que no quiso jugarse por no perderse, sino empeñarse por sustentar a su pobre familia. La libertad, según yo he oído decir, no debe de ser vendida por ningún dine-

ro; y éste la vendió por tan poco, que lo llevaba la mujer en la mano. Acuérdome también de haber oído decir a mis mayores que, llevando a ahorcar a un hombre anciano, y ayudándole los sacerdotes a bien morir, les dijo: «Vuestas mercedes se sosieguen y déjenme morir despacio, que, aunque es terrible este paso en que me veo, muchas veces me he visto en otros más terribles.» Preguntáronles cuáles eran. Respondióles que el amanecer Dios y el rodealle seis hijos pequeños pidiéndole pan y no teniéndolo para dárselo; «la cual necesidad me puso la ganzúa en la mano y fieltros en los pies, con los que facilité mis hurtos, no viciosos, sino necesitados». Estas razones llegaron a los oídos del señor que le había sentenciado al suplicio, que fueron parte para volver la justicia en misericordia y la culpa en gracia.

A lo que respondió Periandro:

—El hacer el padre por su hijo es hacer por sí mismo; porque mi hijo es otro yo, en el cual se dilata y se continúa el ser del padre; y así como es cosa natural y forzosa el hacer cada uno por sí mismo, así lo es el hacer por sus hijos. Lo que no es tan natural ni tan forzoso hacer los hijos por los padres; porque el amor que el padre tiene a su hijo deciendo, y el decender es caminar sin trabajo; y el amor del hijo con el padre aciende y sube, que es caminar cuesta arriba; de donde ha nacido aquel refrán: «Un padre para cien hijos, antes que cien hijos para un padre.»

Con estas pláticas y otras entretenían el camino por Francia, la cual es tan poblada, tan llana y apacible, que a cada paso se hallan casas de placer, adonde los señores de ellas están casi todo el año, sin que se les dé algo por estar en las villas ni en las ciudades. A una de éstas llegaron nuestros viandantes, que estaba un poco desviada del camino real. Era la hora de mediodía; herían los rayos del Sol derechamente a la tierra; entraba el calor, y la sombra de una gran torre de la casa les convidó que allí esperasen a pasar la siesta, que con calor riguroso amenazaba. El solícito Bartolomé desembarazó el bagaje, y, tendiendo un tapete en el suelo, se sentaron todos a la redonda, y de los manjares, de quien tenía cuidado de hacer Bartolomé su repuesto, satisficieron la hambre, que ya comenzaba a fatigarlos. Pero apenas habían alzado las manos para llevarlo a la boca, cuando, alzando Bartolomé los ojos, dijo a grande voces:

—¡Apartaos, señores, que no sé quién baja volando del cielo, y no será bien que os coja debajo!

Alzaron todos la vista, y vieron bajar por el aire una figura, que, antes que distinguiesen lo que era, ya estaba en el suelo, junto casi a los pies de Periandro, la cual figura era de una mujer hermosísima que, habiendo sido arrojada desde lo alto de la torre, sirviéndole de campana y de alas sus mismos vestidos, la puso de pies y en el suelo, sin daño alguno; cosa posible, sin ser

milagro. Dejóla el suceso atónita y espantada, como lo quedaron los que volar la habían visto; oyeron en la torre gritos, que los daba otra mujer, que, abrazada con un hombre, que parecía que pugnaban por derribarse el uno al otro:

—¡Socorro, socorro! —decía la mujer—. ¡Socorro, señores, que este loco quiere despeñarme de aquí abajo!

La mujer voladora, vuelta algún tanto en sí, dijo:

—Si hay alguno que se atreva a subir por aquella puerta —señalándoles una que al pie de la torre estaba—, libraré de peligro mortal a mis hijos y a otras gentes flacas que allí arriba están.

Periandro, impelido de la generosidad de su ánimo, se entró por la puerta, y a poco rato le vieron en la cumbre de la torre abrazado con el hombre, que mostraba ser loco, del cual, quitándole un cuchillo de las manos, procuraba defenderse; pero la suerte, que quería concluir con la tragedia de su vida, ordenó que entrambos a dos viesesen al suelo, cayendo al pie de la torre: el loco, pasado el pecho con el cuchillo que Periandro en la mano traía, y Periandro, vertiendo por los ojos, narices y boca cantidad de sangre, que, como no tuvo vestidos anchos que le sustentasen, hizo el golpe su efeto, y dejóle casi sin vida. Auristela, que así le vió, creyendo indubitablemente que estaba muerto, se arrojó sobre él, y, sin respeto alguno, puesta la boca con la suya, esperaba a recoger en sí alguna reliquia, si del alma le hubiese

quedado; pero, aunque le hubiera quedado, no pudiera recibilla, porque los traspillados dientes le negaran la entrada. Constanza, dando lugar a la pasión, no le pudo dar a mover el paso para ir a socorrerla, y quedóse en el mismo sitio donde la halló el golpe, pegada los pies al suelo, como si fueran de raíces, o como si ella fuera estatua de duro mármol formada. Antonio, su hermano, acudió a apartar los semivivos, y a dividir los que ya pensaba ser cadáveres. Sólo Bartolomé fué el que mostró con los ojos el grave dolor que en el alma sentía, llorando amargamente.

Estando todos en la amarga aflicción que he dicho, sin que hasta entonces ninguna lengua hubiese publicado su sentimiento, vieron que hacia ellos venía un gran tropel de gente, la cual, desde el camino real, había visto el vuelo de los caídos, y venían a ver el suceso, y era el tropel que venía las hermosas damas francesas Deleasir, Belarminia y Feliz Flora. Luego como llegaron, conocieron a Auristela y a Periandro, como a aquellos que, por su singular belleza, quedaban impresos en la imaginación del que una vez los miraba. Apenas la compasión los había hecho apaar, para socorrer, si fuese posible, la desventura que miraban, cuando fueron asaltados de seis o ocho hombres armados, que por las espaldas los acometieron. Este asalto puso en las manos de Antonio su arco y sus flechas, que siempre las tenía a punto, o ya para ofender, o ya para de-

fenderse. Uno de los armados, con descortés movimiento, asió a Feliz Flora del brazo y la puso en el arzón delantero de su silla, y dijo, volviéndose a los demás compañeros:

—Esto es hecho y ésta me basta; demos la vuelta.

Antonio, que nunca se pagó de descortesías, pospuesto todo temor, puso una flecha en el arco, tendió cuanto pudo el brazo izquierdo, y con la derecha estiró la cuerda hasta que llegó al diestro oído, de modo que las dos puntas y extremos del arco casi se juntaron, y, tomando por blanco el robador de Feliz Flora, disparó tan derechamente la flecha, que, sin tocar a Feliz Flor, sino en una parte del velo con que se cubría la cabeza, pasó al salteador el pecho de parte a parte. Acudió a su venganza uno de sus compañeros, y, sin dar lugar a que otra vez Antonio el arco armase, le dió una herida en la cabeza, tal, que dió con él en el suelo más muerto que vivo; visto lo cual de Constanza, dejó de ser estatua y corrió a socorrer a su hermano: que el parentesco calienta la sangre que suele helarse en la mayor amistad, y lo uno y lo otro son indicios y señales de demasiado amor. Ya en esto habían salido de la casa gente armada, y los criados de las tres damas, apercibidos de piedras, digo, los que no tenían armas, se pusieron en defensa de su señora. Los salteadores, que vieron muerto a su capitán, y que, según los defensores acudían, podían ganar poco en aquella empresa, especialmente conside-

rando ser locura aventurar las vidas por quien ya no podían premiarlas, volvieron las espaldas y dejaron el campo solo.

Hasta aquí, de esta batalla, pocos golpes de espada hemos oído, pocos instrumentos bélicos han sonado; el sentimiento que por los muertos suelen hacer los vivos, no ha salido a romper los aires; las lenguas, en amargo silencio, tienen depositadas sus quejas; sólo algunos ayes entre roncos gemidos andan envueltos, especialmente en los pechos de las lastimadas Auristela y Constanza, cada cual abrazada con su hermano, sin poder aprovecharse de las quejas con que se alivian los lastimados corazones. Pero, en fin, el cielo, que tenía determinado de no dejarlas morir tan apriesa y tan sin quejarse, les despegó las lenguas, que al paladar pegadas tenían, y la de Auristela prorrumpió en razones semejantes:

—No sé yo, desdichada, cómo busco aliento en un muerto, o cómo, ya que le tuviese, puedo sentirle, si estoy tan sin él, que, ni sé si hablo, ni si respiro. ¡Ay, hermano, y qué caída ha sido ésta, que así ha derribado mis esperanzas, como que la grandeza de vuestro linaje no se hubiera opuesto a vuestra desventura! Mas ¿cómo podía ella ser grande, si vos no lo fuéades? En los montes más levantados caen los rayos, y adonde hallan más resistencia, hacen más daño. Monte érades vos; pero monte humilde, que, con las sombras de vuestra industria y de vuestra discreción os encubría. des a los ojos de las gentes. Ventura íbades a bus.

car en la mía; pero la muerte ha atajado el paso, encaminando el mío a la sepultura. ¡Cuán cierta la tendrá la reina, vuestra madre, cuando a sus oídos llegue vuestra no pensada muerte! ¡Ay de mí, otra vez sola, y en tierra ajena, bien así como verde hiedra a quien ha faltado su verdadero arrimo!

Estas palabras de reina, de montes y grandezas, tenían atentos los oídos de los circunstantes que les escuchaban, y aumentóles la admiración las que también decía Constanza, que en sus faldas tenía a su mal herido hermano, apretándole la herida y tomándole la sangre la compasiva Feliz Flora, que, con un lienzo suyo, blandamente se la exprimía, obligada de haberla el herido librado de su deshonra:

—¡Ay, digo —decía—, amparo mío! ¿De qué ha servido haberme levantado la fortuna a título de señora, si me había de derribar al de desdichada? Volved, hermano, en vos, si queréis que yo vuelva en mí, o si no, haced, ¡oh piadosos cielos!, que una misma suerte nos cierre los ojos y una misma sepultura nos cubra los cuerpos: que el bien que sin pensar me había venido, no podía traer otro des-cuento que la presteza de acabarse.

Con esto se quedó desmayada, y Auristela ni más ni menos, de modo que tan muertas parecían ellas, y aun más que los heridos. La dama que cayó de la torre, causa principal de la caída de Periandro, mandó a sus criados, que ya habían venido muchos de la casa, que le llevasen al lecho

del conde Domicio, su señor; mandó también llevar a Domicio, su marido, para dar orden de sepultalle. Bartolomé tomó en brazos a su señor Antonio; a Constanza se las dió Feliz Flora; y a Auristela, Belarminia y Deleasir; y, en escuadrón doloroso, y con amargos pasos, se encaminaron a a la casi real casa.

CAPÍTULO XV

DEL TERCER LIBRO

Poco aprovechaban las discretas razones que las tres damas francesas daban a las dos lastimadas Constanza y Auristela, porque, en las recientes desventuras, no hallan lugar consolatorias persuasiones; el dolor y el desastre que de repente sucede, no de improviso admite consolación alguna, por discreta que sea; la postema duele mientras se ablanda, y el ablandarse requiere tiempo, hasta que llegue el de abrirse; y así, mientras se llora, mientras se gime, mientras se tiene delante quien mueva al sentimiento a quejas y a supiros, no es discreción demasiada acudir al remedio con agudas medicinas. Llore, pues, algún tanto más Auristela, gima algún espacio más Constanza y cierren entrambas los oídos a toda consolación, en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio, su esposo, que fué, según ella dijo a las damas francesas, que, antes que Domicio con ella se desposase, andaba enamorado de una parienta suya, la cual tuvo casi indubitables esperanzas de casarse con él. Salióle en blanco la suer-

te, para que ella —dijo Claricia— la tuviese siempre negra; «porque, disimulando Lorena —que así se llamaba la parienta de Domicio— el enojo que había recibido del casamiento de mi esposo, dió en regalarle con muchos y diversos presentes, puesto que más bizarros y de buen parecer que costosos, entre los cuales le envió una vez, bien así como envió la falsa Deyanira la camisa a Hércules, digo que le envió unas camisas, ricas por el lienzo y por la labor vistosas. Apenas se puso una, cuando perdió los sentidos y estuvo dos días como muerto, puesto que luego se la quitaron, imaginando que una esclava de Lorena, que estaba en opinión de maga, la habría hechizado. Volvió a la vida mi esposo; pero con sentidos tan turbados y tan trocados, que ninguna acción hacía que no fuese de loco; y no de loco manso, sino de cruel, furioso y desatinado; tanto, que era necesario tenerle en cadenas». Y que aquel día, estando ella en aquella torre, se había soltado el loco de las prisiones, y, viniendo a la torre, la había echado por las ventanas abajo, a quien el cielo socorrió con la anchura de sus vestidos, o, por mejor decir, con la acostumbrada misericordia de Dios, que mira por los inocentes. Dijo cómo aquel peregrino había subido a la torre a librar a una doncella a quien el loco quería derribar al suelo, tras la cual también despeñara a otros dos pequeños hijos que en la torre estaban; pero el suceso fué tan contrario, que el conde y el peregrino se estrellaron en la dura tierra: el conde, herido de una mortal herida,

y el peregrino, con un cuchillo en la mano, que, al parecer, se le había quitado a Domicio, cuya herida era tal, que no fuera menester servir de añadidura para quitarle la vida, pues bastaba la caída. En esto, Periandro estaba sin sentido en el lecho, adonde acudieron maestros a curarle y a concertarle los dislocados huesos; diéronle bebidas apropiadas al caso, halláronle pulsos y algún tanto de conocimiento de las personas que alrededor de sí tenía, especialmente de Auristela, a quien, con voz desmayada, que apenas podía entenderse, dijo:

—Hermana, yo muero en la fe católica cristiana, y en la de quererte bien.

Y no habló ni pudo hablar más palabra por entonces. Tomaron la sangre a Antonio, y, tentándole los cirujanos la herida, pidieron albricias a su hermana de que era más grande que mortal, y de que presto tendría salud, con ayuda del cielo. Dióselas Feliz Flora, adelantándose a Constanza, que se las iba a dar, y aun se las dió, y los cirujanos las tomaron de entrambas, por no ser nada escrupulosos. Un mes o poco más estuvieron los enfermos curándose, sin querer dejarlos las señoras francesas; tanta fué la amistad que trabaron y el gusto que sintieron de la discreta conversación de Auristela y de Constanza, y de los dos sus hermanos, especialmente Feliz Flora, que no acertaba a quitarse de la cabecera de Antonio, amándole con un tan comedido amor, que no se extendía a más que a ser benevolencia, y a ser como agradecimiento del bien que

de él había recibido cuando su saeta la libró de las manos de Rubertino, que, según Feliz Flora contaba, era un caballero señor de un castillo que cerca de otro suyo ella tenía, el cual Rubertino, llevado, no de perfecto, sino de vicioso amor, había dado en seguirla y perseguirla y en rogarle le diese la mano de esposa; pero que ella, por mil experiencias, y por la fama, que pocas veces miente, había conocido ser Rubertino de áspera y cruel condición, y de mudable y antojadiza voluntad, y no había querido condescender con su demanda, y que imaginaba que, acosado de sus desdenes, habría salido al camino a roballa y a hacer de ella por fuerza lo que la voluntad no había podido; pero que la flecha de Antonio había cortado todos sus crueles y mal fabricados disinius, y esto le movía a mostrarse agradecida.

Todo esto que Feliz Flora dijo pasó así, sin faltar punto; y cuando se llegó el de la sanidad de los enfermos, y sus fuerzas comenzaron a dar muestras della, volvieron a renovarse sus deseos, a lo menos los de volver a su camino, y así lo pusieron por obra, acomodándose de todas las cosas necesarias, sin que, como está dicho, quisiesen las señoras francesas dejar a los peregrinos, a quien ya trataban con admiración y respeto, porque las razones del llanto de Auristela les habían hecho concebir en sus ánimos que debían de ser grandes señores; que tal vez la majestad suele cubrirse de buriel, y la grandeza vestirse de humildad. En efeto: con perplejos pensamientos los miraban; el

pobre acompañamiento suyo los hacía tener en estima de condición mediana; el brío de sus personas y la belleza de sus rostros, levantaba su calidad al cielo; y así, entre el sí y el no, andaba dudosa. Ordenaron las damas francesas que fuesen todos a caballo, porque la caída de Periandro no consentía que se fiase de sus pies. Feliz Flora, agradecida al golpe de Antonio el bárbaro, no sabía quitarle de su lado, y tratando del atrevimiento de Rubertino, a quien dejaban muerto y enterrado, y de la extraña historia del conde Domicio, a quien las joyas de su prima, juntamente con quitarle el juicio, le habían quitado la vida, y del vuelo milagroso de su mujer, más para ser admirado que creído, llegaron a un río que se vadeaba con algún trabajo. Periandro fué de parecer que se buscase la puente; pero todos los demás no vinieron en él, y, bien así como cuando al represado rebaño de mansas ovejas, puestas en lugar estrecho, hace camino la una, a quien las demás al momento siguen, Belarminia se arrojó al agua, a quien todos siguieron, sin quitarse del lado de Aurstela Periandro, ni del de Feliz Flora Antonio, llevando también junto a sí a su hermana Constantza. Ordenó, pues, la suerte, que no fuese buena la de Feliz Flora, porque la corriente del agua le desvaneció la cabeza, de modo que, sin poder tenerse, dió consigo en mitad de la corriente, tras quien se abalanzó con no creída presteza el cortés Antonio, y sobre sus hombros, como a otra nueva Europa, la puso en la seca arena de la

contraria ribera. Ella, viendo el presto beneficio, le dijo:

—Muy cortés eres, español.

A quien Antonio respondió:

—Si mis cortesías no nacieran de tus peligros estimáralas en algo; pero, como nacen de ellos, antes me descontentan que alegran.

Pasó, en fin, el, como he dicho otras veces, hermoso escuadrón, y llegaron al anochecer a una casería que, junto con serlo, era mesón, en el cual se alojaron a toda su voluntad; y lo que en él les sucedió, nuevo estilo y nuevo capítulo pide.

CAPÍTULO XVI

DEL TERCERO LIBRO

Cosas y casos suceden en el mundo, que, si la imaginación, antes de suceder, pudiera hacer que así sucediera, no acertara a trazarlos; y así, muchos, por la raridad con que acontecen, pasan plaza de apócrifos, y no son tenidos por tan verdaderos como lo son; y así, es menester que les ayuden juramento, o, a lo menos, el buen crédito de quien los cuenta; aunque yo digo que mejor sería no contarlos, según lo aconsejan aquellos antiguos versos castellanos que dicen:

Las cosas de admiración
no las digas ni las cuentes;
que no saben todas gentes
cómo son.

La primera persona con quien se encontró Constanza fué con una moza de gentil parecer, de hasta veinte y dos años, vestida a la española, limpia y aseadamente, la cual, llegándose a Constanza, le dijo en lengua castellana:

—¡Bendito sea Dios, que veo gente, si no de mi tierra, a lo menos de mi nación: España! ¡Ben-

dito sea Dios, digo otra vez, que oiré decir vuesa merced, y no señoría, hasta los mozos de cocina!

—Desa manera —respondió Constanza—, ¿vos, señora, española debéis de ser?

—¡Y cómo si lo soy! —respondió ella—. Y aun de la mejor tierra de Castilla.

—¿De cuál? —replicó Constanza.

—De Talavera de la Reina —respondió ella.

Apenas hubo dicho esto, cuanto a Constanza le vinieron barruntos que debía de ser la esposa de Ortel Banedre el polaco, que por adúltera quedaba presa en Madrid, cuyo marido, persuadido de Periandro, la había dejado presa y ídose a su tierra, y en un instante fabricó en su imaginación un montón de cosas que, puestas en efeto, le sucedieron casi como las había pensado. Tomóla por la mano, y fuese donde estaba Auristela, y, apartándola aparte con Periandro, les dijo:

—Señores, vosotros estáis dudosos de que si la ciencia que yo tengo de adivinar es falsa o verdadera, la cual ciencia no se acredita con decir las cosas que están por venir, porque sólo Dios las sabe, y si algún humano las acierta, es acaso, o por algunas premisas a quien la experiencia de otras semejantes tiene acreditadas. Si yo os dijese cosas pasadas, que no hubiesen llegado ni pudiesen llegar a mi noticia, ¿qué diríades? ¿Queréislo ver? Esta buena hija que tenemos delante, es de Talavera de la Reina, que se casó con un extranjero polaco, que se llamaba, si mal no me acuerdo, Ortel Banedre, a quien ella ofendió con

alguna desenvoltura con un mozo de mesón que vivía frontero de su casa, la cual, llevada de sus ligeros pensamientos, y en los brazos de sus pocos años, se salió de casa de sus padres con el referido mozo, y fué presa en Madrid con el adúltero, donde debe de haber pasado muchos trabajos, así en la prisión como en el haber llegado hasta aquí, que quiero que ella nos los cuente, porque, aunque yo los adivine, ella nos los contará con más puntualidad y con más gracia.

—¡Ay cielos santos! —dijo la moza—. Y, ¿quién es esta señora que me ha leído mis pensamientos? ¿Quién es esta adivina que así sabe la desvergonzada historia de mi vida? Yo, señora, soy esa adúltera, soy esa presa, y soy la condenada a destierro de diez años, porque no tuve parte que me siguiese, y soy la que aquí estoy en poder de un soldado español, que va a Italia, comiendo el pan con dolor, y pasando la vida, que por momentos me hace desear la muerte. Mi amigo el primero murió en la cárcel; éste, que no sé en qué número ponga, me socorrió en ella, de donde me sacó, y, como he dicho, me lleva por esos mundos, con gusto suyo y con pesar mío: que no soy tan tonta que no conozca el peligro en que traigo el alma en este vagamundo estado. Por quien Dios es, señores, pues sois españoles, pues sois cristianos, y pues sois principales, según lo da a entender vuestra presencia, que me saquéis del poder deste español, que será como sacarme de las garras de los leones.

Admirados quedaron Periandro y Auristela de la discreción sagaz de Constanza, y, concediendo con ella, la reforzaron y acreditaron, y aun se movieron a favorecer con todas sus fuerzas a la perdida moza, la cual dijo que el español soldado no iba siempre con ella, sino una jornada adelante o atrás, por deslumbrar a la justicia.

—Todo eso está muy bien —dijo Periandro—, y aquí daremos traza en vuestro remedio: que, la que ha sabido adivinar vuestra vida pasada, también sabrá acomodaros en la venidera. Sed vos buena, que, sin el cimiento de la bondad, no se puede cargar ninguna cosa que lo parezca; no os desviéis por agora de nosotros, que vuestra edad y vuestro rostro son los mayores contrarios que podéis tener en las tierras extrañas.

Lloró la moza, enternecióse Constanza, y Auristela mostró los mismos sentimientos, con que obligó a Periandro a que el remedio de la moza buscara. En esto estaban, cuando llegó Bartolomé y dijo:

—Señores, acudid a ver la más extraña visión que habréis visto en vuestra vida.

Dijo esto tan asustado y tan como espantado, que, pensando ir a ver alguna maravilla extraña, le siguieron, y en un apartamiento algo desviado de aquel donde estaban alojados los peregrinos y damas, vieron, por entre unas esteras, un aposento todo cubierto de luto, cuya lóbrega oscuridad no les dejó ver particularmente lo que en él había; y estándole así mirando, llegó un hombre

anciano, todo asimismo cubierto de luto, el cual les dijo:

—Señores, de aquí a dos horas, que habrá entrado una de la noche, si gustáis de ver a la señora Ruperta sin que ella os vea, yo haré que la veáis, cuya vista os dará ocasión de que os admiréis, así de su condición como de su hermosura.

—Señor —respondió Periandro—, este nuestro criado que aquí está nos convidó a que viniésemos a ver una maravilla, y hasta ahora no hemos visto otra que la de este aposento cubierto de luto, que no es maravilla ninguna.

—Si volvéis a la hora que digo —respondió el enlutado—, tendréis de qué maravillaros, porque habréis de saber que en este aposento se aloja la señora Ruperta, mujer que fué, apenas hace un año, del conde Lamberto de Escocia, cuyo matrimonio a él le costó la vida y a ella verse en términos de perderla cada paso, a causa que Claudino Rubicón, caballero de los principales de Escocia, a quien las riquezas y el linaje hicieron soberbio, y la condición algo enamorada, quiso bien a mi señora, siendo doncella, de la cual, si no fue aborrecido, a lo menos fué desdeñado, como lo mostró el casarse con el conde mi señor. Esta presta resolución de mi señora la bautizó Rubicón en deshonra y menosprecio suyo, como si la hermosa Ruperta no hubiera tenido padres que se lo mandaran y obligaciones precisas que le obligaran a ello, junto con ser más acertado ajustarse las edades entre los que se casan: que, si pue-

de ser, siempre los años del esposo con el número de diez han de llevar ventaja a los de la mujer, o con algunos más, porque la vejez los alcance en un mismo tiempo. Era Rubicón, varón viudo, y que tenía hijo de casi veintiún años, gentil hombre en extremo, y de mejores condiciones que el padre, tanto, que si él se hubiera opuesto a la cátedra de mi señora, hoy viviera mi señor el conde y mi señora estuviera más alegre. Sucedió, pues, que, yendo mi señora Ruperta a holgarse con su esposo a una villa suya, acaso y sin pensar, en un despoblado, encontramos a Rubicón, con muchos criados suyos que le acompañaban. Vió a mi señora, y su vista despertó el agravio que, a su parecer, se le había hecho, y fué de suerte que en lugar del amor nació la ira, y de la ira, el deseo de hacer pesar a mi señora; y como las venganzas de los que bien se han querido sobrepujan a las ofensas hechas, Rubicón, despechado, impaciente y atrevido, desenvainando la espada, corrió al conde, mi señor, que estaba inocente deste caso, sin que tuviese lugar de prevenirse del daño que no temía, y, envainándosela en el pecho, dijo: «Tú me pagarás lo que no me debes; y si ésta es crueldad, mayor la usó tu esposa para conmigo, pues no una vez sola, sino cien mil, me quitan la vida sus desdenes.» A todo esto me hallé yo presente; oí las palabras, y vi con mis ojos y tenté con las manos la herida; escuché los llantos de mi señora, que penetraron los cielos; volvimos a dar sepultura al conde, y, al enterrarle, por orden de mi

señora, se le cortó la cabeza, que en pocos días, con cosas que se le aplicaron, quedó descarnada y en solamente los huesos; mandóla mi señora poner en una caja de plata, sobre la cual puestas sus manos, hizo este juramento. Pero olvidaseme por decir cómo el cruel Rubicón, o ya por menosprecio, o ya por más crueldad, o quizá con la turbación descuidado, se dejó la espada envainada en el pecho de mi señor, cuya sangre aun hasta ahora muestra estar casi reciente en ella. Digo, pues, que dijo estas palabras: «Yo, la desdichada Ruperta, a quien han dado los cielos sólo nombre de hermosa, hago juramento al cielo, puestas las manos sobre estas dolorosas reliquias, de vengar la muerte de mi esposo con mi poder y con mi industria, si bien aventurase en ello una y mil veces esta miserable vida que tengo, sin que me espan ten trabajos, sin que me falten ruegos hechos a quien pueda favorecerme; y, en tanto que no llegare a efeto este mi justo, si no cristiano, deseo, juro que mi vestido será negro, mis aposentos lóbregos, mis manteles tristes y mi compañía la misma soledad. A la mesa estarán presentes estas reliquias, que me atormenten el alma; esta cabeza, que me diga, sin lengua, que vengue su agravio; esta espada, cuya no enjuta sangre me parece que veo, a la que, alterando la mía, no me deje sosegar hasta vengarme.» Esto dicho, parece que templó sus continuas lágrimas y dió algún vado a sus dolientes suspiros. Hase puesto en camino de Roma para pedir en Italia a sus prin-

cipes favor y ayuda contra el matador de su esposo, que aun todavía la amenaza, quizá temeroso: que suele ofender un mosquito más de lo que puede favorecer un águila. Esto, señores, veréis, como he dicho, de aquí a dos horas, y si no os dejare admirados, o yo no habré sabido contarlos, o vosotros tendréis el corazón de mármol.

Aquí dió fin a su plática el enlutado escudero, y los peregrinos, sin ver a Ruperta, desde luego se comenzaron a admirar del caso.

CAPÍTULO XVII

DEL TERCER LIBRO

La ira, según se dice, es una revolución de la sangre que está cerca del corazón, la cual se altera en el pecho con la vista del objeto que agravia, y tal vez con la memoria; tiene por último fin y paradero suyo la venganza, que, como la tome el agraviado, sin razón o con ella, sosiega. Esto nos lo dará a entender la hermosa Ruperta, agraviada y airada, y con tanto deseo de vengarse de su contrario, que, aunque sabía que era ya muerto, dilataba su cólera por todos sus descendientes, sin querer dejar, si pudiera, vivo ninguno de ellos: que la cólera de la mujer no tiene límite.

Llegóse la hora de que la fueron a ver los peregrinos, sin que ella los viese, y viéronla hermosa en todo extremo, con blanquísimas tocas, que desde la cabeza casi le llegaban a los pies, sentada delante de una mesa, sobre la cual tenía la cabeza de su esposo en la caja de plata, la espada con que le habían quitado la vida y una camisa que ella se imaginaba que aún no estaba enjuta de la sangre de su esposo. Todas estas insignias dolorosas despertaron su ira, la cual no tenía necesidad que na-

die la despertase, porque nunca dormía; levantóse en pie, y puesta la mano derecha sobre la cabeza del marido, comenzó a hacer y a revalidar el voto y juramento que dijo el enlutado escudero. Llovían lágrimas de sus ojos, bastantes a bañar las reliquias de su pasión; arrancaba suspiros del pecho, que condensaban el aire cerca y lejos; añadía al ordinario juramento razones que le agravaban, y tal vez parecía que arrojaba por los ojos, no lágrimas, sino fuego, y por la boca, no suspiros, sino humo: tan sujeta la tenía su pasión y el deseo de vengarse. ¿Veisla llorar, veisla suspirar, veisla no estar en sí, veisla blandir la espada matadora, veisla besar la camisa ensangrentada, y que rompe las palabras con sollozos? Pues esperad no más de hasta la mañana, y veréis cosas que os den sujeto para hablar en ellas mil siglos, si tantos tuviédes de vida. En mitad de la fuga de su dolor estaba Ruperta, y casi en los umbrales de su gusto, porque, mientras se amenaza, descansa el amenazador cuando se llegó a ella uno de sus criados, como si llegara una sombra negra, según venía cargado de luto, y, en mal pronunciadas palabras, le dijo:

—Señora, Croriano el galán el hijo de tu enemigo, se acaba de apearse ahora con algunos criados; mira si quieres encubrirte, o si quieres que te conozca, o lo que sería bien que hagas, pues tienes lugar para pensarlo.

—Que no me conozca —respondió Ruperta—; y avisad a todos mis criados que por descuido no me nombren, ni por cuidado me descubran.

Y esto diciendo, recogió sus prendas y mandó cerrar el aposento y que ninguno entrase a hablarla. Volviéronse los peregrinos al suyo, quedó ella sola y pensativa, y no sé cómo se supo que había hablado a solas éstas o otras semejantes razones:

—Advierte, ¡oh Ruperta!, que los piadosos ciegos te han traído a las manos, como simple víctima al sacrificio, al alma de tu enemigo: que los hijos, y más los únicos, pedazos del alma son de los padres. ¡Ea, Ruperta! Olvídate de que eres mujer, y, si no quieres olvidarte desto, mira que eres mujer, y agraviada. La sangre de tu marido te está dando voces, y en aquella cabeza sin lengua te está diciendo: «¡Venganza, dulce esposa mía, que me mataron sin culpa!» Sé que no espantó la braveza de Holofernes a la humildad de Judit; verdad es que la causa suya fué muy diferente de la mía: ella castigó a un enemigo de Dios, y yo quiero castigar a un enemigo que no sé si lo es mío; a ella le puso el hierro en las manos el amor de su patria, y a mí me le pone el de mi esposo. Pero ¿para qué hago yo tan disparatadas comparaciones? ¿Qué tengo que hacer más sino cerrar los ojos y envainar el acero en el pecho deste mozo, que tanto será mi venganza mayor, cuanto fuere menor su culpa? Alcance yo renombre de vengadora, y venga lo que viniere. Los deseos que se quieren cumplir, no reparan en inconvenientes, aunque sean mortales; cumpla yo el mío, y tenga la salida por mi misma muerte.

Esto dicho, dió traza y orden en cómo aquella

noche se encerrase en la estancia de Croriano, donde le dió fácil entrada un criado suyo, traidor por dádivas, aunque él no pensó sino que hacía un gran servicio a su amo llevándole al lecho una tan hermosa mujer como Ruperta, la cual, puesta en parte donde no pudo ser vista ni sentida, ofreciendo su suerte al disponer del cielo, sepultada en maravilloso silencio, estuvo esperando la hora de su contento, que le tenía puesto en la de la muerte de Croriano. Llevó para ser instrumento del cruel sacrificio un agudo cuchillo, que, por ser arma mañera y no embarazosa, le pareció ser más a propósito; llevó asimismo una lanterna bien cerrada, en la cual ardía una vela de cera; recogió los espíritus de manera que apenas osaba enviar la respiración al aire. ¿Qué no hace una mujer enojada? ¿Qué montes de dificultades no atropella en sus disignios? ¿Qué inormes crueldades no le parecen blandas y pacíficas? No más, porque lo que en este caso se podía decir es tanto, que será mejor dejarlo en su punto, pues no se han de hallar palabras con que encarcerlo. Llegóse, en fin, la hora; acostóse Croriano; durmióse, con el cansancio del camino, y entregóse, sin pensamiento de su muerte, al de su reposo. Con atentos oídos estaba escuchando Ruperta si daba alguna señal Croriano de que durmiese, y aseguráronla que dormía, así el tiempo que había pasado desde que se acostó hasta entonces, como algunos dilatados alientos que no los dan sino los dormi-

dos; viendo lo cual, sin santiguarse ni invocar ninguna deidad que la ayudase, abrió la lanterna, con que quedó claro el aposento, y miró dónde pondría los pies para que, sin tropezar, la llevasen al lecho.

La bella matadora, dulce enojada, verdugo agradable: ejecuta tu ira, satisface tu enojo, borra y quita del mundo tu agravio, que delante tienes en quien puedes hacerlo; pero mira, ¡oh hermosa Ruperta!, si quieres, que no mires a ese hermoso Cupido que vas a descubrir, que se deshará en un punto toda la máquina de tus pensamientos. Llegó, en fin, y temblándole la mano, descubrió el rostro de Croriano, que profundamente dormía, y halló en él la propiedad del escudo de Medusa, que la convirtió en mármol; halló tanta hermosura, que fué bastante a hacerle caer el cuchillo de la mano y a que diese lugar la consideración del informe caso que cometer quería; vió que la belleza de Croriano, como hace el Sol a la niebla, ahuyentaba las sombras de la muerte que darle quería, y en un instante no le escogió para víctima del cruel sacrificio, sino para holocausto santo de su gusto.

—¡Ay —dijo entre sí—, generoso mancebo, y cuán mejor eres tú para ser mi esposo que para ser objeto de mi venganza! ¿Qué culpa tienes tú de la que cometió tu padre, y qué pena se ha de dar a quien no tiene culpa? Gózate, gózate, joven ilustre, y quédese en mi pecho mi venganza y mi crueldad encerrada, que, cuando se sepa,

mejor nombre me dará el ser piadosa que vengativa.

Esto diciendo, ya turbada y arrepentida, se le cayó la lanterna de las manos sobre el pecho de Croriano, que despertó con el ardor de la vela. Hallóse a oscuras; quiso Ruperta salirse de la estancia y no acertó; por donde dió voces Croriano, tomó su espada y salió del lecho, y, andando por el aposento, topó con Ruperta, que, toda temblando, le dijo:

—No me mates, ¡oh Croriano!, puesto que soy una mujer que no ha una hora que quise y pude matarte, y agora me veo en términos de rogarte que no me quites la vida.

En esto, entraron sus criados, al rumor, con luces, y vió Croriano y conoció a la bellísima viuda, como quien ve a la resplandeciente Luna de nubes blancas rodeada.

—¿Qué es esto, señora Ruperta? —le dijo—. ¿Son los pasos de la venganza los que hasta aquí os han traído, o queréis que os pague yo los desafueros que mi padre os hizo? Que este cuchillo que aquí veo, ¿qué otra señal es sino de que habéis venido a ser verdugo de mi vida? Mi padre es ya muerto, y los muertos no pueden dar satisfacción de los agravios que dejan hechos. Los vivos sí que pueden recompensarlos; y así, yo, que represento agora la persona de mi padre, quiero recompensaros la ofensa que él os hizo lo mejor que pudiere y supiere. Pero dejadme primero honestamente tocaros, que quiero ver si

sois fantasma que aquí ha venido o a matarme, o a engañarme, o a mejorar mi suerte.

—Empeórese la mía —respondió Ruperta—, si es que halla modo el cielo como empeorarla, si entré este día pasado en este mesón con alguna memoria tuya. Veniste tú a él; no te vi cuando entraste; oí tu nombre, el cual despertó mi cólera y me movió a la venganza; concerté con un criado tuyo que me encerrase esta noche en este aposento; hícele que callase, sellándole la boca con algunas dádivas; entré en él, apercíbime deste cuchillo, y acrecenté el deseo de quitarte la vida; sentí que dormías, salí de donde estaba, y a la luz de una lanterna que conmigo traía te descubrí, y vi tu rostro, que me movió a respeto y a reverencia, de manera que los filos del cuchillo se embotaron, el deseo de mi venganza se deshizo, cayóseme la vela de las manos, despertóte su fuego, diste voces, quedé yo confusa, de donde ha sucedido lo que has visto. Yo no quiero más venganzas ni más memorias de agravios; vive en paz, que yo quiero ser la primera que haga mercedes por ofensas, si ya lo son el perdonarte la culpa que no tienes.

—Señora —respondió Croriano—: mi padre quiso casarse contigo; tú no quisiste; él, despechado, mató a tu esposo; murióse, llevando al otro mundo esta ofensa; yo he quedado, como parte tan suya, para hacer bien por su alma; si quieres que te entregue la mía, recíbeme por tu esposo, si ya, como he dicho, no eres fantasma que

me engañas: que las grandes venturas que vienen de improviso siempre traen consigo alguna sospecha.

—Dame esos brazos —respondió Ruperta—, y verás, señor, cómo este mi cuerpo no es fantástico, y que el alma que en él te entrego es sencilla, pura y verdadera.

Testigos fueron destes abrazos, y de las manos que por esposos se dieron, los criados de Croriano, que habían entrado con las luces. Triunfó aquella noche la blanda paz desta dura guerra; volvióse el campo de la batalla en tálamo de desposorio; nació la paz de la ira; de la muerte, la vida; y del disgusto, el contento. Amaneció el día, y halló a los recién desposados cada uno en los brazos del otro; levantáronse los peregrinos con deseo de saber qué habría hecho la lastimada Ruperta con la venida del hijo de su enemigo, de cuya historia estaban ya bien informados; salió el rumor del nuevo desposorio, y, haciendo de los cortesanos, entraron a dar los parabienes a los novios, y, al entrar en el aposento, vieron salir del de Ruperta el anciano escudero que su historia les había contado, cargado con la caja donde iba la calavera de su primero esposo, y con la camisa y espada que tantas veces había renovado las lágrimas de Ruperta, y dijo que lo llevaba adonde no renovasen otra vez en las glorias presentes pasadas desventuras; murmuró de la facilidad de Ruperta, y, en general, de todas las mujeres, y el menor vituperio que dellas dijo,

fué llamarlas antojadizas. Levantáronse los novios antes que entrasen los peregrinos; regocijéronse los criados, así de Ruperta como de Croriano, y volvióse aquel mesón en alcázar real, digno de tan altos desposorios. En fin, Periandro y Auristela, Constanza y Antonio, su hermano, hablaron a los desposados y se dieron parte de sus vidas; a lo menos, la que convenía que se diese.

CAPÍTULO XVIII

DEL TERCER LIBRO

En esto estaban, cuando entró por la puerta del mesón un hombre, cuya larga y blanca barba más de ochenta años le daba de edad; venía vestido ni como peregrino ni como religioso, puesto que lo uno y lo otro parecía; traía la cabeza descubierta, rasa y calva en el medio, y por los lados, luengas y blanquísimas canas le pendían; sustentaba el agobiado cuerpo sobre un retorcido cayado, que de báculo le servía. En efecto: todo él y todas las partes representaban un venerable anciano, digno de todo respeto, al cual apenas hubo visto la dueña del mesón, cuando, hincándose ante él de rodillas, le dijo:

—Contaré yo este día, padre Soldino, entre los venturosos de mi vida, pues he merecido verte en mi casa: que nunca vienes a ella sino para bien mío.

Y volviéndose a los circunstantes, prosiguió diciendo:

—Este montón de nieve, y esta estatua de mármol blanco que se mueve, que aquí veis, es la del

famoso Soldino, cuya fama, no sólo en Francia, sino en todas partes de la tierra, se extiende.

—No me alabéis, buena señora —respondió el anciano—, que tal vez la buena fama se engendra de la mala mentira; no la entrada, sino la salida, hace a los hombres venturosos; la virtud que tiene por remate el vicio, no es virtud, sino vicio. Pero, con todo esto, quiero acreditarme con vos en la opinión que de mí tenéis. Mirad hoy por vuestra casa, porque, destas bodas y destes regocijos que en ella se preparan, se ha de engendrar un fuego que casi toda la consume.

A lo que dijo Croriano, hablando con Ruperta, su esposa:

—Este, sin duda, debe de ser mágico o adivino, pues predice lo por venir.

Entreoyó esta razón el anciano, y respondió:

—No soy mago ni adivino, sino judiciario, cuya ciencia, si bien se sabe, casi enseña a adivinar. Creedme, señores, por esta vez siquiera, y dejad esta estancia, y vamos a la mía, que en una cercana selva que hay aquí, os dará, si no tan capaz, más seguro alojamiento.

Apenas hubo dicho esto, cuando entró Bartolomé, criado de Antonio, y dijo a voces:

—Señores, las cocinas se abrasan, porque, en la infinita leña que junto a ellas estaba, se ha encendido tal fuego, que muestra no poder apagarle todas las aguas del mar.

Tras esta voz acudieron las de otros criados, y comenzaron a acreditarlas los estallidos del fue-

go. La verdad tan manifiesta acreditó las palabras de Soldino; y, asiendo en brazos Periandro a Auristela, sin querer ir primero a averiguar si el fuego se podía atajar o no, dijo a Soldino:

—Señor, guíanos a tu estancia, que el peligro désta ya está manifiesto.

Lo mismo hizo Antonio con su hermana Constanza y con Feliz Flora, la dama francesa, a quien siguieron Deleasir y Belarminia, y la moza arrepentida de Talavera se asió del cinto de Bartolomé, y él del cabestro de su bagaje, y todos juntos, con los desposados y con la huéspedea, que conocía bien las adivinanzas de Soldino, le siguieron, aunque con tardo paso los guiaba. La demás gente del mesón, que no habían estado presentes a las razones de Soldino, quedaron ocupados en matar el fuego; pero presto su furor les dió a entender que trabajaban en vano, ardiendo la casa todo aquel día; que, a cogerles el fuego de noche, fuera milagro escapar alguno que contara su furia. Llegaron, en fin, a la selva, donde hallaron una ermita no muy grande, dentro de la cual vieron una puerta que parecía serlo de una cueva oscura. Antes de entrar en la ermita, dijo Soldino a todos los que le habían seguido:

—Estos árboles, con su apacible sombra, os servirán de dorados techos, y la hierba de este amenísimo prado, si no de muy blandas, a lo menos, de muy blancas camas. Yo llevaré conmigo a mi cueva a estos señores, porque les conviene, y no porque los mejore en la estancia.

Y luego llamó a Periandro, a Auristela, a Constanza, a las tres damas francesas, a Ruperta a Antonio y a Croriano, y, dejando otra mucha gente fuera, se encerró con éstos en la cueva, cerrando tras sí la puerta de la ermita y la de la cueva. Viéndose, pues, Bartolomé y la de Talavera no ser de los escogidos ni llamados de Soldino, o ya de despecho, o ya llevados de su ligera condición, se concertaron los dos, viendo ser tan para en uno, de dejar Bartolomé a sus amos, y la moza a sus arrepentimientos; y así, aliviaron el bagaje de dos hábitos de peregrinos, y la moza a caballo, y el galán a pie, dieron cantonada, ella a sus compasivas señoras, y él a sus honrados dueños, llevando en la intención de ir también a Roma, como iban todos. Otra vez se ha dicho que todas las acciones no verisímeles ni probables se han de contar en las historias, porque si no se les da crédito pierden de su valor; pero el historiador no le conviene más de decir la verdad, parézcalo o no lo parezca. Con esta máxima, pues, el que escribió esta historia, dice que Soldino, con todo aquel escuadrón de damas y caballeros, bajó por las gradas de la oscura cueva, y, a menos de ochenta gradas, se descubrió el cielo luciente y claro, y se vieron unos amenos y tendidos prados que entretenían la vista y alegraban las almas; y haciendo Soldino rueda de los que con él habían bajado, les dijo:

—Señores, esto no es encantamento, y esta cueva por donde aquí hemos venido, no sirve sino

de atajo para llegar desde allá arriba a este valle que veis, que una legua de aquí tiene más fácil, más llana y más apacible entrada. Yo levanté aquella ermita, y con mis brazos y con mi continuo trabajo cavé la cueva, y hice mío este valle, cuyas aguas y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan. Aquí, huyendo de la guerra, hallé la paz; la hambre que en ese mundo de allá arriba si así se puede decir, tenía, halló aquí la hartura; aquí, en lugar de los príncipes y monarcas que mandan el mundo, a quien yo servía, he hallado a estos árboles mudos, que, aunque altos y pomposos, son humildes; aquí no suena en mis oídos el desdén de los emperadores, el enfado de sus ministros; aquí no veo dama que me desdeñe, ni criado que mal me sirva; aquí soy yo señor de mí mismo, aquí tengo mi alma en mi palma, y aquí por vía recta encamino mis pensamientos y mis deseos al cielo; aquí he dado fin al estudio de las matemáticas, he contemplado el curso de las estrellas y el movimiento del Sol y de la Luna; aquí he hallado causas para alegrarme y causas para entristecerme, que aun están por venir, que serán tan ciertas, según yo pienso, que corren parejas con la misma verdad. Agora agora, como presente, veo quitar la cabeza a un valiente pirata, un valeroso mancebo de la casa de Austria nacido. ¡Oh si lo viédes como yo lo veo, arrastrando estandartes por el agua, bañando con menosprecio sus medias lunas, pelando sus luengas colas de caballos, abrasando bajeles, des-

pedazando cuerpos y quitando vidas! Pero, ¡ay de mí, que me hace entristecer otro coronado joven, tendido en la seca arena, de mil moras lanzas atravesado, el uno nieto y el otro hijo del rayo espantoso de la guerra, jamás como se debe alabado, Carlos V, a quien yo serví muchos años, y sirviera hasta que la vida se me acabara, si no lo estorbara el querer mudar la milicia mortal en la divina! Aquí estoy, donde sin libros, con sola la experiencia que he adquirido con el tiempo de mi soledad, te digo, ¡oh Croriano!, y en saber yo tu nombre sin haberte visto jamás me acredité contigo, que gozarás de tu Ruperta largos años; y a ti, Periandro, te aseguro buen suceso de tu peregrinación; tu hermana Auristela no lo será presto, y no porque ha de perder la vida con brevedad; a ti, ¡oh Constanza, subirás de condesa a duquesa, y tu hermano Antonio, al grado que su valor merece; estas señoras francesas, aunque no consigan los deseos que agora tienen, conseguirán otros que las honren y contenten! El haber pronosticado el fuego, el saber vuestros nombres sin haberos visto jamás, las muertes que he dicho que he visto antes que vengan, os podrán mover, si queréis, a creerme; y más cuando halléis ser verdad que vuestro mozo Bartolomé, con el bagaje y con la moza castellana, se ha ido y os ha dejado a pie; no le sigáis, porque no le alcanzaréis; la moza es más del suelo que del cielo, y quiere seguir su inclinación, a despecho y pesar de vuestros conse-

jos. Español soy, que me obliga a ser cortés y a ser verdadero; con la cortesía os ofrezco cuanto estos prados me ofrecen, y con la verdad, a la experiencia de todo cuanto os he dicho. Si os maravillare de ver a un español en esta ajena tierra, advertid que hay sitios y lugares en el mundo saludables más que otros, y éste en que estamos lo es para mí más que ninguno. Las alquerías, caserías y lugares que hay por estos contornos, las habitan gentes católicas y santas. Cuando conviene, recibo los sacramentos, y busco lo que no pueden ofrecer los campos para pasar la humana vida. Esta es la que tengo, de la cual pienso salir a la siempre duradera. Y por agora no más, sino vámonos arriba; daremos sustento a los cuerpos, como aquí abajo le hemos dado a las almas.

CAPÍTULO XIX

DEL TERCERO LIBRO

Aderezóse la pobre más que limpia comida, aunque fué muy limpia cosa, no muy nueva para los cuatro peregrinos, que se acordaron entonces de la isla bárbara y de la de las Ermitas, donde quedó Rutilio, y adonde ellos comieron de los ya sazonados, y ya no, frutos de los árboles; también se les vino a la memoria la profecía falsa de los isleños, y las muchas de Mauricio, con las moriscas del jadraque, y, últimamente, las del español Soldino. Parecíales que andaban rodeados de adivinanzas, y metidos hasta el alma en la judiciaria astrología, que, a no ser acreditada con la experiencia, con dificultad le dieran crédito.

Acabóse la breve comida; salió Soldino, con todos los que con él estaban, al camino para despedirse dellos, y en él echaron menos a la moza castellana y a Bartolomé el del bagaje, cuya falta no dió poca pesadumbre a los cuatro, porque les faltaba el dinero y la repostería. Mostró congojarse Antonio, y quiso adelantarse a buscarle, porque bien se imaginó que la moza le llevaba, o

él llevaba a la moza, o, por mejor decir, el uno se llevaba al otro; pero Soldino le dijo que no tuviese pena, ni se moviese a buscarlos, porque otro día volvería su criado arrepentido del hurto, y entregaría cuanto había llevado. Creyeron, y así no curó Antonio de buscarle; y más, que Feliz Flora ofreció a Antonio de prestarle cuanto hubiese menester para su gusto y el de sus compañeros desde allí a Roma, a cuya liberal oferta se mostró Antonio agradecido lo posible, y aun se ofreció de darle prensa que cupiese en el puño, y en el valor pasase de cincuenta mil ducados; y esto fué pensado de darle una de las dos perlas de Auristela, que con la cruz de diamantes, guardadas siempre consigo las traía. No se atrevió Feliz Flora a creer la cantidad del valor de la prenda; pero atrevióse a volver a hacer el ofrecimiento hecho. Estando en esto, vieron venir por el camino, y pasar por delante dellos, hasta ocho personas a caballo, entre las cuales iba una mujer sentada en un rico sillón, y sobre una mula, vestida de camino, toda de verde, hasta el sombrero, que con ricas y varias plumas azotaba el aire, con un antifaz, asimismo verde, cubierto el rostro. Pasaron por delante dellos, y con bajar las cabezas, sin hablar palabra alguna los saludaron, y pasaron de largo; los del camino tampoco hablaron palabra, y al mismo modo los saludaron. Quedábase atrás uno de los de la compañía, y llegándose a ellos, pidió por cortesía un poco de agua; diéronsela, y pregun-

táronle qué gente era la que iba allí delante, y qué dama la de lo verde, a lo que el caminante respondió:

—El que allí delante va, el señor Alexandro Castrucho, gentilhombre capuano, y uno de los ricos varones, no sólo de Capua, sino de todo el reino de Nápoles; la dama es su sobrina, la señora Isabela Castrucho, que nació en España, donde deja enterrado a su padre, por cuya muerte su tío la lleva a casar a Capua, y, a lo que yo creo, no muy contenta.

—Eso será —respondió el escudero enlutado de Ruperta—, no porque va a casarse, sino porque el camino es largo; que yo para mí tengo que no hay mujer que no desee enterarse con la mitad que le falta, que es la del marido.

—No sé esas filosofías —respondió el caminante—; sólo sé que va triste, y la causa, ella se la sabe; y a Dios quedad, que es mucha la ventaja que mis dueños me llevan.

Y picando apriesa, se les fué de la vista, y ellos, despidiéndose de Soldino, le abrazaron y le dejaron. Olvidábase de decir cómo Soldino había aconsejado a las damas francesas que siguiesen el camino derecho de Roma, sin torcerle para entrar en París, porque así les convenía. Este consejo fué para ellas como si se dijera un oráculo, y así, con parecer de los peregrinos, determinaron de salir de Francia por el Delfinado, y, atravesando el Piamonte y el Estado de Milán, ver a Florencia, y luego a Roma. Tanteado, pues,

este camino, con propósito de alargar algún tanto más las jornadas que hasta allí, caminaron; y otro día, al romper del alba, vieron venir hacia ellos al tenido por ladrón, Bartolomé el bagajero, detrás de su bagaje, y él vestido como peregrino. Todos gritaron cuando le conocieron, y los más le preguntaron qué huída había sido la suya, qué traje aquél y qué vuelta aquélla. A lo que él, hincado de rodillas delante de Constanza, casi llorando, respondió a todos:

—Mi huída no sé cómo fué; mi traje ya veis que es de peregrino; mi vuelta es a restituir lo que quizá, y aun sin quizá, en vuestras imaginaciones me tenía confirmado por ladrón: aquí, señora Constanza, viene el bagaje, con todo aquello que en él estaba, excepto dos vestidos de peregrinos, que el uno es éste que yo traigo, y el otro queda haciendo romera a la ramera de Talavera, que doy yo al diablo al amor y al bellaco que me le enseñó; y es lo peor que le conozco y determino ser soldado debajo de su bandera, porque no siento fuerzas que se opongan a las que hace el gusto con los que poco saben. Echeme vuesa merced su bendición, y déjeme volver, que me espera Luisa, y advierta que vuelvo sin blanca, fiado en el donaire de mi moza más que en la ligereza de mis manos, que nunca fueron ladronas, ni lo serán, si Dios me guarda el juicio, si viviese mil siglos.

Muchas razones le dijo Periandro para estorbarle su mal propósito; muchas le dijo Auristela, y muchas más Constanza y Antonio; pero todo

fué, como dicen, dar voces al viento y predicar en desierto. Limpióse Bartolomé sus lágrimas, dejó su bagaje, volvió las espaldas y partió en un vuelo, dejando a todos admirados de su amor y de su simpleza. Antonio, viéndole partir tan de carrera, puso una flecha en su arco, que jamás la disparó en vano, con intención de atravesarle de parte a parte y sacarle del pecho el amor y la locura; mas Feliz Flora, que pocas veces se apartaba del lado, le trabó del arco, diciéndole:

—Déjale, Antonio, que harta mala ventura lleva en ir a poder y a sujetarse al yugo de una mujer loca.

—Bien dices, señora —respondió Antonio—; y pues tú le das la vida, ¿quién ha de ser poderoso a quitársela?

Finalmente, muchos días caminaron sin sucederles cosa digna de ser contada; entraron en Milán; admirólos la grandeza de la ciudad, su infinita riqueza, sus oros, que allí, no solamente hay oro, sino oros; sus bélicas herrerías, que no parece sino que allí ha pasado las suyas Vulcano; la abundancia infinita de sus frutos, la grandeza de sus templos, y, finalmente, la agudeza del ingenio de sus moradores; oyeron decir a un huésped suyo que lo más que había que ver en aquella ciudad era la Academia de los Entronados, que estaba adornada de eminentísimos académicos, cuyos sutiles entendimientos daban que hacer a la fama a todas horas y por todas las partes del mundo; dijo también que aquel día era de acade-

mia, y que se había de disputar en ella si podía haber amor sin celos.

—Sí puede —dijo Periandro—; y, para probar esta verdad, no es menester gastar mucho tiempo.

—Yo —replicó Auristela— no sé qué es amor, aunque sé lo que es querer bien.

A lo que dijo Belarminia:

—No entiendo ese modo de hablar ni la diferencia que hay entre amor y querer bien.

—Esta —replicó Auristela—: querer bien puede ser sin causa vehemente que os mueva la voluntad, como se puede querer a una criada que os sirve o a una estatua o pintura que bien os parece o que mucho os agrada; y éstas no dan celos, ni los pueden dar; pero aquello que dicen que se llama amor, que es una vehemente pasión del ánimo, como dicen, ya que no de celos, puede dar temores que lleguen a quitar la vida, del cual temor a mí me parece que no puede estar libre el amor en ninguna manera.

—Mucho has dicho, señora —respondió Periandro—; porque no hay ningún amante que esté en posesión de la cosa amada, que no tema el perderla; no hay ventura tan firme, que tal vez no dé vaivenes; no hay clavo tan fuerte, que pueda detener la rueda de la Fortuna; y si el deseo que nos lleva a acabar presto nuestro camino no lo estorbara, quizá mostrara yo hoy en la Academia que puede haber amor sin celos, pero no sin temores.

Cesó esta plática; estuvieron cuatro días en Mi-

lán, en los cuales comenzaron a ver sus grandezas, porque acabarlas de ver no dieran tiempo cuatro años; partiéronse de allí, y llegaron a Luca, ciudad pequeña, pero hermosa y libre, que, debajo de las alas del Imperio y de España, se descuella, y mira exenta a las ciudades de los príncipes que la desean; allí, mejor que en otra parte ninguna, son bien vistos y recibidos los españoles, y es la causa que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de más de un día, no dan lugar a mostrar su condición, tenida por arrogante. Aquí aconteció a nuestros pasajeros una de las más extrañas aventuras que se han contado en todo el discurso de este libro.

CAPÍTULO XX

DEL TERCER LIBRO

Las posadas de Luca son capaces para alojar una compañía de soldados, en una de las cuales se alojó nuestro escuadrón, siendo guiado de las guardas de las puertas de la ciudad, que se los entregaron al huésped por cuenta, porque a la mañana, o cuando se partiesen, la había de dar dellos. Al entrar, vió la señora Ruperta que salía un médico, que tal le pareció en el traje, diciendo a la huéspeda de la casa, que también le pareció no podía ser otra:

—Yo, señora, no me acabo de desengañar si esta doncella está loca o endemoniada, y, por no errar, digo que está endemoniada y loca; y, con todo eso, tengo esperanza de su salud, si es que su tío no se da prisa a partirse.

—¡Ay Jesús! —dijo Ruperta—. ¡Y en casa de endemoniados y locos nos apeamos? En verdad, en verdad, que si se toma mi parecer, no hemos de poner los pies dentro.

A lo que dijo la huéspeda.

—Sin escrúpulo puede vuesa señoría —que éste

es el merced de Italia —apearse, porque de cien leguas se podía venir a ver lo que está en esta posada.

Apeáronse todos, y Auristela y Constanza, que habían oído las razones de la huéspeda, le preguntaron qué había en aquella posada, que tanto encarecía el verla.

—Véngase conmigo —respondió la huéspeda— y verán lo que verán y dirán lo que yo digo.

Guió, y siguiéronla, donde vieron echada en un lecho dorado a una hermosísima muchacha, de edad, al parecer, de diez y seis o diez y siete años; tenía los brazos aspados y atados con unas vendas a los balaustres de la cabecera del lecho, como que le querían estorbar el moverlos a ninguna parte; dos mujeres, que debían de servirla de enfermeras, andaban buscándole las piernas para atárselas también, a lo que la enferma dijo:

—Basta que se me aten los brazos; que todo lo demás, las ataduras de mi honestidad lo tiene ligado.

Y, volviéndose a las peregrinas, con levantada voz, dijo:

—¡Figuras del cielo, ángeles de carne! Sin duda, creo que venís a darme salud, porque de tan hermosa presencia y de tan cristiana visita no se puede esperar otra cosa. Por lo que debéis a ser quien sois, que sois mucho, que mandéis que me desaten; que, con cuatro o cinco bocados que me dé en el brazo, quedaré harta y no me haré más mal, porque no estoy tan loca como parezco, ni el

que me atormenta es tan cruel que dejará que me muerda.

—¡Pobre de ti, sobrina —dijo un anciano que había entrado en el aposento—, y cuál te tiene ése que dices que no ha de dejar que te muerdas! Encomiéndate a Dios, Isabel, y procura comer, no de tus hermosas carnes, sino de lo que te diere éste tu tío, que bien te quiere. Lo que cría el aire, lo que mantiene el agua, lo que sustenta la tierra te traeré: que tu mucha hacienda y mi voluntad mucha te lo ofrece todo.

La doliente moza respondió:

—Déjenme sola con estos ángeles: quizá mi enemigo el demonio huirá de mí por no estar con ellos.

Y, señalando con la cabeza que se quedasen con ella, Auristela, Constanza, Ruperta y Feliz Flora, dijo que los demás se saliesen, como se hizo con voluntad y aun con ruegos de su anciano y lastimado tío, del cual supieron ser aquélla la gentil dama de lo verde que, al salir de la cueva del sabio español, habían visto pasar por el camino, que el criado que se quedó atrás les dijo se llamaba Isabel Castrucha, y que se iba a casar al reino de Nápoles.

Apenas se vió sola la enferma, cuando, mirando a todas partes, dijo que mirasen si había otra persona en el aposento que aumentase el número de los que ella dijo que se quedasen. Mirólo Ruperta y escrudiñólo todo, y aseguró no haber otra persona que ellos. Con esta seguridad sentóse Isa-

bela como pudo en el lecho, y, dando muestras de que quería hablar de propósito, rompió la voz con un tan grande suspiro, que pareció que con él se le arrancaba el alma; el fin del cual fué tenderse otra vez en el lecho, y quedar desmayada, con señales tan de muerte, que obligó a los circunstantes a dar voces pidiendo un poco de agua para bañar el rostro de Isabela, que a más andar se iba al otro mundo. Entró el mísero tío, llevando una cruz en la una mano, y en la otra un hisopo bañado en agua bendita; entraron asimismo con él dos sacerdotes, que, creyendo ser el demonio quien la fatigaba, pocas veces se apartaban della; entró asimismo la huéspedea con el agua; rociáronle el rostro, y volvió en sí, diciendo:

—Excusadas son por agora estas prevenciones; yo saldré presto; pero no ha de ser cuando vosotros quisiéredes, sino cuando a mí me parezca, que será cuando viniere a esta ciudad Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero desta ciudad, el cual Andrea agora está estudiando en Salamanca, bien descuidado destes sucesos.

Todas estas razones acabaron de confirmar en los oyentes la opinión que tenían de estar Isabela endemoniada, porque no podían pensar cómo pudiese saber ella Juan Bautista Marulo quién fuese, y su hijo Andrea; y no faltó quien fuese luego a decir al ya nombrado Juan Bautista Marulo lo que la bella endemoniada de él y de su hijo había dicho. Tornó a pedir que la dejasen sola con los que antes había escogido; dijéronle los sacerdotes

los Evangelios, y hicieron su gusto, llevándole todos de la señal que había dicho que daría cuando el demonio la dejase libre, que indudablemente la juzgaron por endemoniada. Feliz Flora hizo de nuevo la pesquisa de la estancia, y, cerrando la puerta della, dijo a la enferma:

—Solos estamos; mira, señora, lo que quieres.

—Lo que quiero es —respondió Isabela— que me quiten estas ligaduras, que, aunque son blandas, me fatigan, porque me impiden.

Hiciéronlo así con mucha diligencia, y, sentándose Isabela en el lecho, asió de la una mano a Auristela, y de la otra a Ruperta, y hizo que Constanza y Feliz Flora se sentasen junto a ella en el mismo lecho, y así, apiñadas en un hermoso montón, con voz baja y lágrimas en los ojos, dijo:

—Yo, señoras, soy la infelice Isabela Castrucha, cuyos padres me dieron nobleza; la Fortuna, hacienda, y los cielos, algún tanto de hermosura; nacieron mis padres en Capua, pero engendraronme en España, donde nací, y me crié en casa deste mi tío que aquí está, que en la corte del emperador la tenía. ¡Válame Dios, y para qué tomo yo tan de atrás la corriente de mis desventuras! Estando, pues, yo en casa deste mi tío, ya huérfana de mis padres, que a él me dejaron encomendada y por tutor mío, llegó a la corte un mozo a quien yo vi en una iglesia, y le miré tan de propósito —y no os parezca esto, señoras, desenvoltura, que no parecerá si consideráredes que soy mujer—, digo que le miré en la iglesia de tal modo, que

en casa no podía estar sin mirarle, porque quedó su presencia tan impresa en mi alma, que no la podía apartar de mi memoria. Finalmente, no me faltaron medios para entender quién él era, y la calidad de su persona, y qué hacía en la corte, o dónde iba, y lo que saqué en limpio fué que se llamaba Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, caballero desta ciudad, más noble que rico, y que iba a estudiar a Salamanca. En seis días que allí estuvo, tuve orden de escribirle quién yo era, y la mucha hacienda que tenía, y que de mi hermosura se podía certificar viéndome en la iglesia; escribíle asimismo que entendía que este mi tío me quería casar con un primo mío, porque la hacienda se quedase en casa, hombre no de mi gusto ni de mi condición, como es verdad; díjele asimismo que la ocasión en mí le ofrecía sus cabellos, que los tomase y que no diese lugar en no hacello al arrepentimiento, y que no tomase de mi facilidad ocasión para no estimarme. Respondió, después de haberme visto no sé cuántas veces, en la iglesia, que por mi persona sola, sin los adornos de la nobleza y de la riqueza, me hiciera señora del mundo, si pudiera, y que me suplicaba durase firme algún tiempo en mi amorosa intención, a lo menos hasta que él dejase en Salamanca a un amigo suyo que con el desta ciudad había partido a seguir el estudio. Respondíle que sí haría, porque en mí no era el amor importuno ni indiscreto, que presto nace y presto se muere. Dejóme entonces por honrado, pues no

quiso faltar a su amigo, y con lágrimas, como enamorado, que yo se las vi verter, pasando por mi calle el día que se partió sin dejarme, y yo me fuí con él sin partirme. Otro día —¡quién podrá creer esto!; ¡qué de rodeos tienen las desgracias para alcanzar más presto a los desdichados!—, digo que otro día concertó mi tío que volviésemos a Italia, y sin poderme excusar, ni valerme el fingirme enferma, porque el pulso y la color me hacían sana, mi tío no quiso creer que de enferma, sino de mal contenta del casamiento buscaba trazas para no partirme.

En este tiempo le tuve para escribir a Andrea de lo que me había sucedido, y que era forzoso el partirme; pero que yo procuraría pasar por esta ciudad, donde pensaba fingirme endemoniada, y dar lugar con esta traza a que él le tuviese de dejar a Salamanca, y venir a Luca, adonde, a pesar de mi tío y aun de todo el mundo, sería mi esposo; así que en su diligencia estaba mi ventura, y aun la suya, si quería mostrarse agradecido. Si las cartas llegaron a sus manos, que sí debieron de llegar, porque los portes las hacen ciertas, antes de tres días ha de estar aquí. Yo, por mi parte, he hecho lo que he podido; una legión de demonios tengo en el cuerpo, que lo mismo es tener una onza de amor en el alma, cuando la esperanza desde lejos le anda haciendo cocos. Esta es, señoras mías, mi historia; esta mi locura; esta mi enfermedad; mis amorosos pensamientos son los demonios que me atormentan; paso hambre, porque

espero hartura; pero, con todo eso, la desconfianza me persigue, porque, como dicen en Castilla, a los desdichados se les suelen helar las migas entre la boca y la mano. Haced, señores, de modo que acreditéis mi mentira y fortalezcáis mis discursos, haciendo con mi tío que, puesto que yo no sane, no me ponga en camino por algunos días; quizá permitiera el cielo que llegue el de mi contento con la venida de Andrea.

No habrá para qué preguntar si se admiraron o no los oyentes de la historia de Isabela, pues la historia misma se trae consigo la admiración, para ponerla en las almas de los que la escuchan. Ruperta, Auristela, Constanza y Feliz Flora le ofrecieron de fortalecer sus disignios, y de no partirse de aquel lugar hasta ver el fin dellos, pues, a buena razón, no podía tardar mucho.

CAPÍTULO XXI

DEL TERCERO LIBRO

Priesa se daba la hermosa Isabela Castrucha a revalidar su demonio, y priesa se daban las cuatro, ya sus amigas, a fortalecer su enfermedad, afirmando, con todas las razones que podían de que verdaderamente era el demonio el que hablaba en su cuerpo; porque se vea quién es el amor, pues hace parecer endemoniados a los amantes. Estando en esto, que sería casi al anochecer, volvió el médico a hacer la segunda visita, y acaso trujo con él a Juan Bautista Marulo, padre de Andrea el enamorado, y, al entrar del aposento de la enferma, dijo:

—Vea vuesa merced, señor Juan Bautista Marulo, la lástima desta doncella, y si merece que en su cuerpo de ángel se ande espaciando el demonio; pero una esperanza nos consuena, y es que nos ha dicho que presto saldrá de aquí y dará por señal de su salida la venida del señor Andrea, vuestro hijo, que por instantes aguarda.

—Así me lo han dicho —respondió el señor Juan Bautista—, y holgaríame yo que cosas más fuesen paraninfos de tan buenas nuevas.

—Gracias a Dios y a mi diligencia —dijo Isabela—; que, si no fuera por mí, él se estuviera ahora quedo en Salamanca, haciendo lo que Dios se sabe. Créame el señor Juan Bautista, que está presente, que tiene un hijo más hermoso que santo, y menos estudiante que galán: que mal hayan las galas y las atildaduras de los mancebos, que tanto daño hacen en la república, y mal hayan juntamente las espuelas que no son de rodaja, y los acicates que no son puntiagudos, y las mulas de alquiler que no se aventajan a las postas.

Con estas fué ensartando otras razones equívocas, conviene a saber, de dos sentidos, que de una manera las entendían sus secretarias, y de otra los demás circunstantes: ellas las interpretaban verdaderamente, y los demás como desconcertados disparates.

—¿Dónde vistes vos, señora —dijo Marulo—, a mi hijo Andrea? ¿Fué en Madrid, o en Salamanca?

—No fué sino en Illescas —dijo Isabela—, cogiendo guindas la mañana de San Juan, al tiempo que alboreaba; mas, si va a decir verdad, que es milagro que yo la diga, siempre le veo, y siempre le tengo en el alma.

—Aun bien —replicó Marulo— que esté mi hijo cogiendo guindas y no espulgándose, que es más propio de los estudiantes.

—Los estudiantes que son caballeros —respondió Isabela, de pura fantasía—, pocas veces se espulgan, pero muchas se rascan: que estos animalijos que se usan en el mundo tan de ordinario,

son tan atrevidos, que así se entran por las calzas de los príncipes como por las frazadas de los hospitales.

—Todo lo sabes, malino —dijo el médico—; bien parece que eres viejo —y esto encaminando su razón al demonio que pensaba que tenía Isabela en el cuerpo.

Estando en esto, que no parece sino que el mismo Satanás lo ordenaba, entró el tío de Isabela, con muestras de grandísima alegría, diciendo:

—¡Albricias, sobrina mía; albricias, hija de mi alma, que ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Juan Bautista, que está presente! ¡Ea, dulce esperanza mía, cúmplenos la que nos has dado de que has de quedar libre en viéndole! ¡Ea, demonio maldito, *vade retro, exi foras*, sin que lleves pensamiento de volver a esta estancia, por más harrida y escombrada que la veas!

—Venga, venga —replicó Isabela— ese putativo Ganimedes, ese contrahecho Adonis, y deme la mano de esposo, libre, sano y sin cautela; que yo le he estado aquí aguardando más firme que roca puesta a las ondas del mar, que la tocan, mas no la mueven.

Entró de camino Andrea Marulo, a quien ya en casa de su padre le habían dicho la enfermedad de la extranjera Isabela, y de cómo le esperaba para darle por señal de la salida del demonio. El mozo, que era discreto y estaba prevenido, por las cartas que Isabela le envió a Salamanca, de lo que había de hacer si la alcanzaba en Luca, sin quitarse las

espuelas, acudió a la posada de Isabela y entró por su estancia como atontado y loco, diciendo:

—¡Afuera, afuera, afuera; aparta, aparta, aparta; que entra el valeroso Andrea, cuadrillero mayor de todo el infierno, si es que no vasta de una escuadra!

Con este alboroto y voces, casi quedaron admirados los mismos que sabían la verdad del caso; tanto, que dijo el médico y aun su mismo padre:

—Tan demonio es éste como el que tiene Isabela.

Y su tío dijo:

—Esperábamos a este mancebo para nuestro bien, y creo que ha venido para nuestro mal.

—Sosíégate, hijo, sosíégate —dijo su padre—; que parece que estás loco.

—¿No lo ha de estar —dijo Isabela—, si me vee a mí? ¿No soy yo, por ventura, el centro donde reposan sus pensamientos? ¿No soy yo el blanco donde asestan sus deseos?

—Sí por cierto —dijo Andrea—; sí que vos sois señora de mi voluntad, descanso de mi trabajo y vida de mi muerte. Dadme la mano de ser mi esposa, señora mía, y sacadme de la esclavitud en que me veo, a la libertad de verme debajo de vuestro yugo; dadme la mano, digo otra vez, bien mío, y alzadme de la humildad de ser Andrea Marulo a la alteza de ser esposo de Isabela Castrucha—; vayan de aquí fuera los demonios que quisieren estorbar tan sabroso nudo, y no procuren los hombres apartar lo que Dios junta.

—Tú dices bien, señor Andrea —replicó Isabela—, y, sin que aquí intervengan trazas, máquinas ni embelecocos, dame esa mano de esposo, y recíbeme por tuya.

Tendió la mano Andrea, y en aquel instante alzó la voz Auristela, y dijo:

—Bien se la puede dar, que para en uno son.

Pasmado y atónito, tendió también la mano su tío de Isabela, y trabó de la de Andrea, y dijo:

—¿Qué es esto, señores? ¿Usase en este pueblo que se case un diablo con otro?

—Que no —dijo el médico—; que esto debe de ser burlando, para que el diablo se vaya, porque no es posible que este caso que va sucediendo pueda ser prevenido por entendimiento humano.

—Con todo eso —dijo el tío de Isabela—, quiero saber de la boca de entrambos qué lugar le daremos a este casamiento: el de la verdad, o el de la burla.

—El de la verdad —respondió Isabela—; porque ni Andrea Marulo está loco, ni yo endemoniada. Yo le quiero y escojo por mi esposo, si es que él me quiere y me escoge por su esposa.

—No loco ni endemoniado, sino con mi juicio entero, tal cual Dios ha sido servido de darme.

Y, diciendo esto, tomó la mano de Isabela, y ella le dió la suya, y, con dos síes, quedaron indubitablemente casados.

—¿Qué es esto? —dijo Castrucha—. ¿Otra vez? ¡Aquí de Dios! ¿Cómo, y es posible que así se deshonren las canas deste viejo?

—No las puede deshonrar —dijo el padre de Andrea— ninguna cosa mía. Yo soy noble, y, si no demasíadamente rico, no tan pobre que haya menester a nadie. No entro ni salgo en este negocio; sin mi sabiduría se han casado los muchachos; que, en los pechos enamorados, la discreción se adelanta a los años, y si las más veces los mozos en sus acciones disparan, muchas aciertan; y cuando aciertan, aunque sea acaso, exceden con muchas ventajas a las más consideradas. Pero mírese, con todo eso, si lo que aquí ha pasado puede pasar adelante, porque si se puede deshacer, las riquezas de Isabela no han de ser parte para que yo procure la mejora de mi hijo.

Dos sacerdotes que se hallaron presentes dijeron que era válido el matrimonio, supuesto que, si con parecer de locos le habían comenzado, con parecer de verdaderamente cuerdos le habían confirmado.

—Y de nuevo le confirmamos —dijo Andrea.

Y lo mismo dijo Isabela. Oyendo lo cual su tío, se le cayeron las alas del corazón, y la cabeza sobre el pecho, y, dando un profundo suspiro, vueltos los ojos en blanco, dió muestras de haberle sobrevenido un mortal parasismo. Lleváronle sus criados al lecho, levantóse del suyo Isabela, llevóla Andrea a casa de su padre, como a su esposa, y, de allí a dos días, entraron por la puerta de una iglesia un niño, hermano de Andrea Marulo, a bautizar; Isabela y Andrea a casarse, y a enterrar el cuerpo de su tío, porque se vean cuán extraños

son los sucesos desta vida: unos a un mismo punto se bautizan, otros se casan, y otros se entierran. Con todo eso, se puso luto Isabela, porque ésta que llaman muerte mezcla los tálamos con las sepulturas, y las galas con los lutos. Cuatro días más estuvieron en Luca nuestros peregrinos y la escuadra de nuestros pasajeros, que fueron regalados de los desposados y del noble Juan Bautista Marulo. Y aquí dió fin nuestro autor al tercero libro desta historia.

LIBRO CUARTO

de los trabajos de Persiles y Sigismunda

HISTORIA SETENTRIONAL,

CAPÍTULO PRIMERO

DEL CUARTO LIBRO

Disputóse entre nuestra peregrina escuadra no una, sino muchas veces, si el casamiento de Isabela Castrucha, con tantas máquinas fabricado, podía ser valedero, a lo que Periandro muchas veces dijo que sí; cuanto más, que no les tocaba a ellos la averiguación de aquel caso. Pero lo que a él le había desconcertado era la junta del bautismo, casamiento y la sepultura, y la ignorancia del médico, que no atinó con la traza de Isabela ni con el peligro de su tío. Unas veces trataban en esto, y otras, en referir los peligros que por ellos habían pasado. Andaban Croriano y Ruper-ta, su esposa, atentísimos inquiriendo quién fuesen Periandro y Auristela, Antonio y Constanza, lo que no hacían por saber quién fuesen las tres damas francesas, que, desde el punto que las vieron, fueron dellos conocidas. Con esto, a más que medianas jornadas llegaron a Acquapendente, lugar cercano a Roma, a la entrada de la cual villa, adelantándose un poco Periandro y Auristela de

los demás, sin temor que nadie los escuchase ni oyese, Periandro habló a Auristela desta manera:

—Bien sabes, ¡oh señora!, que las causas que nos movieron a salir de nuestra patria y a dejar nuestro regalo fueron tan justas como necesarias. Ya los aires de Roma nos dan en el rostro, ya las esperanzas que nos sustentan nos bullen en las almas; ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce posesión esperada. Mira, señora, que será bien que des una vuelta a tus pensamientos, y, escudriñando tu voluntad, mires si estás en la entereza primera, o si lo estarás después de haber cumplido tu voto, de lo que yo no dudo, porque tu real sangre no se engendró entre promesas mentirosas ni entre dobladas trazas. De mí te sé decir, ¡oh hermosa Sigismunda!, que este Periandro que aquí ves es el Persiles que en la casa del rey, mi padre, viste; aquél, digo, que te dió palabra de ser tu esposo en los alcáceres de su padre, y te la cumplirá en los desiertos de Libia, si allí la contraria fortuna nos llevase.

Ibale mirando Auristela atentísimamente, maravillada de que Periandro dudase de su fe, y así le dijo:

—Sola una voluntad, ¡oh Persiles!, he tenido en toda mi vida, y ésa habrá dos años que te la entregué, no forzada, sino de mi libre albedrío; la cual tan entera y firme está agora, como el primer día que te hice señor della; la cual, si es posible que se aumente, se ha aumentado y crecido entre muchos trabajos que hemos pasado. De que

tú estés firme en la tuya, me mostraré tan agradecida, que, cumpliendo mi voto, haré que se vuelvan en posesión tus esperanzas. Pero dime: ¿qué haremos después que una misma coyunda nos ate y un mismo yugo oprima nuestros cuellos? Lejos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las ajenas, sin arrimo que sustente la yedra de nuestras incomodidades. No digo esto porque me falte el ánimo de sufrir todas las del mundo como esté contigo, sino dígolo porque cualquiera necesidad tuya me ha de quitar la vida. Hasta aquí, o poco menos de hasta aquí, padecía mi alma en sí sola; pero de aquí en adelante padeceré en ella y en la tuya, aunque he dicho mal en partir estas dos almas, pues no son más que una.

—Mira, señora —respondió Periandro—: como no es posible que ninguno fabrique su fortuna, puesto que dicen que cada uno es el artífice della, desde el principio hasta el cabo, así, yo no puedo responderte agora lo que haremos después que la buena suerte nos ajunte. Rómpase agora el inconveniente de nuestra división, que, después de juntos, campos hay en la tierra que nos sustenten, y chozas que nos recojan, y afos que nos encubran: que a gozarse dos almas que son una, como tú has dicho, no hay contentos con que igualarse, ni dorados techos que mejor nos alberguen. No nos faltará medio para que mi madre, la reina, sepa dónde estamos, ni a ella le faltará industria para socorrernos, y en tanto, esa cruz de diaman-

tes que tienes, y esas dos perlas inestimables comenzarán a darnos ayudas. Sino que temo que, al deshacernos dellas, se ha de deshacer nuestra máquina, porque ¿cómo se ha de creer que prendas de tanto valor se encubran debajo de una esclavina?

Y por venir dándoles alcance la demás compañía, cesó su plática, que fué la primera que habían hablado en cosas de su gusto, porque la mucha honestidad de Auristela, jamás dió ocasión a Periandro a que en secreto la hablase, y, con éste artificio y seguridad notable, pasaron la plaza de hermanos entre todos cuantos hasta allí los habían conocido; solamente en el desalmado y ya muerto Clodio pasó la malicia tan adelante, que llegó a sospechar la verdad.

Aquella noche llegaron una jornada antes de Roma, y en un mesón, adonde siempre les solía acontecer maravillas, les aconteció ésta, si es que así puede llamarse. Estando todos sentados a una mesa, la cual la solicitud del huésped y la diligencia de sus criados tenían abundantemente proveída, de un aposento del mesón salió un gallardo peregrino, con unas escribanías sobre el brazo izquierdo y un cartapacio en la mano, y, habiendo hecho a todos la debida cortesía, en lengua castellana dijo:

—Este traje de peregrino que visto, el cual trae consigo la obligación de que pida limosna el que lo trae, me obliga a que os la pida, y tan aventajada y tan nueva, que, sin darme joya alguna ni

prendas que lo valgan, me habéis de hacer rico. Yo, señores, soy un hombre curioso: sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad, Mercurio y Apolo; algunos años me he dado al ejercicio de la guerra, y algunos otros, y los más maduros, en el de las letras; en los de la guerra he alcanzado algún buen nombre, y por los de las letras he sido algún tanto estimado; algunos libros he impreso, de los ignorantes no condenados por malos, ni de los discretos han dejado de ser tenidos por buenos; y como la necesidad, según se dice, es maestra de avivar los ingenios, este mío, que tiene un no sé qué de fantástico e inventivo, ha dado en una imaginación algo peregrina y nueva, y es que a costa ajena quiero sacar un libro a luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, ajeno, y el provecho, mío. El libro se ha de llamar «Flor de aforismos peregrinos», conviene a saber, sentencias sacadas de la misma verdad, en esta forma: cuando, en el camino o en otra parte, topo alguna persona cuya experiencia muestre ser de ingenio y de prendas, le pido me escriba en este cartapacio algún dicho agudo, si es que le sabe, o alguna sentencia que lo parezca, y de esta manera tengo ajustados más de trescientos aforismos, todos dignos de saberse y de imprimirse, y no en nombre mío, sino de su mismo autor, que lo firmó de su nombre después de haberlo dicho. Esta es la limosna que pido, y la que estimaré sobre todo el oro del mundo.

—Dadnos, señor español —respondió Perian-

dro—, alguna muestra de lo que pedís, por quien nos guiemos; que, en lo demás, seréis servido como nuestros ingenios lo alcanzaren.

—Esta mañana —respondió el español— llegaron aquí, y pasaron de largo, un peregrino y una peregrina españoles, a los cuales, por ser españoles, declaré mi deseo, y ella me dijo que pusiese de mi mano —porque no sabía escribir— esta razón:

«Más quiero ser mala, con esperanza de ser buena, que buena con propósito de ser mala.»

Y díjome que firmase: La peregrina de Talavera. Tampoco sabía escribir el peregrino, y me dijo que escribiese:

«No hay carga más pesada que la mujer liviana.»

Y firmé por él: Bartolomé el Manchego. Deste modo son los aforismos que pido; y los que espero desta gallarda compañía serán tales, que realcen a los demás, y los sirvan de adorno y de esmalte.

—El caso está entendido —respondió Croriano—; y por mí —tomando la pluma al peregrino y el cartapacio—, quiero comenzar a salir desta obligación, y escribo:

«Más hermoso parece el soldado muerto en la batalla, que sano en la huida.»

Y firmó: Croriano. Luego tomó la pluma Periandro, y escribió:

«Dichoso es el soldado que, cuando está peleando, sabe que le está mirando su príncipe.»

Y firmó. Sucedióle el bárbaro Antonio, y escribió:

«La honra que se alcanza por la guerra, como se graba en láminas de bronce y con puntas de acero, es más firme que las demás honras.»

Y firmóse: Antonio el bárbaro. Y como allí no había más hombres, rogó el peregrino que también aquellas damas escribiesen, y fué la primera que escribió Ruperta, y dijo:

«La hermosura que se acompaña con la honestidad, es hermosa; y la que no, no es más que un buen parecer.»

Y firmó. Segundóla Auristela, y, tomando la pluma, dijo:

«La mejor dote que puede llevar la mujer principal, es la honestidad, porque la hermosura y la riqueza el tiempo la gasta, o la fortuna la deshace.»

Y firmó. A quien siguió Constanza, escribiendo:

«No por el suyo, sino por el parecer ajeno, ha de escoger la mujer el marido.»

Y firmó. Feliz Flora escribió también, y dijo:

«A mucho obligan las leyes de la obediencia forzosa; pero a mucho más las fuerzas del gusto.»

Y firmó. Y siguiendo Belarminia, dijo:

«La mujer ha de ser como el armiño, dejándose antes prender que enlodarse.»

Y firmó. La última que escribió fué la hermosa Deleasir, y dijo:

«Sobre todas las acciones de esta vida tiene imperio la buena o la mala suerte; pero más sobre los casamientos.»

Esto fué lo que escribieron nuestras damas y nuestros peregrinos, de lo que el español quedó agradecido y contento, y preguntándole Periandro si sabía algún aforismo de memoria de los que tenía allí escritos, le dijese, a lo que respondió que sólo uno diría, que le había dado gran gusto por la firma del que lo había escrito, que decía:

«No desees, y serás el más rico hombre del mundo.»

Y la firma decía: «Diego de Ratos, corcovado, zapatero de viejo en Tordesillas, lugar en Castilla la Vieja, junto a Valladolid.»

—¡Por Dios —dijo Antonio—, que la firma está larga y tendida, y que el aforismo es el más breve y compendioso que puede imaginarse! Porque está claro que lo que desea es lo que falta, y el que no desea, no tiene falta de nada, y así será el más rico del mundo.

Algunos otros aforismos dijo el español, que hicieron sabrosa la conversación y la cena. Sentóse el peregrino con ellos, y, en el discurso de la cena, dijo:

—No daré el privilegio de este mi libro a ningún librero en Madrid, si me da por él dos mil ducados; que allí no hay ninguno que no quiera los privilegios de balde, o, al menos, por tan poco precio, que no le luzga al autor del libro. Verdad es que tal vez suelen comprar un privilegio y imprimir un libro con quien piensan enriquecer, y pierden en él el trabajo y la hacienda; pero el de estos aforismos, escrito se lleva en la frente la bondad y la ganancia.

CAPÍTULO II

DEL CUARTO LIBRO

Bien podía intitular el libro del peregrino español: «Historia peregrina sacada de diversos autores», y dijera verdad, según habían sido e iban siendo los que la componían; y no les dió poco que reír la firma de Diego de Ratos, el zapatero de viejo, y aun también les dió que pensar el dicho de Bartolomé el manchego, que dijo que no había carga más pesada que la mujer liviana: señal que le debía de pesar ya la que llevaba en la moza de Talavera.

En esto fueron hablando otro día que dejaron al español moderno y nuevo autor de nuevos y exquisitos libros, y aquel mismo día vieron a Roma, alegrándoles las almas, de cuya alegría redundaba salud en los cuerpos. Alborozáronse los corazones de Periandro y de Auristela, viéndose tan cerca del fin de su deseo; los de Croriano y Ruperta, y los de las tres damas francesas, ansimismo, por el buen suceso que prometía el fin próspero de su viaje, entrando a la parte de este gusto los de Constanza y Antonio. Heríales el Sol por cenit, a cuya causa, puesto que está más apartado de la tierra

que en ninguna otra sazón del día, hiere con más calor y vehemencia; y, habiéndolos convidado una cercana selva que a su mano derecha se descubría, determinaron de pasar en ella el rigor de la siesta que los amenazaba, y aun quizá la noche, pues les quedaba lugar demasiado para entrar el día siguiente en Roma.

Hiciéronlo así, y, mientras más entraban por la selva adelante, la amenidad del sitio, las fuentes que de entre las hierbas salían, los arroyos que por ella cruzaban, los iban confirmando en su mismo propósito. Tanto habían entrado en ella, cuanto, volviendo los ojos, vieron que estaban ya encubiertos a los que por el real camino pasaban; y haciéndoles la variedad de los sitios variar en la imaginación cuál escogerían, según eran todos buenos y apacibles, alzó acaso los ojos Auristela y vió pendiente de la rama de un verde sauce un retrato, del grandor de una cuartilla de papel, pintado en una tabla no más, del rostro de una hermosísima mujer; y, reparando un poco en él, conoció claramente ser su rostro el del retrato, y, admirada y suspensa, se le enseñó a Periandro. A este mismo instante dijo Croriano que todas aquellas hierbas manaban sangre, y mostró los pies, en caliente sangre teñidos. El retrato, que luego descolgó Periandro, y la sangre que mostraba Croriano, los tuvo confusos a todos y en deseo de buscar así el dueño del retrato como el de la sangre. No podía pensar Auristela quién, dónde o cuándo pudiese haber sido sacado suros-

tro, ni se acordaba Periandro que el criado del duque de Nemurs le había dicho que, el pintor que sacaba los de las tres francesas damas, sacaría también el de Auristela, con no más de haberla visto; que, si de esto él se acordara, con facilidad diera en la cuenta de lo que no alcanzaba. El rastro que siguieron de la sangre llevó a Croriano y a Antonio, que le seguían hasta ponerlos entre unos espesos árboles que allí cerca estaban, donde vieron, al pie de uno, un gallardo peregrino sentado en el suelo, puestas las manos casi sobre el corazón, y todo lleno de sangre; vista que los turbó en gran manera, y más cuando, llegándose a él Croriano, le alzó el rostro, que sobre los pechos tenía derribado y lleno de sangre, y, limpiándosele con un lienzo, conoció, sin duda alguna, ser el herido el duque de Nemurs; que no bastó el diferente traje en que le hallaba para dejar de conocerle: tanta era la amistad que con él tenía. El duque herido, o a lo menos, el que parecía ser el duque, sin abrir los ojos, que con la sangre los tenía cerrados, con mal pronunciadas palabras, dijo:

—Bien hubieras hecho, ¡oh quienquiera que seas, enemigo mortal de mi descanso!, si hubieras alzado un poco más la mano y dándome en mitad del corazón; que allí sí que hallaras el retrato más vivo y más verdadero que el que me hiciste quitar del pecho y colgar en el árbol, porque no me sirviese de reliquias y de escudo en nuestra batalla.

Hallóse Constanza en este hallazgo, y como naturalmente era de condición tierna y compasiva, acudió a mirarle la herida y a tomarle la sangre, antes que a tener cuenta con las lastimosas palabras que decía. Casi otro tanto le sucedió a Periandro y a Auristela, porque la misma sangre les hizo pasar adelante a buscar el origen de donde procedía, y hallaron entre unos verdes y crecidos juncos tendido otro peregrino, cubierto casi todo de sangre, excepto el rostro, que descubierto y limpio tenía; y así, sin tener necesidad de limpiársele ni de hacer diligencias para conocerle, conocieron ser el príncipe Arnaldo, que más desmayado que muerto estaba. La primera señal que dió de vida, fué probarse a levantar, diciendo:

—No le llevarás, traidor, porque el retrato es mío, por ser el de mi alma; tú le has robado, y, sin haberte yo ofendido en cosa, me quieres quitar la vida.

Temblando estaba Auristela con la no pensada vista de Arnaldo; y, aunque las obligaciones que le tenía la impelían a que a él se llegase, no osaba, por la presencia de Periandro, el cual, tan obligado como cortés, asió de las manos del príncipe, y con voz no muy alta, por no descubrir lo que quizá el príncipe querría que se callase, le dijo:

—Volved en vos, señor Arnaldo, y veréis que estáis en poder de vuestros mayores amigos, y que no os tiene tan desamparado el cielo, que no os podáis prometer mejora de vuestra suerte.

Abrid los ojos, digo, y veréis a vuestro amigo Periandro y a vuestra obligada Auristela, tan deseosos de servirnos como siempre. Contadnos vuestra desgracia y todos vuestros sucesos, y prometeos de nosotros todo cuanto nuestra industria y fuerzas alcanzaren. Decidnos si estáis herido, y quién os hirió, y en qué parte, para que luego se procure vuestro remedio.

Abrió en esto los ojos Arnaldo, y, conociendo a los dos que delante tenía, como pudo, que fué con mucho trabajo, se arrojó a los pies de Auristela, puesto que abrazado también ha los de Periandro, que hasta en aquel punto guardó el decoro a la honestidad de Auristela, en la cual, puestos los ojos, dijo:

—No es posible que no seas tú, señora, la verdadera Auristela, y no imagen suya, porque no tendría ningún espíritu licencia ni ánimo para ocultarse debajo de apariencia tan hermosa. Auristela eres, sin duda, y yo, también sin ella, soy aquel Arnaldo que siempre ha deseado servirte; en tu busca vengo, porque, si no es parando en ti, que eres mi centro, no tendrá sosiego el alma mía.

En el tiempo que esto pasaba ya habían dicho a Croriano y a los demás el hallazgo del otro peregrino, y que daba también señales de estar mal herido; oyendo lo cual Constanza, habiendo tomado ya la sangre al duque, acudió a ver lo que había menester el segundo herido; y cuando conoció ser Arnaldo, quedó atónita y confusa, y supliendo su discreción, su sobresalto sin entrar en otras razo-

nes, le dijo le descubriese sus heridas, a lo que Arnaldo respondió con señalarle con la mano derecha el brazo izquierdo, señal de que allí tenía la herida. Desnudóle luego Constanza, y hallósele por la parte superior atravesado de parte a parte; tomóle luego la sangre, que aún corría, y dijo a Periandro cómo el otro herido que allí estaba era el duque de Nemurs, y que convenía llevarlos al pueblo más cercano, donde fuesen curados, porque el mayor peligro que tenían era la falta de la sangre. Al oír Arnaldo el nombre del duque se estremeció todo y dió lugar a que los fríos celos se entrasen hasta el alma por los calientes venas, casi vacías de sangre, y así dijo, sin mirar lo que decía:

—Alguna diferencia hay de un duque a un rey; pero en el estado del uno ni del otro, ni aun en el de todos los monarcas del mundo, cabe el merecer a Auristela.

Y añadió y dijo:

—No me lleven adonde llevaren al duque, que la presencia de los agraviadores no ayuda nada a las enfermedades de los agraviados.

Dos criados traía consigo Arnaldo y otros dos el duque, los cuales, por orden de sus señores, los habían dejado allí solos, y ellos se habían adelantado a un lugar allí cercano para tenerles aderezado alojamiento cada uno de por sí, porque aun no se conocían.

—Miren también —dijo Arnaldo— si en un árbol de éstos que están aquí a la redonda está pendiente un retrato de Auristela, sobre quien ha sido

la batalla que entre mí y el duque hemos pasado. Quítese, déseme, porque me cuesta mucha sangre, y de derecho es mío.

Casi esto mismo estaba diciendo el duque a Ruperta y a Croriano, y a los demás que con él estaban; pero a todos satisfizo Periandro, diciendo que él le tenía en su poder como en depósito, y que le volvería en mejor coyuntura a cuyo fuese.

—¿Es posible —dijo Arnaldo— que se puede poner en duda la verdad de que el retrato sea mío? ¿No sabe ya el cielo que desde el punto que vi el original le trasladé en mi alma? Pero téngale mi hermano Periandro, que en su poder no tendrán entrada los celos, las iras y las soberbias de sus pretensores; y llévenme de aquí, que me desmayo.

Luego acomodaron en que pudiesen ir los dos heridos, cuya vertida sangre, más que la profundidad de las heridas, les iba poco a poco quitando la vida; y así los llevaron al lugar donde sus criados les tenían el mejor alojamiento que pudieron, y hasta entonces no había conocido el duque ser el príncipe Arnaldo su contrario.

CAPÍTULO III

DEL CUARTO LIBRO

Invidiosas y corridas estaban las tres damas francesas de ver que en la opinión del duque estaba estimado el retrato de Auristela mucho más que ninguno de los suyos, que el criado que envió a retratarlas, como se ha dicho, les dijo que consigo los traía, entre otras joyas de mucha estima, pero que en el de Auristela idolatraba: razones y desengaño que les lastimó las almas: que nunca las hermosas reciben gusto, sino mortal pesadumbre, de que otras hermosuras iguallen a las suyas, ni aun que se les compare; porque la verdad, que comúnmente se dice, de que toda comparación es odiosa, en la de las bellezas viene a ser odiosísima, sin que amistades, parentescos, calidades y grandezas se opongán al rigor desta maldita invidia, que así puede llamarse la que encendía las comparadas hermosuras.

Dijo asimismo que viniendo el duque, su señor, desde París buscando a la peregrina Auristela, enamorado de su retrato, aquella mañana se había sentado al pie de un árbol con el retrato en las manos; así hablaba con el muerto como con

el original vivo, y que estando así había llegado el otro peregrino tan paso por las espaldas, que pudo bien oír lo que el duque con el retrato hablaba, sin que yo y otro compañero mío lo pudiésemos estorbar, porque estábamos algo desviados. En fin: corrimos a advertir al duque que le escuchaban; volvió el duque la cabeza, y vió al peregrino, el cual, sin hablar palabra, lo primero que hizo fué arremeter al retrato y quitársele de las manos al duque, que, como le cogió de sobresalto, no tuvo lugar de defenderle como él quisiera; y lo que le dijo fué, a lo menos lo que yo pude entender: «Salteador de celestiales prendas, no profanes con tus sacrílegas manos la que en ellas tienes. Deja esa tabla, donde está pintada la hermosura del cielo, así porque no la mereces como por ser ella mía.» «Eso no —respondió el otro peregrino—; y si desta verdad no puedo darte testigos, remitiré su falta a los filos de mi estoque, que en este bordón traigo oculto. Yo sí que soy el verdadero poseedor desta incomparable belleza, pues en tierras bien remotas de la que agora estamos la compré con mis tesoros y la adoré con mi alma, y he servido a su original con mi solicitud y con mis trabajos.» El duque, entonces, volviéndose a los otros, nos mandó con imperiosas razones los dejásemos solos y que viniésemos a este lugar, donde le esperásemos, sin tener osadía de volver solamente el rostro a mirarlos. Lo mismo mandó el otro peregrino a los dos que con él llegaron, que, según parece, también son sus

criados. Con todo esto, hurté algún tanto la obediencia a su mandamiento, y la curiosidad me hizo volver los ojos, y vi que el otro peregrino colgaba el retrato de un árbol, no porque puntualmente lo viese, sino porque lo conjeturé, viendo que luego, desenvainando del bordón que tenía un estoque, o a lo menos un arma que lo parecía, acometió a mi señor, el cual le salió a recibir con otro estoque que yo sé que en el bordón traía. Los criados de entrambos quisimos volver a departir la contienda; pero yo fuí de contrario parecer, diciéndoles que, pues era igual y entre dos solos, sin temor ni sospecha de ser ayudados de nadie, que los dejásemos y siguiésemos nuestro camino, pues en obedecerlos no errábamos, y en el volver quizá sí. Agora, sea lo que fuere, pues no sé si el buen consejo o la cobardía nos emperezó los pies y nos ató las manos, o si la lumbre de los estoques, hasta entonces aun no sangrientos, nos cegó los ojos, que no acertábamos a ver el camino que había desde allí al lugar de la pendencia, sino el que había al de este adonde ahora estamos. Llegamos aquí, hicimos el alojamiento con prisa, y, con más animoso discurso, volvíamos a ver lo que había hecho la suerte de nuestros dueños; hallámoslos cual habéis visto, donde, si vuestra llegada no los socorriera, bien sin provecho había sido la nuestra.

Esto dijo el criado, y esto escucharon las damas, y esto sintieron de manera como si fueran amantes verdaderas del duque, y, al mismo ins-

tante se deshizo en la imaginación de cada una la quimera y máquina, si alguna había hecho o levantado, de casarse con el duque; que ninguna cosa quita o borra el amor más presto de la memoria que el desdén en los principios de su nacimiento; que el desdén en los principios del amor tiene la misma fuerza que tiene el hambre en la vida humana: a la hambre y al sueño se rinde la valentía, y al desdén, los más gustosos deseos. Verdad es que esto suele ser en los principios; que, después que el amor ha tomado larga y entera posesión del alma, los desdenes y desengaños le sirven de espuelas para que con más ligereza corra a poner en efeto sus pensamientos.

Curáronse los heridos, y, dentro de ocho días, estuvieron para ponerse en camino y llegar a Roma, de donde habían venido cirujanos a verlos. En este tiempo, supo el duque cómo su contrario era príncipe heredero del reino de Dinamarca, y supo ansimismo la intención que tenía de escogerla por esposa. Esta verdad calificó en él sus pensamientos, que eran los mismos que los de Arnaldo. Parecióle que la que era estimada para reina lo podía ser para duquesa; pero entre estos pensamientos, entre estos discursos y imaginaciones se mezclaban los celos, de manera que le amargaban el gusto y le turbaban el sosiego. En fin: se llegó el día de su partida, y el duque y Arnaldo, cada uno por su parte, entró en Roma sin darse a conocer a nadie, y los demás peregrinos de nuestra compañía, llegando a la vista della, desde un alto

montecillo la descubrieron, y hincados de rodillas, como a cosa sacra, la adoraron, cuando de entre ellos salió una voz de un peregrino que no conocieron, que, con lágrimas en los ojos, comenzó a decir desta manera:

—¡Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta alma ciudad de Roma! A ti me inclino, devoto, humilde y nuevo peregrino, a quien admira ver belleza tanta.

Tu vista, que a tu fama se adelanta, al ingenio suspende, aunque divino; de aquel que a verte y adorarte vino con tierno afecto y con desnuda planta.

La tierra de tu suelo, que contemplo con la sangre de mártires mezclada, es la reliquia universal del suelo.

No hay parte en ti que no sirva de ejemplo de santidad, así como trazada de la ciudad de Dios al gran modelo.

Cuando acabó de decir este soneto, el peregrino se volvió a los circunstantes, diciendo:

—Habrás pocos años que llegó a esta santa ciudad un poeta español, enemigo mortal de sí mismo y deshonra de su nación, el cual hizo y compuso un soneto en vituperio desta insigne ciudad y de sus ilustres habitantes; pero la culpa de su lengua pagara su garganta, si le cogieran. Yo, no como poeta, sino como cristiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto el que habéis oído.

Rogóle Periandro que le repitiese; hízolo así, alabáronsele mucho, bajaron del recuesto, pasaron por los prados de Madama, entraron en Roma por la puerta del Populo, besando primero una y muchas veces los umbrales y márgenes de la entrada de la ciudad santa, antes de la cual llegaron

dos judíos a uno de los criados de Croriano y le preguntaron si toda aquella escuadra de gente tenía estancia conocida y preparada donde alojarse; si no, que ellos se la darían tal, que pudiesen en ella alojarse príncipes. «Porque habéis de saber, señor —dijeron—, que nosotros somos judíos; yo me llamo Zabulón, y mi compañero, Abiud; tenemos por oficio adornar casas de todo lo necesario según y como es la calidad del que quiere habitarlas, y allí llega su adorno, donde llega el precio que se quiere pagar por ellas.»

A lo que el criado respondió:

—Otro compañero mío desde ayer está en Roma, con intención que tenga preparado el alojamiento conforme a la calidad de mi amo y de todos aquellos que aquí vienen.

—Que me maten —dijo Abiud—, si no es éste el francés que ayer se contentó con la casa de nuestro compañero Manasés, que la tiene aderezada como casa real.

—Vamos, pues, adelante —dijo el criado de Croriano—, que mi compañero debe de estar por aquí esperando a ser nuestra guía, y cuando la casa que tuviere no fuera tal, nos encomendaremos a la que nos diere el señor Zabulón.

Con esto pasaron adelante, y a la entrada de la ciudad vieron los judíos a Manasés, su compañero, y con él al criado de Croriano, por donde vinieron en conocimiento que la posada que los judíos habían pintado era la rica de Manasés, y así, alegres y contentos, guiaron a nuestros peregrinos,

que estaba junto al arco de Portugal. Apenas entraron las francesas damas en la ciudad, cuando se llevaron tras sí los ojos de casi todo el pueblo, que, por ser día de estación, estaba llena aquella calle de Nuestra Señora del Populo de infinita gente; pero la admiración, que comenzó a entrar poco a poco en los que a las damas francesas miraban, se acabó de entrar mucho a mucho en los corazones de los que vieron a la sin par Auristela y a la gallarda Constanza, que a su lado iba bien así como van por iguales paralelos dos lucientes estrellas por el cielo. Tales iban, que dijo un romano que, a lo que se cree, debía de ser poeta:

—Yo apostaré que la diosa Venus, como en los tiempos pasados, vuelve a esta ciudad a ver las reliquias de su querido Eneas. Por Dios, que hace mal el señor gobernador de no mandar que se cubra el rostro desta movible imagen. ¿Quiere, por ventura, que los discretos se admiren, que los tiernos se deshagan y que los necios idolatren?

Con estas alabanzas, tan hipérboles como no necesarias, pasa adelante el gallardo escuadrón; llegó al alojamiento de Manasés, bastante para alojar a un poderoso príncipe y a un mediano ejército.

CAPÍTULO IV

DEL CUARTO LIBRO

Extendióse aquel mismo día la llegada de las damas francesas por toda la ciudad, con el gallardo escuadrón de los peregrinos; especialmente se divulgó la desigual hermosura de Auristela, encareciéndola, si no como ella era, a lo menos, cuanto podían las lenguas de los más discretos ingenios. Al momento se coronó la casa de los nuestros de mucha gente, que los llevaba la curiosidad y el deseo de ver tanta belleza junta, según se había publicado. Llegó esto a tanto extremo, que desde la calle pedían a voces se asomasen a las ventanas las damas y las peregrinas, que, reposando, no querían dejar verse. Especialmente clamaban por Auristela; pero no fué posible que se dejase ver ninguna dellas. Entre las demás gente que llegó a la puerta, llegaron Arnaldo y el duque, con sus hábitos de peregrinos, y, apenas se hubo visto el uno al otro, cuando a entrambos les temblaron las piernas y les palpi-

taron los pechos. Conociólos Periandro desde la ventana, díjosele a Croriano, y los dos juntos bajaron a la calle, para estorbar en cuanto pudiesen la desgracia que podían temer de dos tan celosos amantes. Periandro se pasó con Arnaldo, y Croriano con el duque, y, lo que Arnaldo dijo a Periandro, fué:

—Uno de los cargos mayores que Auristela me tiene, es el sufrimiento que tengo, consintiendo que este caballero francés, que dicen ser el duque de Nemurs, esté como en posesión del retrato de Auristela, que, puesto que está en tu poder, parece que es con voluntad suya, pues yo no le tengo en el mío. Mira, amigo Periandro; esta enfermedad que los amantes llaman celos, que la llamarán mejor desesperación rabiosa, entran a la parte con ella la invidia y el menosprecio, y cuando una vez se apodera del alma enamorada, no hay consideración que la sosiegue ni remedio que la valga; y aunque son pequeñas las causas que la engendran, los efectos que hace son tan grandes, que, por lo menos, quitan el seso, y por lo más menos, la vida: que mejor es el amante celoso el morir desesperado, que vivir con celos; y, el que fuere amante verdadero, no ha de tener atrevimiento para pedir celos a la cosa amada; y puesto que llegue a tanta perfección que no los pida, no puede dejarlos de pedir a sí mismo, digo, a su misma ventura, de la cual es imposible vivir seguro, porque las cosas de mucho precio y valor tienen en continuo

temor al que las posee o al que las ama de perderlas, y ésta es una pasión que no se aparta del alma enamorada, como accidente inseparable. Aconséjote, ¡oh amigo Periandro!, si es que puede dar consejo quien no le tiene para sí, que consideres que soy rey, y que quiero bien, y que por mil experiencias estás satisfecho y enterado de que cumpliré con las obras cuanto con palabras he prometido de recibir a la sin par Auristela, tu hermana, sin otra dote que la grande que ella tiene en su virtud y hermosura, y que no quiero averiguar la nobleza de su linaje, pues está claro que no había de negar Naturaleza los bienes de la fortuna a quien tantos dió de sí misma. Nunca en humildes sujetos, o pocas veces, hace su asiento virtudes grandes, y la belleza del cuerpo muchas veces es indicio de la belleza del alma; y, para reducirme a un término, sólo te digo lo que otras veces te he dicho: que adoro Auristela, ora sea de linaje del cielo, ora de los ínfimos de la tierra; y, pues, ya está en Roma, adonde ella ha librado mis esperanzas, sé tú, ¡oh hermano mío!, parte para que me las cumpla, que desde aquí parto mi corona y mi reino contigo, y no permitas que yo muera escarnido deste duque ni menospreciado de la que adoro.

A todas estas razones, ofrecimientos y promesas, respondió Periandro diciendo:

—Si mi hermana tuviera culpa en las causas que este duque ha dado a tu enojo, si no la cas-

tigara, a lo menos, la riñera: que para ella fuera un gran castigo; pero como sé que no la tiene, no tengo que responderte. En esto de haber librado tus esperanzas en su venida a esta ciudad, como no sé adónde llegan las que te he dado, no sé qué responderte. De los ofrecimientos que me haces y me has hecho, estoy tan agradecido como me obliga el ser tú el que los haces, y yo a quien se hacen; porque con humildad sea dicho, ¡oh valeroso Arnaldo!, quizá esta pobre muçeta de peregrino sirve de nube, que, por pequeña que sea, suele quitar los rayos al Sol. Y por agora sosiégate, que ayer llegamos a Roma, y no es posible que en tan breve espacio se hayan fabricado discursos, dado trazas y levantado quimeras que reduzgan nuestras acciones a los felices fines que deseamos. Huye en cuanto te fuere posible de encontrarte con el duque, porque un amante desdeñado y flaco de esperanzas, suele tomar ocasión del despecho para fabricarlas, aunque sea en daño de lo que bien quiere.

Arnaldo le prometió que así lo haría, y le ofreció prendas y dineros para sustentar la autoridad y el gasto, así el suyo como el de las damas francesas. Diferente fué la plática que tuvo Croriano con el duque, pues toda se resolvió en que había de cobrar el retrato de Auristela, o había de confesar Arnaldo no tener parte en él; pidió también a Croriano fuese intercesor con Auristela le recibiese por esposo, pues su estado no era inferior al de Arnaldo, ni en la sangre

le hacía ventaja ninguna de las más ilustres de Europa; en fin: él se mostró algo arrogante y algo celoso, como quien tan enamorado estaba. Croriano se lo ofreció ansimismo, y quedó darle la respuesta que dijese Auristela al proponerle la ventura que se le ofrecía de recibirle por esposo.

CAPÍTULO V

DEL CUARTO LIBRO

De esta manera los dos contrarios celosos y amantes, cuyas esperanzas tenían fundadas en el aire, se despidieron, el uno de Periandro y el otro de Croriano, quedando ante todas cosas de reprimir sus ímpetus y disimular sus agravios, a lo menos hasta tanto que Auristela se declarase, de la cual cada uno esperaba que había de ser en su favor, pues al ofrecimiento de un reino y al de un estado tan rico como el del duque, bien se podía pensar que había de titubear cualquier firmeza, y mudarse el propósito de escoger otra vida, por ser muy natural el amarse las grandezas y apetecerse la mejoría de los estados; especialmente suele ser este deseo más vivo en las mujeres. De todo esto estaba bien descuidada Auristela, pues todos sus pensamientos por entonces no se extendían a más que de enterarse en las verdades que a la salvación de su alma convenían: que, por haber nacido en partes tan remotas, y en tierras adonde la verdadera fe católica no está en el punto tan perfecto como se requiere, tenía necesidad de acrisolarla en su verdadera oficina. Al apartarse Periandro

de Arnaldo, llegó a él un hombre español, y le dijo:

—Según traigo las señas, si es que vuesa merced es español, para vuesa merced viene esta carta.

Púsole una en las manos, cerrada, cuyo sobre escrito decía: «Al ilustre señor Antonio de Villaseñor, por otro nombre llamado el bárbaro.» Preguntóle Periandro que quién le había dado aquella carta. Respondióle el portador que un español que estaba preso en la cárcel que llaman Torre de Nona, y, por lo menos, condenado a ahorcar por homicida, él y otra su amiga, mujer hermosa, llamada la Talaverana. Conoció Periandro los nombres, y casi adivinó sus culpas, y respondió:

—Esta carta no es para mí, sino para este peregrino que hacia acá viene.

Y fué porque en aquel instante llegó Antonio, a quien Periandro dió la carta, y apartándose los dos a una parte, la abrió, y vió que así decía:

«Quien en mal anda, en mal para; de dos pies, aunque el uno esté sano, si el otro está cojo, tal vez cojea: que las malas compañías no pueden enseñar buenas costumbres. La que yo travé con la Talaverana, que no debiera, me tiene a mí y a ella sentenciados de remate para la horca. El hombre que la sacó de España la halló aquí, en Roma, en mi compañía; recibió pesadumbre dello: asentóle la mano en mi presencia, y yo, que no soy amigo de burlas ni de recibir agravios, sino

de quitarlos, volví por la moza, y a puros palos maté a su agraviador. Estando en la fuga de esta pendencia, llegó otro peregrino, que por el mismo estilo comenzó a tomarme la medida de las espaldas; dice la moza que conoció que el que me apaleaba era un su marido, de nación polaco, con quien se había casado en Talavera; y temiéndose que, en acabando conmigo, había de comenzar por ella, porque le tenía agraviado, no hizo más de echar mano a un cuchillo, de dos que traía consigo siempre en la vaina, y, llegándose a él bonitamente, se le clavó por los riñones, haciéndole tales heridas, que no tuvieran necesidad de maestro. En efeto: el amigo a palos y el marido a puñaladas, en un instante concluyeron la carrera mortal de su vida. Prendiéronnos al mismo punto, y trajéronnos a esta cárcel, donde quedamos muy contra nuestra voluntad; tomáronnos la confesión; confesamos nuestro delito, porque no le podíamos negar, y con esto ahorramos el tormento que aquí llaman tortura. Sustancióse el proceso, dándose más prisa a ello de la que quisiéramos; ya está concluso, y nosotros sentenciados a destierro, sino que es desta vida para la otra. Digo, señor, que estamos sentenciados a ahorcar, de lo que está tan pesarosa la Talaverana, que no lo puede llevar en paciencia, la cual besa a vuesa merced las manos, y a mi señora Constanza, y del señor Periandro, y a mi señora Auristela, y dice que ella se holgara de estar libre para ir a besárselas a vuestas mercedes a sus casas. Dice tam-

bién que, si la sin par Auristela pone aldas en cinta, y quiere tomar a su cargo nuestra libertad, que le será fácil, porque ¿qué pedirá su grande hermosura que no lo alcance, aunque la pida a la dureza misma? Y añade más, y es que, si vuestras mercedes no pudieren alcanzar el perdón, a lo menos, procuren alcanzar el lugar de la muerte, y que, como ha de ser en Roma, sea en España; porque está informada la moza que aquí no llevan los ahorcados con la autoridad conveniente, porque van a pie, y apenas los ve nadie; y así, apenas hay quien les rece una avemaría, especialmente si son españoles los que ahorcan; y ella querría, si fuese posible, morir en su tierra y entre los suyos, donde no faltaría algún pariente que de compasión le cerrase los ojos. Yo también digo lo mismo, porque soy amigo de acomodarme a la razón, porque estoy tan mohino en esta cárcel, que, a truco de excusar la pesadumbre que me dan las chinchas en ella, tomaría por buen partido que me sacasen a ahorcar mañana. Y advierto a vuestra merced, señor mío, que los jueces desta tierra no desdican nada de los de España: todos son cortesés y amigos de dar y recibir cosas justas, y que, cuando no hay parte que solicite la justicia, no dejan de llegarse a la misericordia, la cual, si reina en todos los valerosos pechos de vuestras mercedes, que sí debe de reinar, sujeto hay en nosotros en que se muestre, pues estamos en tierra ajena, presos en la cárcel, comidos de chinchas y de otros animales inmundos, que son mu-

chos por pequeños, y enfadan como si fuesen grandes. Y, sobre todo, nos tienen ya en cueros y en la quinta esencia de la necesidad solicitadores, procuradores y escribanos, de quien Dios Nuestro Señor nos libre por su infinita bondad. Amén.

»Aguardando la respuesta quedamos, con tanto deseo de recibirla buena como le tienen los cigoñinos en la torre esperando el sustento de sus madres.»

Y firmaba: «El desdichado Bartolomé Manchego».

En extremo dió la carta gusto a los dos que la habían leído, y en extremo los fatigó su afición, y luego, diciéndole al que la había llevado dijese al preso que se consolase y tuviese esperanza de su remedio, porque Auristela y todos ellos, con todo aquello que dádivas y promesas pudiesen, le procurarían, y al punto fabricaron las diligencias que habían de hacerse. La primera fué que Croriano hablase al embajador de Francia, que era su pariente y amigo, para que no se ejecutase la pena tan presto, y diese lugar el tiempo a que le tuviesen los ruegos y las solicitudes; determinó también Antonio de escribir otra carta, en respuesta de la suya, a Bartolomé, con que de nuevo se renovase el gusto que les había dado la suya; pero, comunicando este pensamiento con Auristela y con su hermana Constanza, fueron las dos de parecer que no se la escribiese, porque a los afligidos no se ha de añadir aflicción, y podría ser

que tomasen las burlas por veras y se afligiesen con ellas. Lo que hicieron, dejar todo el cargo de aquella negociación sobre los hombros y diligencia de Croriano, y en las de Ruperta, su esposa, que se lo rogó ahincadamente, y en seis días ya estaban en la calle Bartolomé y la Talaverana: que adonde interviene el favor y las dádivas, se allanan los riscos y se deshacen las dificultades.

En este tiempo, le tuvo Auristela de informarse de todo aquello que a ella le parecía que le faltaba por saber de la fe católica; a lo menos, de aquello que en su patria escuramente se platicaba. Halló con quien comunicar su deseo por medio de los penitenciaros, con quien hizo confesión entera, verdadera y llana, y quedó enseñada y satisfecha de todo lo que quiso, porque los tales penitenciaros, en la mejor forma que pudieron, le declararon todos los principales y más convenientes misterios de nuestra fe. Comenzaron desde la invidia y soberbia de Lucifer, y de su caída con la tercera parte de las estrellas, que cayeron con él en los abismos; caída que dejó vacas y vacías las sillas del cielo, que las perdieron los ángeles malos por su necia culpa. Declaráronle el medio que Dios tuvo para llevar estos asientos, criando al hombre, cuya alma es capaz de la gloria que los ángeles malos perdieron. Discurrieron por la verdad de la creación del hombre y del mundo y por el misterio sagrado y amoroso de la Encarnación, y con razones sobre la razón misma, bosquejaron el profundísimo misterio de la Santísima Trinidad.

Contaron cómo convino que la segunda persona de las tres, que es la del Hijo, se hiciese hombre, para que, como hombre, Dios pagase por el hombre, y Dios pudiese pagar como Dios, cuya unión hipostática sólo podía ser bastante para dejar a Dios satisfecho de la culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se había de satisfacer, y el hombre, finito por sí, no podía, y Dios, en sí solo, era incapaz de padecer; pero, juntos los dos, llegó el caudal a ser infinito, y así lo fué la paga. Mostráronle la muerte de Cristo, los trabajos de su vida desde que se mostró en el pesebre hasta que se puso en la Cruz. Exageráronle la fuerza y eficacia de los Sacramentos, y señalaron con el dedo la segunda tabla de nuestro naufragio, que es la penitencia, sin la cual no hay abrir la senda del cielo, que suele cerrar el pecado. Mostráronle asimismo a Jesucristo, Dios vivo, sentado a la diestra del Padre, estando tan vivo y entero como en el cielo, sacramentado en la tierra, cuya santísima presencia no la puede dividir ni apartar ausencia alguna, porque uno de los mayores atributos de Dios, que todos son iguales, es el estar en todo lugar, por potencia, por esencia y por presencia. Aseguráronle infaliblemente la venida deste Señor a juzgar el mundo sobre las nubes del cielo, y asimismo la estabilidad y firmeza de su Iglesia, contra quien pueden poco las puertas o, por mejor decir, las fuerzas del infierno. Trataron del poder del sumo Pontífice, visorrey de Dios en la tierra y llavero del cielo. Finalmente, no les quedó por

decir cosa que vieron que convenía para darse a entender y para que Auristela y Periandro los entendiesen. Estas liciones así alegraron sus almas, que las sacó de sí mismas y se las llevó a que paseasen los cielos, porque sólo en ellos pusieron sus pensamientos.

CAPÍTULO VI

DEL CUARTO LIBRO

Con otros ojos se miraron de allí adelante Auristela y Periandro; a lo menos, con otros ojos miraba Periandro a Auristela, pareciéndole que ya ella había cumplido el voto que la trajo a Roma, y que podía, libre y desembarazadamente, recibirle por esposo. Pero si medio gentil amaba Auristela la honestidad, después de catequizada la adoraba, no porque viese iba contra ella en casarse, sino por no dar indicios de pensamientos blandos sin que precediesen antes o fuerzas o ruegos. También estaba mirando si por alguna parte le descubría el cielo alguna luz que le mostrase lo que había de hacer después de casada, porque pensar volver a su tierra lo tenía por temeridad y por disparate, a causa que el hermano de Periandro, que la tenía destinada para ser su esposa, quizá, viendo burladas sus esperanzas, tomaría en ella y en su hermano Periandro venganza de su agravio. Estos pensamientos y temores la traían algo flaca y algo pensativa.

Las damas francesas visitaron los templos y an-

duvieron las estaciones con pompa y majestad, porque Croriano, como se ha dicho, era pariente del embajador de Francia, y no les faltó cosa que para mostrar ilustre decoro fuese necesaria, llevando siempre consigo Auristela y a Constanza, y ninguna vez salían de casa que no las seguía casi la mitad del pueblo de Roma. Y sucedió que, pasando un día por una calle que se llama Bancos, vieron en una pared bella un retrato entero, de pies a la cabeza, aunque partida por medio la corona, y a los pies un mundo, sobre el cual estaba puesta, y apenas la hubieran visto cuando conocieron ser el rostro de Auristela, tan al vivo dibujado, que no les puso en duda de conocerla. Preguntó Auristela, admirada, cuyo era aquel retrato, y si se vendía acaso. Respondióle el dueño —que, según después se supo, era un famoso pintor— que él vendía aquel retrato, pero no sabía de quién fuese; sólo sabía que otro pintor, su amigo, se le había hecho copiar en Francia, el cual le había dicho ser de una doncella extranjera que en hábitos de peregrina pasaba a Roma.

—¿Qué significa —respondió Auristela— haberla pintado con corona en la cabeza y los pies sobre aquella esfera, y más estando la corona partida?

—Eso, señora —dijo el dueño—, son fantasías de pintores o caprichos, como los llamen; quizá quieren decir que esta doncella merece llevar la corona de hermosura que ella va hollando en aquel mundo; pero yo quiero decir que dice que vos,

señora, sois su original, y que merecéis corona entera, y no mundo pintado, sino real y verdadero.

—¿Qué pedís por el retrato? —preguntó Constanza.

A lo que respondió el dueño:

—Dos peregrinos están aquí, que el uno dellos me ha ofrecido mil escudos de oro, y el otro dice que no le dejará por ningún dinero. Yo no he concluído la venta por parecerme que se están burlando, porque la exorbitancia del ofrecimiento me hace estar en duda.

—Pues no lo estéis —replicó Constanza—, que esos dos peregrinos, si son los que yo imagino, bien pueden doblar el precio y pagaros a toda vuestra satisfacción.

Las damas francesas, Ruperta, Croriano y Periandro quedaron atónitos de ver la verdadera imagen del rostro de Auristela en el del retrato. Cayó la gente que el retrato miraba en que parecía al de Auristela, y poco a poco comenzó a salir una voz, que todos y cada uno de por sí afirmaba:

—Este retrato que se vende es el mismo de esta peregrina que va en este coche; ¿para qué queremos ver al traslado, sino al original?

Y así, comenzaron a rodear el coche, que los caballos no podían ir adelante ni volver atrás, por lo cual dijo Periandro:

—Auristela, hermana, cúbrase el rostro con algún velo, porque tanta luz ciega y no nos deja ver por dónde caminamos.

Hízolo así Auristela, y pasaron adelante; pero no por esto dejó de seguirlos mucha gente, que esperaban a que se quitase el velo para verla como deseaba. Apenas se hubo quitado de allí el coche, cuando se llegó al dueño del retrato Arnaldo, en sus hábitos de peregrino, y dijo:

—Yo soy el que os ofrecí los mil escudos por este retrato; si le queréis dar, traedle, y venidos conmigo, que yo os los daré luego de oro en oro.

A lo que otro peregrino, que era el duque de Nemurs, dijo:

—No reparéis, hermano, en precio, sino veníos conmigo, y proponed en vuestra imaginación el que quisiéredes, que yo os le daré luego de contado.

—Señores —respondió el pintor—, concertaos los dos en cuál le ha de llevar, que yo no me desconcertaré en el precio, puesto que pienso que antes me habéis de pagar con el deseo que con la obra.

A estas pláticas estaba atenta mucha gente, esperando en qué había de parar aquella compra, porque ver ofrecer millaradas de ducados a dos, al parecer, pobres peregrinos, parecíales cosa de burla. En esto dijo el dueño:

—El que le quisiere, deme señal y guíe, que yo ya le descuelgo para llevársele.

Oyendo lo cual, Arnaldo puso la mano en el seno, y sacó una cadena de oro, con una joya de diamantes que de ella pendía, y dijo:

—Tomad esta cadena, que, con esta joya, vale más de dos mil escudos, y traedme el retrato.

—Esta vale diez mil —dijo el duque, dándole una de diamantes al dueño del retrato—, y traédmele a mi casa.

—¡Santo Dios! —dijo uno de los circunstantes—. ¿Qué retrato puede ser éste, qué hombre éstos y qué joyas éstas? Cosa de encantamento parece aquésta; por eso os aviso, hermano pintor, que deis un toque a la cadena y hagáis experiencia de la fineza de las piedras, antes que deis vuestra hacienda, que podría ser que la cadena y las joyas fuesen falsas, porque el encarecimiento que de su valor han hecho bien se puede sospechar.

Enojáronse los príncipes; pero, por no echar más en la calle sus pensamientos, consintieron en que el dueño del retrato se enterase en la verdad del valor de las joyas. Andaba revuelta toda la gente de Bancos, unos admirando el retrato, otros preguntando quién fuesen los peregrinos, otros mirando las joyas y todos atentos, esperando en quién había de quedar con el retrato, porque les parecía que estaban de parecer los dos peregrinos de no dejarle por ningún precio; diérale el dueño por mucho menos de lo que le ofrecían, si se le dejaran vender libremente. Pasó en esto por Bancos el gobernador de Roma, oyó el murmurio de la gente, preguntó la causa, vió el retrato, y vió las joyas; y, pareciéndole ser prendas de más que de ordinarios peregrinos, esperando descubrir algún secreto, las hizo depositar y llevar el retrato a su casa y prender a los peregrinos.

Quedóse el pintor confuso, viendo menoscaba-

das sus esperanzas y su hacienda en poder de la justicia, donde jamás entró alguna que, si saliese, fuese con aquel lastre con que había entrado. Acudió el pintor a buscar a Periandro y a contarle todo el suceso de la venta, y del temor que tenía no se quedase el gobernador con el retrato, el cual, de un pintor que le había retratado en Portugal de su original, le había él comprado en Francia, cosa que le pareció a Periandro posible, por haber sacado otros muchos en el tiempo que Auristela estuvo en Lisboa. Con todo eso, le ofreció por él cien escudos, con que quedase a su riesgo el cobrar. Contentóse el pintor, y aunque fué tan grande la baja de ciento a mil, lo tuvo por bien vendido y mejor pagado.

Aquella tarde, juntándose con otros españoles peregrinos, fué a andar las siete iglesias, entre las cuales peregrinos acertó a encontrarse con el poeta que dijo el soneto al descubrirse Roma; conociéronse y abrazáronse, y preguntáronse de sus vidas y sucesos. El poeta peregrino le dijo que el día antes le había sucedido una cosa digna de contarse por admirable, y fué que, habiendo tenido noticia de que un monseñor clérigo de la Cámara, curioso y rico, tenía un museo el más extraordinario que había en el mundo, porque no tenía figuras de personas que efectivamente hubiesen sido ni entonces lo fuesen, sino unas tablas preparadas para pintarse en ellas los personajes ilustres que estaban por venir, especialmente los que habían de ser en los venideros siglos poetas famosos, entre las cua-

les tablas había visto dos, que en el principio de ellas estaba escrito en la una «Torcuato Tasso», y más abajo un poco decía *Jerusalén, libertada*; en la otra estaba escrito «Zárate», y más abajo, *Cruz y Constantino*. «Preguntéle al que me las enseñaba qué significaban aquellos nombres. Respondióme que se esperaba que presto se había de descubrir en la tierra la luz de un poeta, que se había de llamar Torcuato Tasso, el cual había de cantar Jerusalén recuperada con el más heroico y agradable plectro que hasta entonces ningún poeta hubiese cantado; y que casi luego le había de suceder un español llamado Francisco López Duarte, cuya voz de llenar las cuatro partes de la tierra, y cuya armonía había de suspender los corazones de las gentes, contando la invención de la Cruz de Cristo, con las guerras del emperador Constantino; poema verdaderamente heroico y religioso, y digno del nombre del poema.»

A lo que replicó Periandro:

—Duro se me hace de creer que de tan atrás se tome el cargo de aderezar las tablas donde se hayan de pintar los que están por venir, que, en efeto, en esta ciudad, cabeza del mundo, están otras maravillas de mayor admiración. ¿Y habrá otras tantas aderezadas para más poetas venideros? —preguntó Periandro.

—Sí —respondió el peregrino—; pero no quise detenerme a leer los títulos, contentándome con los dos primeros; pero así, a bulto, miré tantos, que me doy a entender que la edad, cuando éstos ven-

gan, que, según me dijo el que me guiaba, no puede tardar, ha de ser grandísima la cosecha de todo género de poetas. Encamínelo Dios como él fuere más servido.

—Por lo menos —respondió Periandro—, el año que es abundante de poesía, suele serlo de hambre; porque dámele poeta, y dártelo he pobre, si ya la naturaleza no se adelanta a hacer milagros; y síguese la consecuencia: hay muchos poetas, luego hay muchos pobres; hay muchos pobres, luego caro es el año.

En esto iban hablando el peregrino y Periandro, cuando llegó a ellos Zabulón el judío, y dijo a Periandro que aquella tarde le quería llevar a ver a Hipólita la Ferraresa, que era una de las hermosas mujeres de Roma y aun de toda Italia. Respondióle Periandro que iría de muy buena, lo cual no le respondiera si, como le informó de la hermosura, le informara de la calidad de su persona; porque la alteza de la honestidad de Periandro no se abalanzaba ni abatía a cosas bajas, por hermosas que fuesen, que en esto la naturaleza había hecho iguales y formado en una misma turquesa a él y a Auristela, de la cual se recató para ir a ver a Hipólita, a quien el judío le llevó más por engaño que por voluntad: que tal vez la curiosidad hace tropezar y caer de ojos al más honesto recato.

CAPÍTULO VII

DEL CUARTO LIBRO

Con la buena crianza, con los ricos ornamentos de la persona, y con los aderezos y pompa de la casa, se cubren muchas faltas; porque no es posible que la buena crianza ofenda, ni el rico ornato enfade, ni el aderezo de la casa no contente. Todo esto tenía Hipólita, dama cortésana, que en riquezas podía competir con la antigua Flora, y en cortesía, con la misma buena crianza. No era posible que fuese estimada en poco de quien la conocía, porque con la hermosura encantaba, con la riqueza se hacía estimar, y con la cortesía, si así se puede decir, se hacía adorar. Cuando el amor se viste de estas tres calidades, rompe los corazones de bronce, abre las bolsas de hierro y rinde las voluntades de mármol; y mas si a estas tres cosas se les añade el engaño y la lisonja, atributos convenientes para las que quieren mostrar a la luz del mundo sus donaires. ¿Hay, por ventura, entendimiento tan agudo en el mundo, que, estando mirando una de estas hermosas que pinto, dejando a una parte las de su belleza, se ponga a discurrir las de su

humilde trato? La hermosura, en parte ciega, y en parte alumbra: tras la que ciega, corre el gusto; tras la que alumbra, el pensar en la enmienda. Ninguna de estas cosas consideró Periandro al entrar en casa de Hipólita; pero como tal vez sobre descuidados cimientos suele levantar amor sus máquinas, ésta sin pensamiento alguno se fabricó, no sobre la voluntad de Periandro, sino en la de Hipólita; que, con estas damas que suelen llamar del vicio, no es menester trabajar mucho para dar con ellas, donde se arrepientan sin arrepentirse.

Ya había visto Hipólita a Periandro en la calle, y ya le había hecho movimientos en el alma su bizarría, su gentileza, y, sobre todo, el pensar que era español, de cuya condición se prometía dádivas imposibles y concertados gustos; y estos pensamientos los había comunicado con Zabulón, y rogádole se lo trajese a casa, la cual tenía tan aderezada, tan limpia y tan compuesta, que más parecía que esperaba ser tálamo de bodas que acogimiento de peregrinos. Tenía la señora Hipólita —que con este nombre la llamaban en Roma, como si lo fuera— un amigo llamado Pirro Calabres, hombre acuchillador, impaciente, facinoroso, cuya hacienda libraba en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos y en los engaños de Hipólita, que muchas veces con ellos alcanzaba lo que quería, sin rendirse a nadie; pero en lo que más Pirro aumentaba su vida, era en la diligencia de sus pies, que lo estimaba en

más que las manos; y de lo que él más se preciaba, era de traer siempre asombrada a Hipólita en cualquiera condición que se le mostrase, ora fuese amorosa, ora fuese áspera; que nunca les falta a estas palomas duendas milanos que las persigan ni pájaros que las despedacen; ¡miserable trato de esta mundana y simple gente! Digo, pues, que este caballero, que no tenía de serlo más que el nombre, se halló en casa de Hipólita al tiempo que entraron en ella el judío y Periandro. Apartóle aparte Hipólita, y díjole:

—Vete con Dios, amigo, y llévate esta cadena de oro de camino que este peregrino me envió con Zabulón esta mañana.

—Mira lo que haces, Hipólita —respondió Pirro—, que, a lo que se me trasluce, este peregrino es español; y soltar él de su mano, sin haber tocado la tuya, esta cadena, que debe de valer cien escudos, gran cosa me parece, y mil temores me sobresaltan.

—Llévate tú, ¡oh Pirro!, la cadena, y déjame a mí el cargo de sustentarla y de no volverla, a pesar de todas sus españolerías.

Tomó la cadena, que le dió Hipólita, Pirro, que para el efeto le había hecho comprar aquella mañana, y, sellándole la boca con ella, más que de paso le hizo salir de casa. Luego, Hipólita, libre y desembarazada de su corma, suelta de sus grillos, se llegó a Periandro, y, sin desenfado y con donaire, lo primero que hizo fué echarle los brazos al cuello, diciéndole:

—En verdad, que tengo que ver si son tan valientes los españoles como tienen la fama.

Cuando Periandro vió aquella desenvoltura, creyó que toda la casa se le había caído a cuestras; y, poniéndole la mano delante el pecho a Hipólita, la detuvo y la apartó de sí, y le dijo:

—Estos hábitos que visto, señora Hipólita, no permiten ser profanados, o, a lo menos, yo no lo permitiré en ninguna manera; y los peregrinos, aunque sean españoles, no están obligados a ser valientes cuando no les importa; pero mirad vos, señora, en qué queréis que muestre mi valor, sin que a los dos perjudique, y seréis obedecida, sin replicaros en nada.

—Paréceme —respondió Hipólita—, señor peregrino, que ansí los sois en el alma como en el cuerpo; pero, pues, según decís que haréis lo que os dijere, como a ninguno de los dos perjudique, entraos conmigo en esta cuadra, que os quiero enseñar una lonja y un camarín mío.

A lo que respondió Periandro:

—Aunque soy español, soy algún tanto medroso, y más os temo a vos sola que a un ejército de enemigos. Haced que nos haga otro la guía, y llevadme do quisiéredes.

Llamó Hipólita a dos doncellas suyas y a Zabalón el judío, que a todo se halló presente, y mandóles que guiasen a la lonja. Abrieron la sala, y, a lo que después Periandro dijo, estaba la más bien aderezada que pudiese tener algún príncipe rico y curioso en el mundo. Parrasio,

Polignoto, Apeles, Ceuxis y Timantes, tenían allí lo perfecto de sus pinceles, comprado con los tesoros de Hipólita, acompañados de los del devoto Rafael de Urbino, y de los del divino Micael Angelo: riquezas donde las de un gran príncipe deben y pueden mostrarse. Los edificios reales, los alcázares soberbios, los templos magníficos y las pinturas valientes, son propias y verdaderas señales de la magnanimidad y riqueza de los príncipes; prendas, en efeto, contra quien Tiempo apresura sus alas y apresta su carrera, como a émulas suyas, que, a su despecho, están mostrando la magnificencia de los pasados siglos. ¡Oh Hipólita, sólo buena por esto! Si entre tantos retratos que tienes tuvieras uno de tu buen trato, y dejaras en el suyo a Periandro, que, asombrado, atónito y confuso, andaba mirando en qué había de parar la abundancia que en la lonja veía en una limpísima mesa, que de cabo a cabo la tomaba la música que de diversos géneros de pájaros en riquísimas jaulas estaban, haciendo una confusa, pero agradable armonía. En fin, a él le pareció que todo cuanto había oído decir de los huertos Esperideos, de los de la maga Falerina, de los pensiles famosos, ni de todos los otros que por fama fuesen conocidos en el mundo, no llegaban al adorno de aquella sala y de aquella lonja. Pero como él andaba con el corazón sobresaltado, que bien haya su honestidad, que se le aprensaba entre dos tablas, no se le mostraban las cosas como ellas eran; antes, cansa-

do de ver cosas de tanto deleite, y enfadado de ver que todas ellas se encaminaban contra su gusto, dando de mano a la cortesía, probó a salirse de la lonja, y se saliera si Hipólita no se lo estorbara, de manera que le fué forzoso mostrar con las manos ásperas palabras algo descorteses. Trabó de la esclavina de Periandro, y, abriéndole el jubón, le descubrió la cruz de diamantes, que de tantos peligros hasta allí había escapado, y así deslumbró la vista a Hipólita, como el entendimiento, la cual, viendo que se le iba, a despecho de su blanda fuerza, dió en un pensamiento que, si le supiera revalidar y apoyar algún tanto mejor, no le fuera bien dello a Periandro; el cual, dejando la esclavina en poder de la nueva egipcia, sin sombrero, sin bordón, sin ceñidor ni esclavina, se puso en la calle: que el vencimiento de tales batallas consiste más en el huir que en el esperar. Púsose ella asimismo a la ventana, y a grandes voces comenzó a apellidar la gente de la calle, diciendo:

—¡Ténganme a ese ladrón, que, entrando en mi casa como humano, me ha robado una prenda divina que vale una ciudad!

Acertaron a estar en la calle dos de la guarda del Pontífice, que dicen pueden prender en fragante, y como la voz era de ladrón, facilitaron su dudosa potestad y prendieron a Periandro; echaronle mano al pecho, y, quitándole la cruz, le santiguaron con poca decencia: paga que da la justicia a los nuevos delincuentes, aunque no se

les averigüe el delito. Viéndose, pues, Periandro puesto en cruz, sin su cruz, dijo a los tudescos en su misma lengua que él no era ladrón, sino persona principal, y que aquella cruz era suya, y que viesen que su riqueza no la podía hacer de Hipólita, y que les rogaba le llevasen ante el gobernador, que él esperaba con brevedad averiguar la verdad de aquel caso. Ofrecióles dineros, y con esto, y con haberles hablado en su lengua, con que se reconcilian los ánimos que no se conocen, los tudescos no hicieron caso de Hipólita, y así, llevaron a Periandro delante del gobernador, viendo lo cual Hipólita, se quitó de la ventana, y, casi arañándose el rostro, dijo a sus criadas:

—¡Ay hermanas, y qué necia he andado! A quien pensaba regalar, he lastimado; a quien pensaba servir, he ofendido; preso va por ladrón el que lo ha sido de mi alma; mirad qué caricias, mirad qué halagos son hacer prender al libre y difamar al honrado.

Y luego les contó cómo llevaban preso al peregrino dos de la guarda del Papa. Mandó asimismo que la aderezasen luego el coche, que quería ir en su seguimiento y disculpalle, porque no podía sufrir su corazón verse herir en las mismas niñas de sus ojos, y que antes quería parecer testigo que cruel: que de la crueldad no tendría disculpa, y del testimonio sí, echando la culpa al amor, que por mil disparates descubre y manifiesta sus deseos, y hace mal a quien bien quiere. Cuando ella llegó en casa del gobernador, le halló

con la cruz en las manos, examinando a Periandro sobre el caso, el cual, como vió a Hipólita, dijo al gobernador:

—Esta señora que aquí viene ha dicho que esa cruz que vuesa merced tiene yo se la he robado, y yo diré que es verdad, cuando ella dijere de qué es la cruz, qué valor tiene y cuántos diamantes la componen; porque si no, es que se lo dicen los ángeles o alguno otro espíritu que lo sepa, ella no lo puede saber, porque no la ha visto sino en mi pecho, y una vez sola.

—¿Qué dice la señora Hipólita a esto? —dijo el gobernador.

Y esto cubriendo la cruz, porque no tomáse las señas della. La cual respondió:

—Con decir que estoy enamorada, ciega y loca, quedará este peregrino disculpado, y yo esperando la pena que el señor gobernador quisiere darme por mi amoroso delito.

Y le contó punto por punto lo que con Periandro le había pasado, de lo que se admiró el gobernador, antes del atrevimiento que del amor de Hipólita: que de semejantes sujetos son propios los lascivos disparates. Afeóle el caso, pidió a Periandro la perdonase, dióle por libre, y volvióle la cruz, sin que en aquella causa se escribiese letra alguna, que no fué ventura poca. Quisiera saber el gobernador quién eran los peregrinos que habían dado las joyas en prendas del retrato de Auristela, y asimismo quién era él y quién Auristela. A lo que respondió Periandro:

—El retrato es de Auristela, mi hermana; los peregrinos pueden tener joyas mucho más ricas; esta cruz es mía; y cuando me dé el tiempo lugar, y la necesidad me fuerce, diré quién soy: que el decirlo agora no está en mi voluntad, sino en la de mi hermana. El retrato que vuesa merced tiene, ya se le tengo comprado al pintor por precio conveniente, sin que en la compra hayan intervenido pujas, que se fundan más en rencor y en fantasía que en razón.

El gobernador dijo que él se quería quedar con él por el tanto, por añadir con él a Roma cosa que aventajase a las de los más excelentes pintores que la hacían famosa.

—Yo se le doy a vuesa merced —respondió Perriandro—, por parecerme que en darle tal dueño le doy la honra posible.

Agradecióselo el gobernador, y aquel día dió por libres a Arnaldo y a el duque, y les volvió sus joyas, y él se quedó con el retrato, porque estaba puesto en razón que se había de quedar con algo.

CAPÍTULO VIII

DEL CUARTO LIBRO

Más confusa que arrepentida volvió Hipólita a su casa; pensativa, además, y además enamorada; que, aunque es verdad que en los principios de los amores los desdenes suelen ser parte para acabarlos, los que usó con ella Periandro le avivaron más los deseos. Parecíale a ella que no había de ser tan de bronce un peregrino que no se ablandase con los regalos que pensaba hacerle; pero, hablando consigo, se dijo a sí misma:

—Si este peregrino fuera pobre, no trujera consigo cruz tan rica, cuyos muchos y ricos diamantes sirven de claro sobrescrito de su riqueza; de modo que la fuerza desta roca no se ha de tomar por hambre; otros ardidés y mañas son menester para rendirla. ¿No sería posible que este mozo tuviese en otra parte ocupada el alma? ¿No sería posible que esta Auristela no fuese su hermana? ¿No sería posible que las finezas de los desdenes que usa conmigo los quisiese asentar y poner en cargo a Auristela? ¡Válame Dios, que me parece que en este punto he hallado el de mi remedio! ¡Alto! ¡Muera Auristela; descúbra-

se este encantamento; a lo menos, veamos el sentimiento que este montaraz corazón hace; pongamos siquiera en plática este disignio; enferme Auristela; quitemos su sol delante de los ojos de Periandro; veamos si, faltando la hermosura, causa primera de adonde el amor nace, falta también el mismo amor: que podría ser que, dando yo lo que a éste le quitare quitándole a Auristela, viniese a reducirse a tener más blandos pensamientos; por lo menos, probarlo tengo, ateniéndome a lo que se dice que no daña el tentar las cosas que descubren algún rastro de provecho!

Con estos pensamientos, algo consolada, llegó a su casa, donde halló a Zabulón, con quien comunicó todo su disignio, confiada en que tenía una mujer de la mayor fama de hechicera que había en Roma, pidiéndole, habiendo antes precedido dádivas y promesas, hiciese con ella, no que mudase la voluntad de Periandro, pues sabía que esto era imposible, sino que enfermase la salud de Auristela, y con limitado término, si fuese menester, le quitase la vida. Esto dijo Zabulón, ser cosa fácil al poder y sabiduría de su mujer. Recibió no sé cuánto por primera paga, y prometió que desde otro día comenzaría la quiebra de la salud de Auristela. No solamente Hipólita satisfizo a Zabulón, sino amenazóle asimismo; y a un judío dádivas y amenazas le hacen prometer y aun hacer imposibles.

Periandro contó a Croriano, Ruperta y Auristela y a las tres damas francesas, a Antonio, y

a Constanza, su prisión, los amores de Hipólita, y la dádiva que había hecho del retrato de Auristela al gobernador. No le contentó nada a Auristela los amores de la cortesana, porque ya había oído decir que era una de las más hermosas mujeres de Roma, de las más libres, de las más ricas y más discretas, y las musarañas de los celos, aunque no sea más de una y sea más pequeña que un mosquito, el miedo la representa en el pensamiento de un amante mayor que el monte Olimpo; y cuando la honestidad ata la lengua de modo que no puede quejarse, da tormento al alma con las ligaduras del silencio, de modo que a cada paso anda buscando salidas para dejar la vida del cuerpo. Según otra vez se ha dicho, ninguno otro remedio tienen los celos que oír disculpas; y cuando éstas no se admiten, no hay que hacer caso de la vida, la cual perdiera Auristela mil veces antes que formar una queja de la fee de Periandro.

Aquella noche fué la primera vez que Bartolomé y la Talaverana fueron a visitar a sus señores, no libres, aunque ya lo estaban de la cárcel, sino atados con más duros grillos, que eran los del matrimonio, pues se habían casado: que la muerte del polaco puso en libertad a Luisa, y a él le trujo su destino a venir peregrino a Roma. Antes de llegar a su patria, halló en Roma a quien no traía intención de buscar, acordándosele de los consejos que en España le había dado Periandro; pero no pudo estorbar su destino, aun-

que no le fabricó por su voluntad. Aquella noche, asimismo, visitó Arnaldo a todas aquellas señoras, y dió cuenta de algunas cosas que en el volver a buscarlos, después que apaciguó la guerra de su patria, le habían sucedido. Contó cómo llegó a la isla de las Ermitas, donde no había hallado a Rutilio, sino a otro ermitaño en su lugar, que le dijo que Rutilio estaba en Roma; dijo asimismo que había tocado en la isla de los pescadores, y hallado en ella, libres, sanas y contentas, a las desposadas y a los demás que con Periandro, según ellos dijeron, se habían embarcado; contó cómo supo de oídas que Policarpa era muerta, y Sinforosa no había querido casarse; dijo cómo se tornaba a poblar la isla bárbara, confirmándose sus moradores en la creencia de su falsa profecía; advirtió cómo Mauricio y Ladislao, su yerno, con su hija Transila, habían dejado su patria, y pasándose a vivir más pacíficamente a Inglaterra; dijo también cómo había estado con Leopoldio, rey de los danaos, después de acabada la guerra, el cual se había casado por dar sucesión a su reino, y que había perdonado a los dos traidores que llevaba presos cuando Periandro y sus pescadores le encontraron, de quien mostró estar muy agradecido, por el buen término y cortesía que con él tuvieron; y entre los nombres que le era forzoso nombrar en su discurso, tal vez tocaba con el de los padres de Periandro, y tal con los de Auristela, con que les sobresaltaba los corazones y les traía a la memoria así grandezas como desgra-

cias. Dijo que en Portugal, especialmente en Lisboa, eran en suma estimación tenidos sus retratos; contó asimismo la fama que dejaban en Francia, en todo aquel camino, la hermosura de Constanza y de aquellas señoras damas francesas; dijo cómo Croriano había granjeado opinión de generoso y de discreto en haber escogido a la sin par Ruperta por esposa; dijo asimismo cómo en Luca se hablaba mucho en la sagacidad de Isabelita Castrecha, y en los breves amores de Andrea Marulo, a quien con el demonio fingido trujo el cielo a vivir vida de ángeles; contó cómo se tenía por milagro la caída de Periandro, y cómo dejaba en el camino a un mancebo, peregrino poeta, que no quiso adelantarse con él, por venirse despacio, componiendo una comedia de los sucesos de Periandro y Auristela, que los sabía de memoria por un lienzo que había visto en Portugal, donde se habían pintado, y que traía intención firmísima de casarse con Auristela, si ella quisiese.

Agradecióle Auristela su buen propósito, y aun desde allí le ofreció darle para un vestido, si acaso llegase roto, que un deseo de un buen poeta toda buena paga merece.

Dijo también que había estado en casa de la señora Constanza y Antonio, y que sus padres y abuelos estaban buenos, y sólo fatigados de la pena que tenían de no saber de la salud de sus hijos, deseando volviese la señora Constanza a ser esposa del conde, su cuñado, que quería seguir la discreta elección de su hermano, o ya por no dar los

veinte mil ducados, o ya por el merecimiento de Constanza, que era lo más cierto, de que no poco se alegraron todos, especialmente Periandro y Auristela que como a sus hermanos los querían.

Destá plática de Arnaldo se engendraron en los pechos de los oyentes nuevas sospechas de que Periandro y Auristela debían de ser grandes personajes, porque, de tratar de casamientos de condes y de millaradas de ducados, no podían hacer sino sospechas ilustres y grandes. Contó también cómo había encontrado en Francia a Renato, al caballero francés vencido en la batalla contra derecho, y libre y vitorioso por la conciencia de su enemigo. En efeto: pocas cosas quedaron, de las muchas que en el galán progreso desta historia se han contado, en quien él se hubiese hallado, pues que allí no las volviese a traer a la memoria, trayendo también la que tenía que quedarse con el retrato de Auristela, que tenía Periandro contra la voluntad del duque y contra la suya, puesto que dijo que, por no dar enojo a Periandro, disimularía su agravio.

—Ya le hubiera yo deshecho —respondió Periandro—, volviendo, señor Arnaldo, el retrato, si entendiera fuera vuestro. La ventura y su diligencia se lo dieron al duque; vos se lo quitastes por fuerza; y así, no tenéis de qué quejaros. Los amantes están obligados a no juzgar sus causas por la medida de sus deseos, que tal vez no los han de satisfacer, por acomodarse con la razón, que otra cosa les manda. Pero yo haré de manera que, no

quedando vos, señor Arnaldo, contento, el duque quede satisfecho, y será con que mi hermana Auristela se quede con el retrato, pues es más suyo que de otro alguno.

Satisfizole a Arnaldo el parecer de Periandro, y ni más ni menos a Auristela. Con esto cesó la plática, y, otro día por la mañana, comenzaron a obrar en Auristela los hechizos, los venenos, los encantos, y las malicias de la Julia, mujer de Zabolón.

CAPÍTULO IX

DEL CUARTO LIBRO

No se atrevió la enfermedad a acometer rostro a rostro a la belleza de Auristela, temerosa no espantase tanto la hermosura la fealdad suya; y así, la acometió por las espaldas, dándole en ellas unos escalofríos, al amanecer, que no la dejaron levantar aquel día; luego luego se le quitó la gana de comer, y comenzó la viveza de sus ojos a amortiguarse, y el desmayo que con el tiempo suele llegar a los enfermos sembró en un punto por todos los sentidos de Constanza, haciendo el mismo efeto en los de Periandro, que luego se alborotaron y temieron todos los males posibles, especialmente los que temen los poco venturosos. No había dos horas que estaba enferma, y ya se le parecían cárdenas las encarnadas rosas de sus mejillas, verde el carmín de sus labios y topacios las perlas de sus dientes; hasta los cabellos le pareció que habían mudado de color; estrecháronse las manos, y casi mudado el asiento y encaje natural de su rostro. Y no por esto le parecía me-

nos hermosa, porque no la miraba en el lecho que yacía, sino en el alma, donde la tenía retratada. Llegaban a sus oídos, a lo menos llegaron de allí a dos días, sus palabras entre débiles acentos formadas y pronunciadas con turbada lengua. Asustáronse las señoras francesas, y el cuidado de atender a la salud de Auristela fué de tal modo, que tuvieron necesidad de tenerle de sí mismas. Llamáronse médicos, escogiéronse los mejores, a lo menos los de mejor fama: que la buena opinión califica la acertada medicina, y así suele haber médicos venturosos, como soldados bien afortunados; la buena suerte y la buena dicha, que todo es uno, también puede llegar a la puerta del miserable en un saco de sayal, como en un escaparate de plata. Pero ni en plata ni en lana, no llegaba ninguna a las puertas de Auristela, de lo que discretamente se desesperaban los dos hermanos Antonio y Constanza. Esto era al revés en el duque, que, como el amor que tenía en el pecho se había engendrado de la hermosura de Auristela, así como la tal hermosura iba faltando en ella, iba en él faltando el amor, el cual muchas raíces ha de haber echado en el alma para tener fuerzas de llegar hasta el margen de la sepultura con la cosa amada. Féssima es la muerte, y quien más a ella se llega es la dolencia; y amar las cosas feas parece cosa sobrenatural y digna de tenerse por milagro.

Auristela, en fin, iba enflaqueciendo por momentos y quitando las esperanzas de su salud a

cuantos la conocían; sólo Periandro era él solo, sólo el firme, sólo el enamorado, sólo aquel que con intrépido pecho se oponía a la contraria fortuna y a la misma muerte, que en la de Auristela le amenazaba. Quince días esperó el duque de Nemurs a ver si Auristela mejoraba, y en todos ellos no hubo ninguno que a los médicos no consultase de la salud de Auristela, y ninguno se la aseguró, porque no sabían la causa precisa de su dolencia; viendo lo cual el duque, y que las damas francesas no hacían dél caso alguno, viendo también que el ángel de luz de Auristela se había vuelto el de tinieblas, fingiendo algunas causas que, si no del todo, en parte le disculpaban, un día, llegándose a Auristela en el lecho donde enferma estaba, delante de Periandro, le dijo:

—Pues la ventura me ha sido tan contraria, hermosa señora, que no me ha dejado conseguir el deseo que tenía de recibirte por mi legítima esposa, antes que la desesperación me traiga a términos de perder el alma, como me ha traído en los de perder la vida, quiero por otro camino probar mi ventura, porque sé cierto que no tengo de tener ninguna buena aunque la procure, y así, sucediéndome el mal que no procuro, vendré a perderme y a morir desdichado, y no desesperado. Mi madre me llama; tiéneme prevenida esposa; obedecerla quiero, y entretenerme el tiempo del camino tanto, que halle la muerte lugar de acometerme, pues ha de hallar en mi alma las memo-

rias de tu hermosura y de tu enfermedad, y quiera Dios que no diga las de tu muerte.

Dieron sus ojos muestras de algunas lágrimas. No pudo responderle Auristela, o no quiso, por no errar en la respuesta delante de Periandro; lo más que hizo, fué poner la mano debajo de su almohada, y sacar su retrato y volvésele al duque, el cual le besó las manos por tan gran merced; pero, alargando la suya Periandro, se le tomó, y le dijo:

—Si dello no disgustas, ¡oh gran señor!, por lo que bien quieres, te suplico me le prestes, porque yo pueda cumplir una palabra que tengo dada, que, sin ser en perjuicio tuyo, será grandemente en el mío si no lo cumplo.

Volviósele el duque, con grandes ofrecimientos de poner por él la hacienda, la vida y la honra, y más, si más pudiese, y desde allí se dividió de los dos hermanos, con pensamiento de no verlos más en Roma. Discreto amante, y el primero, quizá, que haya sabido aprovecharse de las gudedas que la ocasión le ofrecía. Todas estas cosas pudieran despertar a Arnaldo para que considerara cuán menoscabadas estaban sus esperanzas y cuán a pique de acabar con toda la máquina de sus peregrinaciones, pues, como se ha dicho, la muerte casi había pisado las ropas a Auristela, y estuvo muy determinado de acompañar al conde, si no en su camino, a lo menos, en su propósito, volviéndose a Dinamarca; mas el amor, y su generoso pecho, no dieron lugar a que dejase a

Periandro sin consuelo, y a su hermana Auristela en los postreros límites de la vida, a quien visitó, y de nuevo hizo ofrecimientos, con determinación de aguardar a que el tiempo mejorase los sucesos, a pesar de todas las sospechas que le sobrevenían.

CAPÍTULO X

DEL CUARTO LIBRO

Contentísima estaba Hipólita de ver que las artes de la cruel Julia tan en daño de la salud de Auristela se mostraban, porque en ocho días la pusieron tan otra de lo que se solía, que ya no la conocían sino por el órgano de la voz: cosa que tenía suspensos a los médicos y admirados a cuantos la conocían. Las señoras francesas atendían a su salud con tanto cuidado, como si fueran sus queridas hermanas, especialmente Feliz Flora, que con particular afición la quería. Llegó a tanto el mal de Auristela, que, no conteniéndose en los términos de su jurisdicción, pasó a la de sus vecinos, y como ninguno lo era tanto como Periandro, el primero con quien encontró fué con él, no porque el veneno y maleficios de la perversa judía obrasen en él derechamente, y con particular asistencia, como en Auristela, para quien estaban hechos, sino porque la pena que él sentía de la enfermedad de Auristela era tanta, que causaba en él el mismo efeto que en Auristela, y así se iba enflaqueciendo, que comenza-

ron todos a dudar de la vida suya, como de la de Auristela. Viendo lo cual Hipólita, y que ella misma se mataba con los filos de su espada, adivinando con el dedo de dónde procedía el mal de Periandro, procuró darle remedio, dándosele a Auristela, la cual, ya flaca, ya descolorida, parecía que estaba llamando su vida a las aldabas de las puertas de la muerte; y creyendo, sin duda, que por momentos la abrirían, quiso abrir y preparar la salida a su alma por la carrera de los Sacramentos, bien como ya instruída en la verdad católica; y así, haciendo las diligencias necesarias, con la mayor devoción que pudo, dió muestras de sus buenos pensamientos, acreditó la integridad de sus costumbres, dió señales de haber aprendido bien lo que en Roma la habían enseñado, y, resignándose en las manos de Dios, sosegó su espíritu y puso en olvido reinos, regalos y grandezas.

Hipólita, pues, habiendo visto, como está ya dicho, que, muriéndose Auristela, moría también Periandro, acudió a la judía a pedirle que templase el rigor de los hechizos que consumían a Auristela, o los quitase del todo: que no quería ella ser inventora de quitar con un golpe solo tres vidas, pues, muriendo Auristela, moría Periandro, y muriendo Periandro, ella también quedaría sin vida. Hízolo así la judía, como si estuviera en su mano la salud o la enfermedad ajena, o como si no dependieran todos los males que llaman de pena de la voluntad de Dios, como no

dependen los males de culpa; pero Dios, obligándole, si así se puede decir, por nuestros mismos pecados, para castigo dellos, permite que pueda quitar la salud ajena esta que llaman hechicería, con que lo hacen las hechiceras; sin duda, ha él permitido, usando mezclas y venenos que con tiempo limitado quitan la vida a la persona que quiere, sin que tenga remedio de excusar este peligro, porque le ignora, y no se sabe de dónde procede la causa de tan mortal efeto; así que, para guarecer destos males, la gran misericordia de Dios ha de ser la maestra, la que ha de aplicar la medicina. Comenzó, pues, Auristela a dejar de empeorar, que fué señal de su mejoría; comenzó el sol de su belleza a dar señales y vislumbres de que volvía a amanecer en el cielo de su rostro; volvieron a despuntar las rosas en sus mejillas y la alegría en sus ojos; ajuntáronse las sombras de su melancolía; volvió a enterarse el órgano suave de su voz; afinóse el carmín de sus labios; convirtió con el marfil la blancura de sus dientes, que volvieron a ser perlas, como antes lo eran; en fin: en poco espacio de tiempo volvió a ser toda hermosa, toda bellísima, toda agradable y toda contenta, y estos mismos efetos redundaron en Periandro y en las damas francesas, y en los demás, Croriano y Ruperta, Antonio y su hermana Constanza, cuya alegría o tristeza caminaba al paso de la de Auristela, la cual, dando gracias al cielo por la merced y regalos que le iba haciendo, así en la enfermedad como en la salud, un día llamó a Pe-

riandro, y, estando solos por cuidado y de industria, desta manera le dijo:

—Hermano mío, pues ha querido el cielo que con este nombre tan dulce y tan honesto ha dos años que te he nombrado, sin dar licencia al gusto o al descuido para que de otra suerte te llamase que tan honesta y tan agradable no fuese, querría que esta felicidad pasase adelante, y que solos los términos de la vida la pusiesen término; que tanto es una ventura buena, cuanto es duradera, y tanto es duradera, cuanto es honesta. Nuestras almas, como tú bien sabes, y como aquí me han enseñado, siempre están en continuo movimiento, y no pueden parar sino en Dios, como en su centro. En esta vida, los deseos son infinitos, y unos se encadenan de otros y se eslabonan, y van formando una cadena que tal vez llega al cielo, y tal se sume en el infierno. Si te pareciere, hermano, que este lenguaje no es mío, y que va fuera de la enseñanza que me han podido enseñar mis pocos años y mi remota crianza, advierte que en la tabla rasa de mi alma ha pintado la experiencia y escrito mayores cosas; principalmente ha puesto que en sólo conocer y ver a Dios está la suma gloria, y todos los medios que para este fin se encaminan, son los buenos, son los santos, son los agradables, como son los de la caridad, de la honestidad y el de la virginidad. Yo, a lo menos, así lo entiendo, y, juntamente con entenderlo así, entiendo que el amor que me tiene es tan grande, que querrás lo que yo quisiere. Heredera soy de

un reino, y ya tú sabes la causa por que mi querida madre me envió en casa de los reyes tus padres, por asegurarme de la grande guerra de que se temía; desta venida se causó el de venirme yo contigo, tan sujeta a tu voluntad, que no he salido della un punto; tú has sido mi padre, tú mi hermano, tú mi sombra, tú mi amparo, y, finalmente, tú mi ángel de guarda, y tú mi enseñador y mi maestro, pues me has traído a esta ciudad, donde he llegado a ser cristiana, como debo. Querría agora, si fuese posible, irme al cielo sin rodeos, sin sobresaltos y sin cuidados, y esto no podrá ser si tú no me dejas la parte que yo misma te he dado, que es la palabra y la voluntad de ser tu esposa. Déjame, señor, la palabra, que yo procuraré dejar la voluntad, aunque sea por fuerza; que, para alcanzar tan gran bien como es el cielo, todo cuanto hay en la tierra se ha de dejar, hasta los padres y los esposos. Yo no te quiero dejar por otro; por quien te dejo es por Dios, que te dará a sí mismo, cuya recompensa infinitamente excede a que me dejes por él. Una hermana tengo pequeña, pero tan hermosa como yo, si es que se puede llamar hermosa la mortal belleza. Con ella te podrás casar, y alcanzar el reino que a mí me toca, y con esto, haciendo felices mis deseos, no quedarán defraudados del todo los tuyos. ¿Qué inclinas la cabeza, hermano? ¿A qué pones los ojos en el suelo? ¿Desagrádate estas razones? ¿Parécete descaminados mis deseos? Dímelo, respóndeme; por lo menos, sepa yo tu voluntad; quizá t m-

plaré la mía, y buscaré alguna salida a tu gusto, que en algo con el mío se conforme.

Con grandísimo silencio estuvo escuchando Periandro a Auristela, y en un breve instante formó en su imaginación millares de discursos, que todos vinieron a parar en el peor que para él pudiera ser, porque imaginó que Auristela le aborrecía, porque aquel mudar de vida no era sino porque a él se le acabara la suya, pues bien debía saber que, en dejando ella de ser su esposa él no tenía para qué vivir en el mundo; y fué y vino con esta imaginación con tanto ahinco, que, sin responder palabra a Auristela, se levantó de donde estaba sentado, y, con ocasión de salir a recibir a Feliz Flora y a la señora Constanza, que entraban en el aposento, se salió dél, y dejó a Auristela, no sé si diga arrepentida, pero sé que quedó pensativa y confusa.

CAPÍTULO XI

DEL CUARTO LIBRO

Las aguas en estrecho vaso encerradas, mientras más prisa se dan a salir, más despacio se derraman, porque las primeras, impelidas de las segundas, se detienen, y unas a otras se niegan el paso, hasta que hace camino la corriente y se desagua. Lo mismo acontece en las razones que concibe el entendimiento de un lastimado amante, que, acudiendo tal vez todas juntas a la lengua, las unas a las otras impiden, y no sabe el discurso con cuáles se dé primero a entender su imaginación; y así, muchas veces, callando, dice más de lo que querría. Mostróse esto en la poca cortesía que hizo Periandro a los que entraron a ver a Auristela, el cual, lleno de discursos, preñado de conceptos, colmado de imaginaciones, desdeñado y desengañado, se salió del aposento de Auristela, sin saber, ni querer, ni poder responder palabra alguna a las muchas que ella le había dicho. Llegaron a ella Antonio y su hermana, y halláronla como persona que acababa de despertar de un

pesado sueño, y que entre sí estaba diciendo, con palabras distintas y claras:

—Mal hecho; pero, ¿qué importa? ¿No es mejor que mi hermano sepa mi intención? ¿No es mejor que yo deje con tiempo los caminos torcidos y las dudosas sendas, y tienda el paso por los atajos llanos, que con distinción clara nos están mostrando el felice paradero de nuestra jornada? Yo confieso que la compañía de Periandro no me ha de estorbar de ir al cielo; pero también siento que iré más presto sin ella; sí que más me debo yo a mí que no a otro, y al interese del cielo y de gloria se ha de posponer los del parentesco; cuanto más que yo no tengo ninguno con Periandro.

—Advierte —dijo a esta sazón Constanza—, hermana Auristela, que vas descubriendo cosas que podrían ser parte que, desterrando nuestras sospechas, a ti te deixasen confusa. Si no es tu hermano Periandro, mucha es la conversación que con él tienes; y si lo es, no hay para qué te escandalices de su compañía.

Acabó a esta sazón de volver en sí Auristela, y, oyendo lo que Constanza le decía, quiso enmendar su descuido; pero no acertó, pues, para soldar una mentira, por muchas se atropellan, y siempre queda la verdad en duda, aunque más viva la sospecha.

—No sé, hermana —dijo Auristela—, lo que me he dicho, ni sé si Periandro es mi hermano o si no; lo que te sabré decir es que es mi alma, por lo menos; por él vivo, por él respiro, por él me muero

y por él me sustentó, conteniéndome con todo esto en los términos de la razón, sin dar lugar a ningún vario pensamiento ni a no guardar todo honesto decoro, bien así como le debe guardar una mujer principal a un tan principal hermano.

—No te entiendo, señora Auristela— le dijo a esta sazón Antonio—, pues de tus razones tanto alcanzo ser tu hermano Periandro, como si no lo fuese. Dinos ya quién es, y quién eres, si es que puedes decillo; que, agora sea tu hermano, o no lo sea, por lo menos, no podéis negar ser principales, y en nosotros, digo, en mí y en mi hermana Constanza, no está tan en niñez la experiencia, que nos admire ningún caso que nos contares: que, puesto que ayer salimos de la isla bárbara, los trabajos que has visto que hemos pasado han sido nuestros maestros en muchas cosas, y, por pequeña muestra que se nos dé, sacamos el hilo de los más arduos negocios, especialmente en los que son de amores, que parece que los tales consigo mismo traen la declaración; ¿qué mucho que Periandro no sea tu hermano, y qué mucho que tú seas su legítima esposa, y qué mucho, otra vez, que con honesto y casto decoro os hayáis mostrado hasta aquí limpiísimos al cielo y honestísimos a los ojos de los que os han visto? No todos los amores son precipitados ni atrevidos, ni todos los amantes han puesto la mira de su gusto en gozar a sus amadas, sino con las potencias de su alma; y siendo esto así, señora mía, otra vez te suplico nos digas quién eres, y quién es Periandro, el cual,

según le vi salir de aquí, él lleva un volcán en los ojos y una mordaza en la lengua.

—¡Ay desdichada —replicó Auristela—, y cuán mejor me hubiera sido que me hubiera entregado al silencio eterno, pues, callando, excusara la mordaza que dices que lleva en su lengua! Indiscretas somos las mujeres, mal sufridas y peor calladas. Mientras callé, en sosiego estuvo mi alma; hablé, y perdí; y para acabarle de perder, y para que juntamente se acabe la tragedia de mi vida, quiero que sepáis vosotros, pues el cielo os hizo verdaderos hermanos, que no lo es mío Periandro, ni menos es mi esposo ni mi amante; a lo menos, de aquellos que, corriendo por la carrera de su gusto, procuran parar sobre la honra de sus amadas. Hijo de rey es; hija y heredera de un reino soy; por la sangre, somos iguales; por el estado, alguna ventaja le hago; por la voluntad, ninguna; y, con todo esto, nuestras intenciones se responden, y nuestros deseos, con honestísimo efeto se están mirando; sola la ventura es la que turba y confunde nuestras intenciones, y la que por fuerza hace que esperemos en ella. Y porque el nudo que lleva a la garganta Periandro me aprieta la mía, no os quiero decir más por agora, señores, sino suplicaros me ayudéis a buscallo, que pues él tuvo licencia para irse sin la mía, no querrá volver sin ser buscado.

—Levanta, pues —dijo Constanza—, y vamos a buscallo, que los lazos con que Amor liga a los amantes, no los deja alejar de lo que bien quie-

ren. Ven, que presto le hallaremos, presto le verás y más presto llegarás a tu contento. Si quieres tener un poco los escrúpulos que te rodean, dales de mano, y dala de esposa a Periandro: que, igualándole contigo, pondrás silencio a cualquiera murmuración.

Levantóse Auristela, y, en compañía de Feliz Flora, Constanza y Antonio, salieron a buscar a Periandro; y como ya en la opinión de los tres era reina, con otros ojos la miraban, y con otro respeto la servían. Periandro, en tanto que era buscado, procuraba alejarse de quien le buscaba; salió de Roma a pie, y solo, si ya no se tiene por compañía la soledad amarga, los suspiros tristes y los continuos sollozos: que éstos, y las varias imaginaciones, no le dejaban un punto.

—¡Ay! —iba diciendo entre sí— hermosísima Sigismunda, reina por naturaleza, bellísima por privilegio y por merced de la misma naturaleza, discreta sobre modo, y sobremanera agradable, y cuán poco te costaba, ¡oh señora!, el tenerme por hermano, pues mis tratos y pensamientos jamás desmintieran la verdad de serlo, aunque la misma malicia lo quisiera averiguar, aunque en sus trazas se desvelara! Si quieres que te lleven al cielo sola y señora, sin que tus acciones dependan de otro que de Dios y de ti misma, sea en buen hora; pero quisiera que advirtieras que no sin escrúpulo de pecado puedes ponerte en el camino que deseas. Sin ser mi homicida, dejarás, ¡oh señora!, a cargo del silencio y del engaño tus pen-

samientos, y no me los declararás a tiempo que habías de arrancar con las raíces de mi amor mi alma, la cual, por ser tan tuya, te dejo a toda tu voluntad, y de la mía me destierro. Quédate en paz, bien mío, y conoce que el mayor que te puedo hacer es dejarte.

Llegóse la noche en esto, y, apartándose un poco del camino, que era el de Nápoles, oyó el sonido de un arroyo que por entre unos árboles corría, a la margen del cual, arrojándose de golpe en el suelo, puso en silencio la lengua, pero no dió treguas a sus suspiros.

CAPÍTULO XII

DEL CUARTO LIBRO

Donde se dice quién eran Periandro y Auristela

Parece que el bien y el mal distan tan poco el uno del otro, que son como dos líneas concurrentes, que, aunque parten de apartados y diferentes principios, acaban en un punto. Sollozando estaba Periandro, en compañía del manso arroyuelo y de la clara luz de la noche; hacíanle los árboles compañía, y un aire blando y fresco le enjugaba las lágrimas; llevábale la imaginación Auristela, y la esperanza de tener remedio de sus males el viento, cuando llegó a sus oídos una voz extranjera, que, escuchándola con atención, vió que en lenguaje de su patria, sin poder distinguir si murmuraba o si cantaba, y la curiosidad le llevó cerca, y cuando lo estuvo, oyó que eran dos personas las que no cantaban ni murmuraban, sino que en plática corriente estaban razonando; pero lo que más le admiró fué que hablasen en lengua de Noruega, estando tan apartados della. Acomodóse detrás de un árbol, de tal forma, que él y el árbol

hacían una misma sombra; recogió el aliento, y la primera razón que llegó a sus oídos fué:

—No tienes, señor, para qué persuadirme de que en dos mitades se aparte el día entero de Noruega, porque yo he estado en ella algún tiempo, donde me llevaron mis desgracias, y sé que la mitad del año se lleva la noche, y la otra mitad el día. El que sea esto así, yo lo sé; el porqué sea así, ignoro.

A lo que respondió:

—Si llegamos a Roma, con una esfera te haré tocar con la mano la causa dese maravilloso efecto, tan natural en aquel clima como lo es en éste ser el día y la noche de veinticuatro horas. También te he dicho cómo en la última parte de Noruega, casi debajo del Polo Artico, está la isla que se tiene por última en el mundo, a lo menos, por aquella parte, cuyo nombre es Tile, a quien Virgilio llamó Tule en aquellos versos que dicen, en el libro I Georg.:

... ac tua nautae
numina sola colant: tibi serviat ultima Thule.

Que Tule en griego es lo mismo que Tile en latín. Esta isla es tan grande, o poco menos, que Inglaterra, rica y abundante de todas las cosas necesarias para la vida humana. Más adelante, debajo del mismo norte, como trescientas leguas de Tile, está la isla llamada Frislanda, que habrá cuatrocientos años que se descubrió a los ojos de las gentes, tan grande, que tiene nombre de rei-

no, y no pequeño. De Tile es rey y señor Maximino, hijo de la reina Eustoquia, cuyo padre no ha muchos meses que pasó desta a mejor vida, el cual dejó dos hijos, que el uno es Maximino, que te he dicho, que es el heredero del reino, y el otro un generoso mozo llamado Persiles, rico de los bienes de la naturaleza sobre todo extremo y querido de su madre sobre todo encarecimiento; y no sé yo con cuál poderte encarecer las virtudes deste Persiles, y así, quédense en su punto, que no será bien que con mi corto ingenio las menoscabe; que, puesto que el amor que le tengo por haber sido su ayo y criádole desde niño, me pudiera llevar a decir mucho, todavía será mejor callar por no quedar corto.

Esto escuchaba Periandro, y luego cayó en la cuenta que el que le alababa no podía ser otro que Serafido, un ayo suyo, y que asimismo el que le escuchaba era Rutilio, según la voz y las palabras que de cuando en cuando respondía. Si se admiró o no, a la buena consideración lo dejó; y más cuando Serafido, que era el mismo que había imaginado Periandro, oyó que dijo:

—Eusebia, reina de Frislanda, tenía dos hijas de extremada hermosura, principalmente la mayor, llamada Sigismunda, que la menor, llamada Eusebia, como su madre, donde naturaleza cifró toda la hermosura que por todas las partes de la tierra tiene repartida, a la cual, no sé yo con qué disignio, tomando ocasión de que la querían hacer guerra ciertos enemigos suyos, la envió a

Tile, en poder de Eustoquia, para que, seguramente, y sin los sobresaltos de la guerra, en su casa se criase, puesto que yo para mí tengo que no fué ésta la ocasión principal de envialla, sino para que el príncipe Maximino se enamorase della y la recibiese por su esposa: que de las extremadas bellezas se puede esperar que vuelvan en cera los corazones de mármol y junten en uno los extremos que entre sí están más apartados. A lo menos, si esta mi sospecha no es verdadera, no me la podrá averiguar la experiencia, porque sé que el príncipe Maximino muere por Sigismunda, la cual, a la sazón que llegó a Tile, no estaba en la isla Maximino, a quien su madre la reina envió el retrato de la doncella y la embajada de su madre, y él respondió que la regalasen y la guardasen para su esposa; respuesta que sirvió de flecha que atravesó las entrañas de mi hijo Persiles, que este nombre le adquirió la crianza que en él hice. Desde que la oyó no supo oír cosas de su gusto; perdió los bríos de su juventud, y, finalmente, encerró en el honesto silencio todas las acciones que le hacían memorable y bien querido de todos, y, sobre todo, vino a perder la salud y a entregarse en los brazos de la desesperación de ella. Visitáronle médicos; como no sabían la causa de su mal, no acertaban con su remedio: que, como no muestran los pulsos el dolor de las almas, es dificultoso y casi imposible entender la enfermedad que en ellas existe. La madre, viendo morir a su hijo, sin saber quién le mataba, una y muy muchas

veces le preguntó le descubriese su dolencia, pues no era posible sino que él supiese la causa, pues sentía los efectos. Tanto pudieron estas persuasiones, tanto las solicitudes de la doliente madre, que, vencida la pertinencia o la firmeza de Persiles, le vino a decir cómo el moría por Sigismunda, y que tenía determinado de dejarse morir antes que ir contra el decoro que a su hermano se le debía; cuya declaración resucitó en la reina su muerta alegría, y dió esperanzas a Persiles de remediarle, si bien se atropellase el gusto de Maximino, pues, por conservar la vida, mayores respetos se han de posponer que el enojo de un hermano. Finalmente, Eustoquia habló a Sigismunda, encareciéndole lo que se perdía en perder la vida Persiles, sujeto donde todas las gracias del mundo tenían su asiento, bien al revés del de Maximino, a quien la aspereza de sus costumbres en algún modo le hacían aborrecible. Levantóle en esto algo más testimonios de los que debiera, y subió de punto, con los hipérboles que pudo, las bondades de Persiles.

»Sigismunda, muchacha sola y persuadida, lo que respondió fué que ella no tenía voluntad alguna, ni tenía otra consejera que la aconsejasen sino a su misma honestidad; que, como ésta se guardase, dispusiesen a su voluntad della. Abrazóla la reina, contó su respuesta a Persiles, y entre los dos concertaron que se ausentasen de la isla antes que su hermano viniese, a quien darían por disculpa. cuando no la hallase, que había he-

cho voto de venir a Roma a enterarse en ella de la fe católica, que en aquellas partes setentrionales andaba algo de quiebra, jurándole primero Persiles que en ninguna manera iría en dicho ni en hecho contra su honestidad. Y así, colmándoles de joyas y de consejos, los despidió la reina, la cual después me contó todo lo que hasta aquí te he contado.

»Dos años, poco más, tardó en venir el príncipe Maximino a su reino, que anduvo ocupado en la guerra que siempre tenía con sus enemigos; preguntó por Sigismunda, y el no hallarla fué hallar su desasosiego; supo su viaje, y al momento se partió en su busca, si bien confiado de la bondad de su hermano, temeroso pero de los recelos, que por maravilla se apartan de los amantes. Como su madre supo su determinación, me llamó aparte y me encargó la salud, la vida y la honra de su hijo, y me mandó me adelantase a buscarle y a darle noticia de que su hermano le buscaba. Partióse el príncipe Maximino en dos gruesísimas naves, y, entrando por el estrecho Hercúleo, con diferentes tiempos y diversas borrascas, llegó a la isla de Tinacria, y desde allí a la gran ciudad de Partenope, y agora queda no lejos de aquí, en un lugar llamado Terrachina, último de los de Nápoles y primero de los de Roma; queda enfermo, porque le ha cogido esto que llaman mutación, que le tiene a punto de muerte. Yo, desde Lisboa, donde me desembarqué, traigo noticia de Persiles y Sigismunda, porque no pueden ser otros una pe-

regrina y un peregrino de quien la fama viene pregonando tan grande estruendo de hermosura, que, si no son Persiles y Sigismunda, deben de ser ángeles humanados.»

—Si, como los nombras —respondió el que escuchaba a Serafido— Persiles y Sigismunda, los nombraras Periandro y Auristela, pudiera darte nueva certísima dellos, porque ha muchos días que los conozco, en cuya compañía he pasado muchos trabajos.

Y luego le comenzó a contar los de la isla bárbara, con otros algunos, en tanto que se venía el día, y en tanto que Periandro, porque allí no le hallasen, los dejó solos y volvió a buscar a Auristela, para contar la venida de su hermano y tomar consejo de lo que debían de hacer para huir de su indignación, teniendo a milagro haber sido informado en tan remoto lugar de aquel caso. Y así, lleno de nuevos pensamientos, volvió a los ojos de su contrita Auristela, ya las esperanzas casi perdidas de alcanzar su deseo.

CAPÍTULO XIII

DEL CUARTO LIBRO

Entretiéndose el dolor y el sentimiento de las recién dadas heridas en la cólera y en la sangre caliente, que, después de fría, fatiga de manera que rinde la paciencia del que las sufre. Lo mismo acontece en las pasiones del alma: que, en dando el tiempo lugar y espacio para considerar en ellas, fatigan hasta quitar la vida. Dijo su voluntad Auristela a Periandro, cumplió con su deseo, y, satisfecha de haberle declarado, esperaba su cumplimiento, confiada en la rendida voluntad de Periandro, el cual, como se ha dicho, librando la respuesta en su silencio, se salió de Roma y le sucedió lo que se ha contado. Conoció a Rutilio, el cual contó a su ayo Serafido toda la historia de la isla bárbara, con las sospechas que tenía de que Auristela y Periandro fuesen Sigismunda y Persiles; díjole asimismo que, sin duda, los hallarían en Roma, a quien, desde que los conoció, venían encaminados, con la disimulación y cubierta de ser hermanos; preguntó muchísimas veces a Serafido la condición de las gentes de aquellas islas

remotas de donde era rey Maximino y reina la sin par Auristela; volvióle a repetir Serafido cómo la isla de Tile o Tule, que agora vulgarmente se llama Islanda, era la última de aquellos mares setentrionales, «puesto que un poco más adelante está otra isla, como te he dicho, llamada Frislanda, que descubrió Nicolás Temo, veneciano, el año de mil y trescientos y ochenta, tan grande como Sicilia, ignorada hasta entonces de los antiguos, de quien es reina Eusebia, madre de Sigismunda, que yo busco. Hay otra isla, asimismo poderosa, y casi siempre llena de nieve, que se llama Groenlanda, a una punta de la cual está fundado un monasterio debajo del título de Santo Tomás, en el cual hay religiosos de cuatro naciones: españoles, franceses, toscanos y latinos; enseñan sus lenguas a la gente principal de la isla, para que, en saliendo della, sean entendidos por doquiera que fueren. Está, como he dicho, la isla sepultada en nieve, y encima de una montañuela está una fuente, cosa maravillosa y digna de que se sepa, la cual derrama y vierte de sí tanta abundancia de agua, y tan caliente, que llega al mar, y por muy gran espacio dentro dél, no solamente le desniva, pero le calienta, de modo que se recogen en aquella parte increíble infinidad de diversos pescados, de cuya pesca se mantiene el monasterio y toda la isla, que de allí saca sus rentas y provechos. Esta fuente engendra asimismo unas piedras conglutinadas, de las cuales se hace un betún pegajoso, con el cual se fabrican las casas como si

fuesen de duro mármol. Otras cosas te pudiera decir —dijo Serafido a Rutilio— destas islas, que ponen en duda su crédito, pero, en efeto, son verdaderas.»

Todo esto, que no oyó Periandro, lo contó después Rutilio, que, ayudado de la noticia que de ellas Periandro tenía, muchos las pusieron en el verdadero punto que merecían. Llegó en esto el día y hallóse Periandro junto a la iglesia y templo, magnífico y casi el mayor de la Europa, de San Pablo, y vió venir hacia sí alguna gente, en montón, a caballo y a pie, y llegando cerca, conoció que los que venían eran Auristela, Feliz Flora, Constanza y Antonio, su hermano, y asimismo Hipólita, que, habiendo sabido la ausencia de Periandro, no quiso dejar a que otra llevase las albricias de su hallazgo, y así siguió los pasos de Auristela, encaminados por la noticia que dellos dió la mujer de Zabulón el judío, bien como aquella que tenía amistad con quien no la tiene con nadie. Llegó, en fin, Periandro al hermoso escuadrón, saludó a Auristela, notóle el semblante del rostro y halló más mansa su riguridad y más blandos sus ojos; contó luego públicamente lo que aquella noche le había pasado con Serafido, su ayo, y con Rutilio; dijo cómo su hermano, el príncipe Maximino, quedaba en Terrachina enfermo de la mutación, y con propósito de venirse a curar a Roma, y con autoridad disfrazada y nombre trocado, a buscarlos; pidió consejo a Auristela y a los demás de lo que haría, porque, de la condición de su hermano el príncipe no podía

esperar ningún blando acogimiento. Pasmóse Auristela con las no esperadas nuevas; desaparecieron en un punto, así las esperanzas de guardar su integridad y buen propósito, como de alcanzar por más llano camino la compañía de su querido Periandro.

Todos los demás circunstantes discurrieron en su imaginación qué consejo darian a Periandro, y la primera que salió con el suyo, aunque no se le pidieron, fué la rica y enamorada Hipólita, que le ofreció de llevar a Nápoles con su hermana Auristela, y gastar con ellos cien mil y más ducados, que su hacienda valía. Oyó este ofrecimiento Pirro el Calabrés, que allí estaba, que fué lo mismo que oír la sentencia irremisible de su muerte: que en los rufianes no engendra celos el desdén, sino el interés; y como éste se perdía con los cuidados de Hipólita, por momentos iba tomando la desesperación posesión de su alma, en la cual iba atesorando odio mortal contra Periandro, cuya gentileza y gallardía, aunque era tan grande, como se ha dicho, a él le parecía mucho mayor, porque es propia condición del celoso parecerle magníficas y grandes las acciones de sus rivales.

Agradeció Periandro a Hipólita, pero no admitió su generoso ofrecimiento. Los demás no tuvieron lugar de aconsejarle nada, porque llegaron en aquel instante Rutilio y Serafido, y entrambos a dos apenas hubieron visto a Periandro, cuando corrieron a echarse a sus pies, porque la mudanza del hábito no le pudo mudar la de su gentileza.

Teniale abrazado Rutilio por la cintura y Serafido por el cuello; lloraba Rutilio de placer y Serafido de alegría.

Todos los circunstantes estaban atentos mirando el extraño y gozoso recibimiento. Sólo en el corazón de Pirro andaba la melancolía atenaceándole con tenazas, más ardiendo que si fueran de fuego; y llegó a tanto extremo el dolor que sintió de ver engrandecido y honrado a Periandro, que, sin mirar lo que hacía, o quizá mirándolo muy bien metió mano a su espada, y por entre los brazos de Serafido se la metió a Periandro por el hombro derecho, con tal furia y fuerza, que le salió la punta por el izquierdo, atravesándole, poco menos que al soslayo, de parte a parte. La primera que vió el golpe fué Hipólita, y la primera que gritó fué su voz, diciendo:

—¡Ay traidor, enemigo mortal mío, y cómo has quitado la vida a quien no merecía perderla para siempre!

Abrió los brazos Serafido, soltóle Rutilio, calientes ya en su derramada sangre, y cayó Periandro en los de Auristela, la cual, faltándole la voz a la garganta, el aliento a los suspiros y las lágrimas a los ojos, se le cayó la cabeza sobre el pecho, y los brazos a una y otra parte. Este golpe, más mortal en la apariencia que en el efeto, suspendió los ánimos de los circunstantes, y les robó la color de los rostros, dibujándoles la muerte en ellos, que ya, por la falta de la sangre, a más andar se entraba por la vida de Periandro, cuya falta amenazaba a

todos el último fin de sus días; a lo menos, Auristela la tenía entre los dientes y la quería escupir de los labios. Serafido y Antonio arremetieron a Pirro, y, a despecho de su fiereza y fuerzas, le asieron, y, con gente que se llegó, le enviaron a la prisión, y el gobernador, de allí a cuatro días, le mandó llevar a la horca por incorregible y asesino, cuya muerte dió la vida a Hipólita, que vivió desde allí adelante.

CAPÍTULO XIV

DEL CUARTO LIBRO

Es tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos, que nadie se puede prometer en ellos un mínimo punto de firmeza. Auristela, arrepentida de haber declarado su pensamiento a Periandro, volvió a buscarle alegre, por pensar que en su mano y en su arrepentimiento estaba el volver a la parte que quisiese la voluntad de Periandro, porque se imaginaba ser ella el clavo de la rueda de su fortuna y la esfera del movimiento de sus deseos; y no estaba engañada, pues ya los traía Periandro en disposición de no salir de los de Auristela. Pero ¡mirad los engaños de la variable fortuna!: Auristela, en tan pequeño instante como se ha visto, se vee otra de lo que antes era: pensaba reír y está llorando; pensaba vivir, y ya se muere; creía gozar de la vista de Periandro, y ofrécesele a los ojos la del príncipe Maximino, su hermano, que, con muchos coches y grande acompañamiento, entraba en Roma por aquel camino de Terrachina, y, llevándole la vista el escuadrón de gente que rodeaba

al herido Periandro, llegó su coche a verlo, y salió a recibirle Serafido, diciéndole:

—¡Oh príncipe Maximino, y qué malas albricias espero de las nuevas que pienso darte! Este herido que ves en los brazos desta hermosa doncella, es tu hermano Persiles, y ella es la sin par Sigismunda, hallada de tu diligencia a tiempo tan áspero, y en sazón tan rigurosa, que te han quitado la ocasión de regalarlos, y te han puesto en la de llevarlos a la sepultura.

—No irán solos —respondió Maximino— que yo les haré compañía, según vengo.

Y sacando la cabeza fuera del coche conoció a su hermano, aunque tinto y lleno de la sangre de la herida; conoció asimismo a Sigismunda por entre la perdida color de su rostro, porque el sobresalto, que le turbó, sus colores no le afeó sus facciones; hermosa era Sigismunda antes de su desgracia, pero hermosísima estaba después de haber caído en ella: que tal vez los accidentes del dolor suelen acrecentar la belleza. Dejóse caer del coche sobre los brazos de Sigismunda, ya no Auristela, sino la reina de Frislanda, y en su imaginación también reina de Thile: que estas mudanzas tan extrañas caen debajo del poder de aquella que comúnmente es llamada Fortuna, que no es otra cosa sino un firme disponer del cielo. Habíase partido Maximino con intención de llegar a Roma a curarse con mejores médicos que los de Terrachina, los cuales le pronosticaron que antes que en Roma entrase le había de saltar la muerte; en esto más

verdaderos y experimentados que en saber curarle; verdad es que el mal que causa la mutación pocos le saben curar. En efeto: frontero del templo de San Pablo, en mitad de la campaña rasa, la fea muerte salió al encuentro al gallardo Persiles, y le derribó en tierra, y enterró a Maximino, el cual, viéndose a punto de muerte, con la mano derecha asió la izquierda de su hermano y se la llevó a los ojos, y con su izquierda le asió de la derecha y se la juntó con la de Sigismunda, y, con voz turbada y aliento mortal y cansado, dijo:

—De vuestra honestidad, verdaderos hijos y hermanos míos, creo que entre vosotros está por saber esto. Aprieta, ¡oh hermano!, estos párpados y ciérrame estos ojos en perpetuo sueño, y con esotra mano aprieta la de Sigismunda y séllala con el sí que quiero que le des de esposo, y sean testigos de este casamiento la sangre que están derramando y los amigos que te rodean. El reino de tus padres te queda; el de Sigismunda heredas; procura tener salud y góceslos años infinitos.

Estas palabras, tan tiernas, tan alegres y tan tristes avivaron los espíritus de Persiles, y, obedeciendo al mandamiento de su hermano, apretándole la muerte, la mano le cerró los ojos, y con la lengua, entre triste y alegre, pronunció el sí, y le dió de ser su esposo a Sigismunda. Hizo el sentimiento de la improvisa y dolorosa muerte en los presentes, y comenzaron a ocupar los suspiros el aire y a regar las lágrimas el suelo. Recogieron

el cuerpo muerto de Maximino y lleváronle a San Pablo, y el medio vivo de Persiles, en el coche del muerto, le volvieron a curar a Roma, donde no hallaron a Belarminia ni a Deleasir, que se habían ya ido a Francia con el duque.

Mucho sintió Arnaldo el nuevo y extraño casamiento de Sigismunda; muchísimo le pesó de que se hubiesen malogrado tantos años de servicio, de buenas obras hechas, en orden a gozar pacífico de su sin igual belleza; y lo que más le tarazaba el alma eran las no creídas razones del maldiciente Clodio, de quien él, a su despecho, hacía tan manifiesta prueba. Confuso, atónito y espantado, estuvo por irse, sin hablar palabra a Persiles y Sigismunda; mas, considerando ser reyes, y la disculpa que tenían, y que sólo esta ventura estaba guardada para él, determinó ir a verlos, y así lo hizo. Fué muy bien recibido, y para que del todo no pudiese estar quejoso, le ofrecieron a la infanta Eusebia para su esposa, hermana de Sigismunda, a quien él acetó de buena gana; y se fuera luego con ellos, si no fuera por pedir licencia a su padre: que en los casamientos graves y en todos es justo se ajuste la voluntad de los hijos con la de los padres. Asistió a la cura de la herida de su cuñado en esperanza, y, dejándole sano, se fué a ver a su padre y prevenir fiestas para la entrada de su esposa. Feliz Flora determinó de casarse con Antonio el bárbaro, por no atreverse a vivir entre los parientes del que había muerto Antonio. Croriano y Ruperta, acabada su romería,

se volvieron a Francia, llevando bien que contar del suceso de la fingida Auristela. Bartolomé el Manchego y la castellana Luisa se fueron a Nápoles, donde se dice que acabaron mal, porque no vivieron bien. Persiles depositó a su hermano en San Pablo, recogió a todos sus criados, volvió a visitar los templos de Roma, acarició a Constanza, a quien Sigismunda dió la cruz de diamantes, y la acompañó hasta dejarla casada con el conde, su cuñado; y habiendo besado los pies al Pontífice, sosegó su espíritu y cumplió su voto, y vivió en compañía de su esposo Persiles hasta que bisnietos le alargaron los días, pues los vió en su larga y feliz posteridad.

FIN DE LOS TRABAJOS DE PERSILES
Y SIGISMUNDA .

ÍNDICE DEL TOMO II

	<u>Págs.</u>
LIBRO TERCERO DE LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGIS- MUNDA.....	5
Capítulo I del libro tercero.....	7
Capítulo II del tercer libro.—Peregrinos; su viaje por Espa- ña; sucedenles nuevos y extraños casos.....	17
Capítulo III del tercer libro.—La doncella encerrada en el árbol da razón de quién era.....	28
Capítulo IV del tercer libro.....	36
Capítulo V del tercer libro.....	49
Capítulo VI del tercer libro.....	58
Capítulo VII del tercer libro.....	72
Capítulo VIII del tercer libro.....	78
Capítulo IX del tercer libro.....	86
Capítulo X del tercer libro.....	100
Capítulo XI del tercer libro.....	111
Capítulo XII del tercer libro.....	123
Capítulo XIII del tercer libro.....	133
Capítulo XIV del tercer libro.....	140
Capítulo XV del tercer libro.....	149
Capítulo XVI del tercer libro.....	155
Capítulo XVII del tercer libro.....	163
Capítulo XVIII del tercer libro.....	172
Capítulo XIX del tercer libro.....	179
Capítulo XX del tercer libro.....	186
Capítulo XXI del tercer libro.....	194

LIBRO CUARTO DE LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGIS- MUNDA.....	201
Capítulo I del cuarto libro.....	203
Capítulo II del cuarto libro.....	212
Capítulo III del cuarto libro.....	219
Capítulo IV del cuarto libro.....	226
Capítulo V del cuarto libro.....	231
Capítulo VI del cuarto libro.....	239
Capítulo VII del cuarto libro.....	247
Capítulo VIII del cuarto libro.....	256
Capítulo IX del cuarto libro.....	263
Capítulo X del cuarto libro.....	268
Capítulo XI del cuarto libro.....	274
Capítulo XII del cuarto libro.—Donde se dice quién eran Periandro y Auristela.....	280
Capítulo XIII del cuarto libro.....	287
Capítulo XIV del cuarto libro.....	293

Clásicos Castellanos

EDICIONES MUY CUIDADAS DE LOS LIBROS CUMBRES DEL IDIOMA ESPAÑOL, COMENTADAS, ANOTADAS Y ESTUDIADAS POR EMINENTES FILÓLOGOS: MENÉNDEZ PIDAL, RODRÍGUEZ MARÍN, AMÉRICO CASTRO, RUIZ MORCUENDE, ETC.

Precio de cada volumen

Rústica, 6 pts. - Tela, 8 pts. - Piel, 10 pts.

Arolas: Poesías (vol. 95).

Avila (Beato Juan de): Epistolario espiritual (vol. 11).

Berceo: Milagros de Nuestra Señora (volumen 44).

Bretón de los Herreros: Teatro: Muérete y verás, El pelo de la dehesa (vol. 92).

Cadalso: Cartas marruecas (vol. 112).

Calderón de la Barca: Autos sacramentales (vols. 69 y 74).

— Comedias religiosas (vol. 106).

Campoamor: Poesías (vol. 40).

Castillejo: Obras (vols. 72, 79, 88 y 91).

Cascales: Cartas filológicas (vol. 103).

Castillo Solórzano: La garduña de Sevilla y Anzuelo de las bolsas (vol. 42).

Castro (Guillén de): Las mocedades del Cid (volumen 15).

Cervantes: Don Quijote de la Mancha (volumenes 4, 6, 8, 10, 13, 16, 19 y 22).

— Novelas ejemplares (vols. 27 y 36).

CLÁSICOS CASTELLANOS

Cruz (San Juan de la): El cántico espiritual (vol. 55).

Cueva (Juan de la): Teatro (vol. 60).

Espinel: Vida de Marcos de Obregón (volúmenes 43 y 51).

Espronceda: Poesías, El estudiante de Salamanca, El diablo mundo (vols. 47 y 50).

Estebanillo González (La vida de) (volúmenes 108 y 109).

Feijóo: Teatro crítico universal (vols. 48, 53 y 67).

— Cartas eruditas (vol 85).

Floresta de leyendas históricas españolas (volúmenes 62, 71 y 84).

Fornet: Exequias de la lengua castellana (volumen 66).

García Gutiérrez: Teatro (vol. 65).

Garcilaso: Obras (vol. 3).

Granada (Fray Luis de): Guía de pecadores (vol. 97).

González (Vida de Estebanillo) (vols. 108 y 109).

Guevara (Fr. Antonio de): Menosprecio de corte y alabanza de aldea (vol. 29).

Hartzenbusch: Los amantes de Teruel (volumen 113).

Herrera (Fernando): Poesías (vol. 26).

Hita (Arcipreste de): Libro de buen amor (volúmenes 14 y 17).

Jovellanos: Obras escogidos. I y II (volúmenes 110 y 111).

Larra ("Fígaro"): Artículos (vols. 45, 52 y 77).

CLÁSICOS CASTELLANOS

- León (Fr. Luis de):** De los nombres de Cristo (vols. 28, 33 y 41).
- Malon de Chaide:** La conversión de la Magdalena (vols. 104 y 105).
- Manrique (Jorge):** Cancionero (vol. 94).
- Martínez de la Rosa:** Obras dramáticas (volumen 107).
- Mateo Alemán:** Guzmán de Alfarache (volumenes 73, 83, 90 y 93).
- Meléndez Valdés:** Poesías (vol. 64).
- Mira de Amescua:** Teatro (vols. 70 y 82).
- Moncada (F. de):** Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos (volumen 54).
- Moratín:** Teatro (vol. 58).
- Moreto:** Teatro (vol. 32).
- Nieremberg:** Epistolario (vol. 30).
- Pérez de Guzmán (F.):** Generaciones y semblanzas (vol. 61).
- Poema del mio Cid** (vol. 24).
- Pulgar (Fernando del):** Claros varones de Castilla (vol. 49).
- Letras. Glosa a las coplas de Mingo Revulgo (vol. 99).
- Quevedo:** Obras satíricas y festivas (volumen 56).
- Los sueños (vols. 31 y 34).
- Vida del buscón (vol. 5).
- Quintana:** Poesías (vol. 78).
- Rivas (Duque de):** Romances (vols. 9 y 12).
- Rojas (Fernando de):** La celestina (volumenes 20 y 23).
- Rojas (Francisco de):** Teatro (vol. 35).

CLÁSICOS CASTELLANOS

- Ruiz de Alarcón: Teatro (vol. 37).
Saavedra Fajardo: República literaria (volumen 46).
— Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas (vols. 76, 81, 87 y 102).
Salas Barbadillo: Teatro (vol. 57).
Santa Teresa: Las moradas (vol. 1).
— Camino de perfección (vols. 98 y 100).
Santillana (Marqués de): Canciones y decires (vol. 18).
Timoneda: El patrañuelo (vol. 101).
Tirso de Molina: Teatro (vol. 2).
Torres Villarroel: Vida (vol. 7).
Valdés (Alfonso de): Diálogo de las cosas ocurridas en Roma (vol. 89).
— Diálogo de Mercurio y Carón (vol. 96).
Valdés (Juan de): Diálogo de la lengua (volumen 86).
Valera: Pepita Jiménez (vol. 80).
Vega (Lope de): Poesías líricas (vols. 68 y 75).
— Teatro (vol. 39).
Vélez de Guevara (Luis): El diablo cojuelo (vol. 38).
Vida del Lazarillo de Tormes (vol. 25).
Villegas: Eróticas y amatorias (vol. 21).
Zorrilla: Poesías (vol. 63).

COLECCIÓN UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESÍAS
FILOSOFÍA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCÉTERA, ETC.

Mensualmente se publican cinco números,
que forman dos o tres volúmenes. Precio
de cada número: **SESENTA CÉNTIMOS**

Suscripción trimestral: 15 números, 7,20 pesetas.
Cada número, estando suscrito, cuesta 48 céntimos

EL TESORO LITERARIO DE LA HUMANIDAD

LOS GRANDES AUTORES DE TODOS LOS TIEMPOS

OBRAS DE

LOPE DE VEGA, KANT, GOLDSMITH, LA ROCHEFOUCAULD, ORTEGA MUNILLA, PRÓSPERO MÉRIMÉE, STENDHAL, GOETHE, MACHADO, CERVANTES, ANDREIEV, CASTELLO-BRANCO, CICERÓN, VILLALÓN, KOROLENKO, ESTÉBANEZ CALDERÓN, LEIBNITZ, PLUTARCO, ABATE PREVOST, RUIZ DE ALARCÓN, VÉLEZ DE GUEVARA, GEORGE ELIOT, KUPRIN, COELHO, MME. STAEL, TIRSO DE MOLINA, MUSSET, CLARÍN, STERNE, JULIO CÉSAR, CHEJOV, GARCILASO, TÁCITO, ABOUT, BEAUMARCHAIS, SANDEAU, LAMARTINE, AZEGLIO, DANTE, HERCZEG, AUSTEN, FLAUBERT, FENELÓN, GORKI, MORETO, FILMER, NODIER, VERGA, ARNOLD, HAUFF, G. DELEDDA, VOLTAIRE, THACKERAY, GOLDONI, VÍCTOR HUGO, TORRES VILLARROEL, MONTESQUIEU, ETCÉTERA, ETC.

ESPASA-CALPE, S. A.

MADRID

RIOS ROSAS, 26

MA-3104

V.2

jos de 22 etrsiles y Sigismunda

TOMO II

№ms. 241, 242 y 243